
AVA STEEL
A
NANNY
FOR THE
CEO
SEATTLE SINGLE DADDIES 1

A Nanny for the CEO

Seattle Single Daddies 1

Ava Steel

Copyright © 2026 para Ava Steel

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, distribuida o difundida de ninguna forma sin el previo consentimiento por escrito de la editorial o de la autora.

Para cualquier consulta al respecto, por favor, escribe a: info@ava-steel.com

3833 POWERLINE ROAD SUITE 101

FORT LAUDERDALE

FL 33309 US

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Palabras finales

Capítulo 1

Elena

El problema con los niños de tres años y las pinturas de dedos es, por experiencia propia, que la pintura siempre acaba encontrándote. Da igual lo cuidadosa que seas con los baberos y el papel de periódico, da igual lo seria que sea la advertencia de que se pinta el papel y no a las personas. La pintura te encuentra. Es una ley de la naturaleza.

Esta mañana me había encontrado en tres sitios: una franja azul cobalto en la pernera izquierda del vaquero (Lukas), una mancha amarilla en el pelo (seguramente Emma) y toda una constelación de purpurina en las pestañas, de la cual solo yo tenía la culpa. La purpurina la había traído yo misma, sabiendo perfectamente que no debía hacerlo, porque Evelyn había dicho que a los niños les encantaría, y yo había dicho: vale, pero el suelo lo limpias tú.

Era un martes por la mañana de marzo, las 9:47, y la lluvia que había estado amenazando toda la semana por fin había llegado: una llovizna suave de Seattle que convertía las ventanas del aula de arte del Emerald Tots en cuadrados grises y acuosos. La sala era un caos alegre: ocho niños, tres educadoras contándome a mí, cada superficie libre cubierta de papel, cada papel cubierto de árboles tal como los imaginan los impresionistas.

Estaba agachada junto a Jayden Chen enseñándole por tercera vez cómo sujetar una esponja en lugar de apretarla como si fuera una pelota antiestrés.

—Elena, estás toda brillante —dijo Jayden, mirándome con una sonrisa.

—Ya lo sé.

—Como un hada. Mi hermana tiene un libro con hadas.

—Como un hada cansada, más bien.

Él asintió como si le pareciera justo. Luego escurrió la esponja y la pintura amarilla me alcanzó en el cuello de la camiseta.

—Jayden.

—Lo siento, Elena —dijo, sin el menor rastro de arrepentimiento—. Ha sido un accidente.

—Ha sido el mismo accidente de hace diez minutos, mijo.

—Otro color. Otro accidente.

Me levanté y fui a coger un trapo limpio.

Al otro lado de la sala, Evelyn Brooks estaba arrodillada junto a Lily Ellis ayudándola a pegar algo que, según la benevolencia de cada uno, podía parecer una nube o una oveja. Evelyn llevaba más tiempo al frente del local de lo que yo llevaba en el mundo. Por encima de la cabeza de Lily, captó mi mirada y puso una mueca: algo entre compasión y solidaridad. Yo le devolví otra. Ella volvió su atención a la nube-oveja.

En ese momento me fijé en Mia Harrington, que estaba sentada sola en el otro extremo de la mesa larga y ya pintaba.

Mia lo hacía así cada día de arte. Llegaba, elegía un sitio y se ponía manos a la obra antes incluso de que termináramos de prepararlo todo. Tenía tres años, con rizos color canela que se apartaba de la cara con el dorso de la mano. Ese día trabajaba en azul: no en un solo azul, sino en todos los azules que teníamos en el carrito, capa sobre capa, creando algo que podía ser agua o cielo.

Me abrí paso hasta ella y me puse en cuclillas a su lado.

—Hey, pequeña estrella.

—Hola —dijo Mia, sin levantar la vista del pincel.

—Hay muchísimo azul.

—Es el océano. —Hizo una pausa y añadió una pincelada más—. Y el cielo.

—¿Los dos a la vez, mija?

—Es que se parecen.

Tenía razón: en el cuadro era verdad. La línea del horizonte era tan difusa que no se podía saber dónde terminaba uno y empezaba el otro.

—¿Tú pintas en casa? —preguntó Mia, sin levantar la vista.

—A veces.

—Yo también.

Siguió pintando. Sinceramente, era mejor que la mayor parte de lo que yo había pintado en casa en los últimos seis meses, y Mia Harrington tenía tres años.

—Es precioso, mija —dije.

Ella me miró, a medias contenta y a medias recelosa. Aún estaba decidiendo si le decía la verdad.

—Mami podría verlo desde las estrellas —dijo.

—Claro que puede. De eso estoy segura.

Ella asintió y volvió a su cuadro.

Evelyn me había contado en mi segunda semana lo que le había pasado a la madre de Mia. Un accidente de coche en la I-5 cuando Mia tenía seis semanas. Su padre, había dicho Evelyn, dirigía una empresa tecnológica y trabajaba demasiado; hacía todo lo que podía, aunque no siempre aparecía a dejarla y nunca a recogerla. Se llamaba Alex Harrington. El nombre en el formulario de emergencia de la carpeta junto a la puerta no me había dicho nada. Los nombres Alex y Harrington juntos no me decían nada en Seattle, porque llevaba ocho meses sin leer una sola revista de tecnología, y no tenía intención de volver a hacerlo.

Nos habíamos visto exactamente dos veces. Las dos llevaba un traje color antracita con la corbata aflojada y cargaba con el móvil como si fuera un peso del que no pudiera desprenderse. Me había saludado con una inclinación cortés de cabeza. Yo se la había devuelto. Mi única opinión sobre él hasta el momento era: a este hombre no le da el sueño suficiente.

Después de decirle a Mia que su océano-cielo era lo mejor que había visto en toda la semana, me ocupé de Jayden, que para entonces se había pintado la nariz.

Tres minutos después, la sala se quedó en silencio.

El silencio se sentía raro. Me di la vuelta.

Mia estaba completamente quieta. Las manos sobre la mesa, las palmas planas, los dedos abiertos. Su pecho se movía: no deprisa, sino de forma extraña. La manera incorrecta de respirar. Lo que había aprendido a reconocer el primer día, cuando Evelyn me había llevado a su despacho, había repasado conmigo cada ficha médica de los niños y me había dicho: *A esta la tienes que vigilar.*

Estaba a su lado antes de darme cuenta siquiera de que me había movido.

—Mia. Mírame.

Ella abrió los ojos de par en par.

—Hey. Tranquila, mija. —Me puse de rodillas para quedarme a su altura—. ¿Dónde está tu bolsa? ¿Recuerdas dónde la pone siempre la señorita Lara?

Ella levantó una mano medio centímetro y señaló los casilleros.

—Lara —dije, sin alzar la voz, sin pánico.

Lara ya estaba en movimiento. Seis segundos, y tenía la bolsa.

—La tengo —dijo en voz baja, la dejó a mi lado y se apartó para darnos espacio. Inhalador. Cámara espaciadora. Mascarilla. Lo había repasado mentalmente, exactamente eso, cada día durante las dos primeras semanas.

—Bien, estrella. Mírame. Ahora respiramos juntas.

Me senté en la alfombra y la atraje con cuidado entre mis rodillas, con la espalda apoyada en mi pecho, tal como me había enseñado Evelyn, para que pudiera recostarse en mí y no contra la mesa si se desvanecía. La mascarilla sobre la boca y la nariz. Con la izquierda la sujeté. La derecha la puse plana sobre su pecho para que pudiera notar cómo mi mano subía y bajaba.

—Respira conmigo. Uno. Dos. Tres.

Sus hombros temblaban. Tenía miedo. Todavía no tenía palabras para eso.

—Cuatro. Cinco.

Tarareé en voz baja *Estrellita, ¿dónde estás?*, la cancioncilla que mi madre nos cantaba a mi hermana y a mí cuando estábamos enfermas. La había cantado en la guardería cada vez que un niño lloraba pidiendo a su mamá, porque no me costaba nada y funcionaba. Mia ya la conocía. Dos semanas antes me había preguntado: «¿Es una canción de donde tú vienes?». Le había dicho que sí, y me había pedido que se la enseñara.

Con la música, sus hombros se aflojaron. No del todo. Pero un poco.

Evelyn estaba a mi lado, pálida, el teléfono en la mano. Nuestras miradas se encontraron y se sostuvieron. Sacudí la cabeza una sola vez: *Yo me encargo, llama a su padre.* Evelyn asintió y se apartó.

—Seis. Siete.

La mano de Mia subió de golpe y se aferró a mi manga.

—Muy bien. Muy bien. Sigue así.

A los veinte volvía a respirar con el ritmo correcto. A los treinta su mano había aflojado el agarre en mi manga. A los cuarenta tenía la cabeza apoyada en mi clavícula y lloraba en silencio, ya sin pánico.

—Todo está bien —susurré—. Lo has hecho fenomenal. Mi amor, lo has hecho fenomenal.

Detrás de mí se abrió la puerta de golpe.

No tuve que darme la vuelta. Los pasos lo delataron. Rápidos, luego más lentos al vernos. Una voz de hombre, ronca, una sola palabra:

—Mia.

Ella levantó la cabeza.

—Papi.

Tenía las rodillas entumecidas. La ayudé a levantarse, ahora con azul cobalto en la rodilla derecha, amarillo en el pelo y las lágrimas de una niña de tres años calándome el cuello de la camiseta. La sostuve por los brazos mientras se tambaleaba. Me di la vuelta, y allí estaba Alex Harrington en medio del aula de arte, con un traje color antracita y la corbata aflojada, el móvil todavía en la mano.

Se acercó. Ella se dejó caer en sus brazos sin decir una palabra y le enterró la cara en el cuello, y él cerró los ojos. Me aparté para dejarles ese momento.

Él abrió los ojos y me miró.

—Gracias. —Su voz sonó más ronca de lo que había pretendido. Se aclaró la garganta—. Gracias. Evelyn ha llamado. Estaba… —Se detuvo—. Gracias.

—Está bien —dije—. Ha sido un ataque de verdad, pero ya está bien.

Él miró la nuca de su hija y luego volvió a mirarme. Respiró hondo.

—¿Puedo preguntarle. ¿Estaría usted dispuesta…? —Se detuvo. Empezó de nuevo—. Iba a llamar mañana a una agencia. Nuestra niñera dimitió la semana pasada. ¿Lo consideraría?

Mi plan había sido: ir a casa y quizás llorar en el coche, porque el llanto siempre me venía después, aunque durante no me temblara nada. Una oferta de trabajo no estaba en la lista.

—Mr. Harrington.

—Alex —dijo él.

—Alex. —Lo intenté de nuevo—. No soy niñera.

—Ha sabido manejarlo. —Subió a Mia más arriba en la cadera—. Ha sido impresionante. De verdad que lo ha sabido manejar.

—Soy pintora. Trabajo aquí tres días a la semana porque los alquileres en Capitol Hill son lo que son. No soy niñera.

—Le pago el triple de lo que gana aquí.

—Alex.

—Me hago cargo del alquiler de su estudio. Y de todo lo que necesite para su exposición.

Le miré fijamente. Él me devolvió la mirada. De cerca, ahora que el pánico se iba borrando de su cara, tenía un aspecto simplemente agotado. El pelo oscuro, húmedo por la lluvia en las sienes. Los ojos de un verde exhausto. En los puños manchas de tinta, en el cuello de la camisa una mancha de café. Mia tenía la cara enterrada en su cuello y la mano enredada en su corbata.

Ya tenía en la punta de la lengua la respuesta que guardaba para los hombres con dinero. Al fin y al cabo, Carlos la había escuchado ocho meses atrás. *No, gracias, no estoy en venta*, servida con una sonrisa.

Mi boca se abrió para pronunciarla.

—Tres meses —dije.

Su mirada se agudizó.

—¿Cómo dice?

—Tres meses. Ni uno más. La mitad de mis horas son para mi propio trabajo. No me quedo a dormir allí. Conservo mi piso. Hago mis propias

compras. Y si alguna de esas condiciones cambia en algún momento, me voy.

—Trato hecho —dijo Alex.

Mia se removió contra su cuello. Su mano libre subió y se posó en la espalda de ella, firme, sin mirar.

—Ni siquiera ha…

—Trato hecho.

No dijo nada más. Le miré a él, luego a la niña pequeña y agotada con la cara enterrada en su cuello, luego a la mancha de café en su corbata. En mi nevera en casa había un yogur y una bolsa de limas medio arrugadas. Para mi exposición de junio, dentro de tres meses, necesitaba diez cuadros y tenía cuatro. Hacía seis meses me había jurado no volver a organizar mi vida en torno a un hombre, y menos si tenía dinero.

Esto no era organizar mi vida en torno a un hombre. Era un trabajo. Con condiciones claras. Que había puesto yo.

—Tres meses —repetí, más para mí misma que para él.

—Tres meses —dijo él.

Extendí la mano, y él levantó la suya para estrecharla. Desplazó a Mia un poco hacia un lado para poder cerrar el trato. Su apretón era cálido. Me sostuvo la mano un momento más de lo necesario y luego la soltó.

—Empiezo el lunes. De ocho a cuatro. Para el viernes tendrá una lista con todo lo que necesito de su parte.

—De acuerdo —dijo Alex.

—¿Y, Alex?

—¿Sí?

—Debería irse a casa hoy. No vuelva a la oficina. Acaba de tener su segundo ataque en lo que va de mes. Ella no le necesita en una reunión. Le necesita en el sofá con ella, viendo algún dibujo animado que le guste. Haga eso, por favor.

Hubo un momento en que no dijo nada.

Luego dijo:

—Bluey.

—Bluey —repetí—. Bien. Váyase a casa y ponga Bluey.

Él asintió. No se movió.

Esperaba algo, aunque no se adivinaba qué. Mientras Mia seguía apoyada en él, extendí la mano y le pasé dos dedos muy suavemente por la mejilla.

—Adiós, pequeña estrella. Nos vemos el lunes.

Ella giró la cabeza lo justo para mirarme. Sus ojos eran enormes y estaban agotados.

—Adiós, Lena —dijo.

Nadie le había dicho nunca que en realidad me llamaba Elena.

Algo se apretó en mi pecho. Di un paso atrás y le hice un gesto de asentimiento a Alex Harrington, tan profesional como pude.

—El lunes —dije, y me fui antes de que ninguno de los dos pudiera añadir nada.

En el pasillo me detuve. Apoyé la frente tres segundos contra los azulejos fríos. El móvil vibró una vez en el bolsillo trasero. No lo miré. Maria se pondría en contacto antes del mediodía; entonces podría contárselo. Así pues: cabeza alta, cuello de la camiseta estirado, el trapo azul cobalto rescatado del bolsillo, las manos limpias, y a buscar a Evelyn para confesar que acababa de hacer algo extremadamente estúpido.

En su despacho, Evelyn estaba sentada detrás del escritorio y ya me sonreía.

—Te ha ofrecido el trabajo —dijo Evelyn.

—Tres meses. Con condiciones.

—Hm.

—Es solo un trabajo, Evelyn.

Ella dio un sorbo al café y me miró por encima del borde de la taza.

—Hm.

—No me hagas el «hm».

—Yo solo estoy aquí sentada —dijo—, tomándome una taza de café de lo más normal, tú entras y dices cosas, y yo hago pequeños ruiditos de asentimiento, y me acusas de estar tramando algo.

—Estás tramando algo.

—Tengo sesenta y tres años, Elena. Yo no tramo nada. Observo.

Me dolían las rodillas. Me senté en la silla frente a ella. Tenía el cuello de la camiseta mojado. En algún sitio del pelo se me había pegado pintura. La decisión había tardado unos noventa segundos: tres meses como niñera para un hombre al que no conocía, en un barrio que no podía permitirme, bajo unas condiciones que yo misma había establecido a toda prisa.

—Es viudo —dijo Evelyn.

—Lo sé.

Dejó la taza sobre la mesa.

—Su hija acaba de tomarse la libertad de llamarte Lena sin más.

—Lo sé.

—Y empiezas el lunes.

—Lo sé, Evelyn.

Otro sorbo de café, otra mirada por encima del borde de la taza.

—El lunes a las doce te traigo un sándwich —dijo—. Del deli. Con pepinillo extra.

—¿Por qué?

—Porque te olvidas de comer —dijo— cuando algo nuevo te pone nerviosa.

Cerré los ojos.

—Lleva esperándote, ¿sabes? —dijo Evelyn—. La pequeña. Lleva mes y medio sentándose a tu lado en la alfombra cada día de arte, y no creo que nadie te lo haya dicho nunca salvo yo. Ya te lo he dicho.

—De acuerdo, Evelyn.

—De acuerdo.

Fuera, en algún lugar del pasillo, Mia Harrington volvía a llorar: un llanto suave y agotado tras el ataque. La voz de su padre se filtraba amortiguada mientras le hablaba. Las palabras no se entendían.

Capítulo 2

Alex

Empujé la puerta del Rusty Anchor a las doce y diez, media hora más tarde de lo habitual y convertido en una sombra de mí mismo, y Sara ya venía hacia mí con una pinta de la IPA de la casa en una mano y un vaso de agua en la otra, antes incluso de que hubiera abandonado el felpudo.

—Tienes un aspecto horrible, Harrington.

—Hola, Sara.

—¿Una hamburguesa?

—Media hamburguesa. No me quedo mucho.

—Media hamburguesa. —No se movió—. Frank quiere saber si has desayunado.

—He tomado café.

—Eso no es desayuno. Es una bebida.

—Llevaba leche.

—Harrington.

—Sí.

—Cómete la media hamburguesa. —Se giró hacia la cocina y desapareció.

Frank, detrás de la barra, no levantó la vista del vaso que estaba secando, pero levantó un dedo en mi dirección y volvió a ocuparse del vaso. El Anchor era suyo desde antes de que yo tuviera edad para beber aquí.

El reservado del fondo ya estaba lleno. Los oí antes de verlos: la carcajada de Chris Donovan resonando por todo el local, la voz más grave de Ben Thompson por debajo, y algo lacónico de David Ellis, del que solo pillé el final. Ethan también estaría allí, callado en un extremo. Pasé junto a la barra.

—Pero si ya está —dijo Chris. Tenía el brazo apoyado en el respaldo del banco y sonreía de oreja a oreja—. El hombre, el mito, el CEO con retraso. Siéntate. Ya pensábamos que te habían secuestrado en una reunión de junta directiva.

—Solo me han entretenido.

—¿Cómo que entretenido?

Me deslicé junto a Ethan, que se corrió para hacerme sitio sin levantar la vista del móvil. Ben estaba frente a mí. David, al lado de Ben. Chris, en el extremo.

—Mia ha tenido un ataque.

La sonrisa desapareció del rostro de Chris. Ben dejó su vaso en la mesa. David se inclinó hacia delante; dirigía una empresa de biotecnología y había hecho el mismo estúpido curso online sobre asma infantil que yo había hecho ocho meses atrás a las tres de la madrugada.

—¿En la guardería? —preguntó David.

—En la guardería. Hace unas dos horas.

—¿Está bien?

—Está bien. El inhalador detuvo el ataque en menos de un minuto.

—¿Está contigo ahora?

—Está en casa. Con Heather. Heather todavía está cumpliendo su período de preaviso hasta el viernes.

—¿Traspaso a quién? —preguntó Ben en voz baja.

Cogí la IPA, di un trago largo, la volví a dejar y miré por encima de la mesa a cuatro hombres a los que conocía desde que nuestros hijos habían coincidido en la misma guardería hacía dos años y medio.

—A la mujer que he contratado hace una hora y cuarenta minutos.

Chris dijo: —Oh, esto promete.

Así que se lo conté. No todo. Solo los trazos gruesos. Mia en la mesa larga, pintando azul sobre azul. La profesora de arte que en realidad no era niñera y que había actuado antes de que nadie más se hubiera siquiera movido. El inhalador. El español en el que la había oído contar. La manera en que Mia se había apoyado en aquella mujer sin protestar, lo que me había dejado paralizado en el umbral.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ben.

—Elena.

—¿Elena qué más?

—El apellido todavía no lo tengo.

—Has contratado a una niñera sin apellido.

—El apellido lo tengo para el viernes.

—¿Ella ha puesto las condiciones?

—Las puso en el aula de arte mientras mi hija lloraba apoyada en su hombro.

Chris empezó a reírse.

—¿Qué?

—Has contratado a una niñera sin apellido.

—Eso ya lo has dicho.

—Hay cosas que merecen decirse dos veces.

David dijo con calma: —Lleva seis años contratando ingenieros sin apellido, Chris. Es martes.

Ben no había dicho nada todavía. Me observaba por encima del borde del vaso. Esperó a que el chiste se agotara y entonces preguntó en voz baja:

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho.

—¿Soltera?

—Eso creo.

—¿Le gusta la niña?

—La niña le encanta.

—Entonces bien.

Chris miró a Ben, luego a mí, luego otra vez a Ben. —¿Y ya está? ¿Esa es la aportación del segundo abogado más caro de la mesa?

—Arquitecto.

—Da igual.

—En absoluto.

David se recostó y cruzó los brazos. —¿Qué le has ofrecido, Harrington? Dinos las cifras.

—El triple de su sueldo por horas en la guardería. El alquiler del estudio cubierto. Contrato de tres meses.

—¿Tres meses?

—Sus condiciones.

—¿Las ha fijado ella?

—Las fijó en el aula de arte mientras mi hija lloraba apoyada en su hombro.

Chris puso las manos planas sobre la mesa. —Harrington.

—¿Qué?

—Ya me encanta esta mujer.

Ethan habló por primera vez. Había dejado el móvil boca abajo sobre la mesa. Tenía veintinueve años, era el más joven de todos nosotros, y en los últimos seis meses se había vuelto más callado. Ninguno de nosotros se lo había sacado a relucir.

—Ha hablado en español.

—Sí.

—Con Mia.

—Sí.

—Eso no lo hace una niñera.

—¿Qué quieres decir?

—Es que… —Se detuvo. Miró su vaso de agua—. Eso se hace cuando de verdad estás presente para un niño. No se hace porque forme parte del trabajo.

No añadió nada más.

Ben buscó mi mirada y dejó las palabras de Ethan flotando en el aire.

Sara volvió con mi media hamburguesa, que era por supuesto una hamburguesa entera, rellenó cuatro vasos sin que nadie se los hubiera pedido y trajo una ración de patatas fritas que Frank había invitado por su cuenta. Lo dejó todo sobre la mesa sin decir palabra y desapareció. El propio Frank apareció un minuto después, se secó las manos en un paño de cocina y se quedó de pie al extremo del reservado.

—Harrington.

—Frank.

—¿Qué tal está Mia?

—Está bien.

—Evelyn me ha llamado desde la guardería. Hannah estaba en la habitación cuando ocurrió. Desde que la han recogido está callada.

—Lo siento, Frank.

—No hace falta. Tiene tres años. Para la cena ya estará como nueva. —Me sostuvo la mirada un momento—. Nueva niñera.

—¿Cómo sabes…?

—Me lo ha contado Evelyn cuando ha llamado. Está contenta con eso.

—Ah.

—Cómete la hamburguesa.

—Si ya me la estoy comiendo.

Volvió a la barra.

Chris esperó a que Frank estuviera fuera del alcance del oído y señaló con la cabeza hacia el grifo. —Nunca podré superar que mantenga estos almuerzos a quince por cabeza. Una afrenta al libre mercado, y eso lo digo como alguien que le quiere.

—No lo superes —dijo Ben—. Cambia de opinión en el instante en que alguno de nosotros intenta meterle un billete de cincuenta.

—Su hija está en Emerald Tots —dijo David—. Es uno de los nuestros. Es el anfitrión porque somos sus chicos y porque Evelyn se lo ha dicho.

—Es el anfitrión porque le cae bien Ben —dijo Chris.

—Tolera a Ben. —David cogió una patata—. A mí me aprecia.

—Sigue soñando.

Bien les escuché. Les dejé seguir un minuto. Me comí mis patatas. Bebí el agua, porque la IPA ya había cumplido su función. Tenía a Mia en el sofá de casa con el pijama de dinosaurios, y a Heather contándole un cuento para que se durmiera, y a una mujer en Capitol Hill que el lunes a las ocho estaría en mi puerta con todo lo que uno empaqueta para una jornada de trabajo.

Chris me observaba de reojo. Había tenido un estudio de fotografía de bodas durante diez años antes de pasarse al sector inmobiliario comercial.

—Cuéntanos la parte que te has saltado.

—¿Qué parte?

—La parte en la que tomaste la decisión en noventa segundos.

—Chris —dijo Ben.

—No le estoy presionando.

—Sí que le estás presionando.

—En tres horas ha ido de la guardería a su piso y hasta aquí. No se ha sentado ni un momento. Se está comiendo unas patatas que no quiere. Solo pregunto.

Ben me miró. David había desarrollado de repente un profundo interés profesional en el servilletero. Ethan simplemente me miraba.

—Chicos.

Se detuvieron.

—Tengo miedo —dije, y dejé que la palabra hiciera su efecto.

Ben dijo: —Sí, tío.

Chris preguntó: —¿Miedo de qué exactamente? Para saber con qué tipo de miedo estamos lidiando.

Casi me eché a reír. —Eso todavía no lo sé.

—Eso está permitido —dijo David—. En las primeras cuarenta y ocho horas uno todavía no lo sabe. Simplemente se hace acto de presencia.

Ethan dijo, sin levantar la vista:

—A que te guste.

Todos le miraron.

Eso tampoco lo desarrolló.

Ben dio un trago largo de cerveza y al final me dijo: —Te dio sus condiciones mientras tenías a tu hija en brazos.

—Sí.

—Y a todas dijiste que sí.

—Sí.

—Eso dice algo de ella, Alex.

—Lo sé.

—Y algo de ti.

Ben llevaba dos años y medio siendo mi amigo. Noté el peso de sus palabras.

—Sí —dije—. También esa parte.

Chris alargó el brazo por encima de la mesa y cogió una de mis patatas. —Visto desde el lado positivo: si sale mal, tenemos una historia fantástica para contarla el resto de nuestras vidas.

—Chris.

—¿Qué?

—No va a salir mal.

Me miró. Iba a decir algo. Lo reconsideró.

—De acuerdo —dijo.

David, que era más tranquilo que Chris, levantó su vaso. La noche en que murió Claire, había conducido hasta mi casa a las cuatro de la mañana con un termo de café y con exactamente el tipo de salchicha polaca que yo le había pedido llorando por teléfono una hora antes.

—Por Elena Sin-Apellido —dijo David.

—David.

—Por la media hamburguesa.

—Por la media hamburguesa —dijeron todos. Levanté mi vaso, bebí y me comí tres patatas más, porque Sara se lo contaría a Frank si no lo hacía, y Frank lo sacaría a relucir dos semanas después delante de todos para tomarme el pelo.

—Me tengo que ir.

—¿Ya?

—Le dije que estaría en el sofá.

—¿A quién le dijiste eso?

—A Mia.

—A Mia no le has dicho nada, Harrington. Mia tiene tres años.

—Se lo dije a la nueva niñera —dije—. Antes de salir de la guardería. Ella me dijo que fuera a casa y viera Bluey.

Chris dejó su vaso sobre la mesa con mucho cuidado.

—Harrington.

—¿Qué?

—Te lo digo con todo el cariño del mundo. La nueva niñera, sin ni un día en el trabajo, con el apellido desconocido, te ha dicho que te fueras a casa, y tú has obedecido.

—Sí.

—Ya me encanta esta mujer, lo dicho.

—Eso ya lo has dicho.

—Hay cosas que merecen decirse dos veces.

Ben dijo: —Vete a casa, Alex.

David dijo: —Dale recuerdos a Mia de nuestra parte.

Ethan no dijo nada. Cogió el móvil, lo volvió a dejar. Me hizo un gesto con la cabeza.

Me levanté, eché dos billetes de veinte sobre la mesa, y Chris me los devolvió.

—Déjalo.

—Me toca a mí.

—No te toca. Llevas dos meses sin que te toque.

—¿Y cuándo me toca?

—Cuando dejes de aparecer a comer con el nudo de corbata del día anterior.

La corbata era efectivamente de ayer.

—La semana que viene —dije.

—La semana que viene.

Fuera, junto a la barra, Frank me interceptó la mirada desde el grifo, y yo intenté pasarle un billete de veinte por las patatas que había puesto sin que nadie se las pidiera. Lo miró, me miró a mí y negó con la cabeza una sola vez.

—Cortesía de Hannah —dijo.

—Frank.

—Cortesía de Hannah, Harrington. Ella quería que dijera eso.

—Tiene tres años.

—Es muy precisa.

El billete de veinte se quedó igualmente debajo de un posavasos. Frank no fingió no verlo, y los dos conocíamos las reglas de ese juego. Salí a la lluvia.

La calle olía a asfalto mojado y al local de enfrente, el que hacía la sopa ahumada de pescado. Mi coche estaba a la vuelta de la esquina. Me quedé sentado dentro un minuto antes de arrancar. Saqué el móvil del bolsillo. Once mensajes: tres de la oficina, dos de un miembro de la junta directiva al que hoy no iba a devolver la llamada, uno de Linda, mi madre, que había escrito hacía una hora: *Llama cuando puedas, cariño.* Ninguno de un número que no tuviera guardado. Dejé el móvil boca abajo en el asiento del copiloto y conduje hasta casa bajo la lluvia.

Heather había conseguido que Mia se durmiera en el sofá, bajo la manta azul que Linda había tejido tres inviernos atrás. El televisor estaba en silencio y en pausa, detenido en un perro de dibujos animados. Heather levantó la vista cuando entré. Tenía cincuenta años, era eficiente y nos dejaba porque su hija en Tacoma esperaba un bebé en breve.

—Ha comido media banana —dijo Heather en voz baja—. Duerme profundamente desde la una.

—Gracias, Heather.

—Ha preguntado por alguien.

—¿Por quién?

—Lena.

Me senté despacio en el sillón frente al sofá para que el cuero no crujiera.

—Tres veces —dijo Heather—. Justo antes de dormirse.

—De acuerdo.

Heather cogió su bolso y las llaves. En la puerta se detuvo.

—Mr. Harrington.

—Alex.

—Alex. Sea quien sea esta Lena, Mia ha hablado de ella mucho antes de hoy. Solo quería que lo supiera.

—Lo sé.

—Bien. —Se suavizó—. Entonces bien.

Se fue.

Durante un rato me quedé simplemente mirando a Mia dormir. La boca entreabierta, como siempre después de un ataque, la cara medio hundida en la almohada, la respiración superficial pero regular. Los rizos pegados a la frente. Una mano había asomado por debajo de la manta y descansaba curvada bajo la barbilla.

Extendí la mano con mucho cuidado y le pasé dos dedos muy suavemente por la mejilla, igual que había visto hacer aquella mañana a una mujer en el aula de arte de la guardería.

—Hola, pequeña estrella —dije torpemente, solo en mi salón, dirigiéndome a una niña de tres años dormida que nunca sabría que lo había intentado.

Me recosté en el sillón y dejé el móvil donde estaba.

La lluvia había arreciado, y en algún lugar al otro extremo de la ciudad, una mujer a la que había contratado noventa minutos antes estaba probablemente ya en casa, con pintura en el pelo y con una nevera de la que yo no sabía nada, preguntándose en qué lío se había metido. Cerré los ojos un momento.

El lunes, pensé.

Capítulo 3

Elena

El ático tenía portero.

Cómo no. El portero se llamaba Marcus, y era evidente que lo habían puesto sobre aviso, porque el lunes por la mañana levantó la vista del mostrador, sometió mi atuendo al escáner más discreto que quepa imaginar y dijo:

—Ms. Ramirez. Planta veinte.

—Lo sabía.

—Tenía una descripción, y su nombre figura en el registro desde el viernes por la tarde.

—¿Era acertada la descripción?

Se limitó a sonreír con la boca. —Dijo: «Seguramente lleva pintura pegada en algún sitio».

En la manga izquierda, justo donde acaba el puño, tenía azul cobalto. Creía haberlo quitado todo el sábado.

—No le falta razón —dije.

—En mi experiencia, rara vez se equivoca.

El ascensor era lento y plateado. Mi cazadora vaquera encima del jersey verde, y unos vaqueros: eso no era lo que ese ascensor esperaba. El pelo lo llevaba recogido en un moño que me había hecho en el coche porque había salido tarde del piso; había pasado cuarenta y cinco minutos hablando por teléfono con Maria sobre si debía llevarme mi propio café. Maria había dicho que no, argumentando que era su cocina y que aparecer el primer día con café propio daría sensación de desconfianza. Yo había dicho: Maria, ¿y si su café es horrible? Y ella había dicho: Elena, creo que ese hombre puede permitirse un buen café. Y yo había respondido: el café no funciona así. Habíamos colgado sin resolver el problema.

Me había llevado mi propio café.

Las puertas se abrieron en la planta veinte.

Heather me recibió en la puerta. Tendría unos cincuenta años, llevaba vaqueros y una chaqueta de punto suave en color marrón. El bolso ya le colgaba del hombro, detalle que no pasé por alto y del que decidí no sacar ninguna conclusión.

—Usted debe de ser Elena.

—¿Heather?

—Heather. —Se hizo a un lado—. Pase. Todavía está en pijama. Íbamos a hacer huevos ahora.

El ático era, como comprobé, exactamente tan caro como me había temido. Ventanales del suelo al techo en dos fachadas; al oeste, la bahía, plana y gris; al este, la ciudad y una isla de cocina del tamaño de mi piso. Un piano al que nadie tocaba. Un elefante de tela en el suelo junto al piano, porque

aquí vivía una niña, y esa niña hacía lo que hacen los niños: aquello que hace que las cosas caras parezcan absurdas.

—Mia —llamó Heather con suavidad—. Mia, amorcito. Lena ha llegado.

Conocía al menos un término cariñoso en español. Lo que significaba que había prestado atención a lo que le llegaba a Mia.

Heather me cayó bien de inmediato. Con las mujeres siempre me hago una idea rápida, desde siempre, y casi siempre acierto.

Mia dobló la esquina. Llevaba un pijama rosa con un pato amarillo estampado en el pecho, y los rizos color canela se le disparaban hacia un lado, como si hubiera dormido apoyada contra el cabecero. Se detuvo en el borde de la alfombra. Sujetaba al elefante por una pata y me miraba.

—Hola, Mia.

No respondió.

—Te acuerdas de mí.

Asintió despacio. El elefante arrastraba por el suelo.

—Te dije: el lunes. Es lunes.

—Mm.

Me agaché sin alargar la mano hacia ella. Esperé.

—¿Has venido a ser Heather?

Alguna versión de esa pregunta la había visto venir. El domingo por la noche la había ensayado delante del espejo del baño, con el cepillo de

dientes en la mano, repasando una frase que se me había ocurrido a las tres de la madrugada.

—No, mija —dije—. He venido a ser Lena. Heather sigue siendo Heather. Hoy se va a su propia casa, y va a ser abuela de un bebé completamente nuevo. Pero yo voy a ser Lena. Eso es otra cosa.

Lo pensó. Pasó el elefante de la mano izquierda a la derecha.

—Lena es el nombre que te puse yo —dijo.

—Sí.

Asintió, un asentimiento breve. Luego pasó por mi lado hacia la isla de cocina, trepó al taburete y anunció:

—Quiero huevos.

Por encima de su cabeza, la mirada de Heather y la mía se cruzaron. Decía: con ella va a ir bien, contigo va a ir bien, los huevos son fáciles, lo demás ya lo irás averiguando.

Llevaba seis minutos conociendo a Heather y ya quería invitarla a tomar algo.

Heather me mostró la cocina durante cuarenta minutos. Lo hizo con una eficiencia ágil y sin aspavientos, la de una mujer que llevaba veinte años gestionando casas ajenas y sabía distinguir la información que de verdad se necesita de aquella con la que uno solo se siente útil. La nevera: la compra llega los miércoles, la lista está en la puerta, la leche de Mia en el segundo estante, nunca arriba del todo, porque si no la personita no llega sola. La despensa: tortitas de arroz (las comía), galletas integrales (ya no las comía), esa marca concreta de bolsitas de fruta que aceptaba después del baño. El kit del asma: uno en la nevera, uno en su habitación, uno en el armario del pasillo, uno en el bolso cambiador, que ya no era un bolso cambiador pero

seguía llamándose así porque a nadie le había apetecido ponerle otro nombre.

—¿Pediatra?

—La Dra. Patel. Su número directo está en el imán del teléfono.

—¿Farmacia?

—Al otro lado de la calle. La conocen por su nombre.

—¿Qué le gusta cenar a Alex cuando está en casa?

—No llega antes de las siete. Dice que ha cenado en la oficina, o eso dice, aunque miente.

—Hm.

—Le dejo un plato en el microondas —dijo—. Los días que cocino. Se tapa con film transparente y se le pone un post-it con rotulador: «Cómetelo». Se lo come. La mayoría de las veces.

Me lo apunté mentalmente. Cocinar para Alex Harrington no estaba en el plan: me había contratado como niñera de Mia, no como su ama de llaves, y en junio tenía una exposición, cuatro cuadros terminados y ninguna paciencia para que los límites se difuminaran. Pero en algún rincón de mi cabeza tomé nota de que «Cómetelo» era un post-it que quizás acabaría escribiendo por alguna otra razón. El hombre el martes llevaba una mancha de café en el cuello de la camisa. Sospechaba que no había pisado un supermercado en tres años.

Heather me enseñó la ropa, que no lavaba ella (para eso había un servicio); la limpieza, que no hacía ella (para eso había un servicio); y la máquina de espresso.

—Aquí —dijo— no puedo ayudarle.

Era un artilugio de cromo y negro con más botones que mi microondas. La marca era italiana. El manual de instrucciones reposaba encima, abierto y sujetado con una cuchara de madera. Varias páginas tenían manchas de café.

—¿Funciona?

—A veces. Él la compró el año en que nació Mia, antes de… bueno, antes. Creo que en algún momento le rompió el corazón y no es capaz de reemplazarla. Así que usamos la Mr. Coffee del rincón.

Señaló una cafetera de goteo pequeña y sencilla sobre la encimera, casi oculta detrás de un frutero.

—Esa sí se la puedo explicar.

—Esa sí sé manejarla.

—Bien. —Hizo una pausa—. Aunque si alguna vez consigue que la italiana funcione, él llorará.

—Heather.

—No es un llanto malo —dijo—. Es un llanto bueno. Le gusta que las cosas funcionen sin tener que repararlas él mismo.

Se colgó el bolso del hombro de nuevo.

—Esta mañana a las cuatro se le ha roto la bolsa de aguas a mi hija —dijo —. He estado hablando con ella por teléfono hasta que me he metido en el coche. Quiere que esté con ella en la primera hora. Tengo que irme.

—Heather.

—Sí.

—Gracias.

—La carpeta está en la encimera —dijo—. Todo lo que necesita está ahí dentro. Números, alergias, la vecina de enfrente que echa una mano cuando hace falta, el horario de turnos del portero. —Miró por encima de mi hombro hacia Mia, que comía huevos con cara seria de un plato rosa—. Dos semanas estará escéptica. Después coge confianza rápido. No le prometa nada que no vaya a cumplir.

—No lo haré.

—Y cuando Alex llegue a casa, no empiece a hacer conversación. Todavía no se lo ha ganado. Que trabaje para conseguirlo.

Me reí. —Heather.

—¿Qué? Llevo un año trabajando para ese hombre. Le quiero. Necesita una mujer que le haga trabajárselo.

Cogió su abrigo. Se acercó a Mia. Le puso la mano en el pequeño cabecita de rizos.

—Adiós, amorcito —dijo—. Vendré a visitaros cuando el bebé sea más grande.

—Vale.

—Pórtate bien con Lena.

—Vale.

—Un poco traviesa sí puedes ser. Ella lo aguanta.

Mia me miró. En sus ojos brilló esa pequeña chispa que había estado esperando desde que entré.

—Puedo ser un poco traviesa —repitió.

Heather le dio un beso en la cabeza. Me guiñó el ojo. Salió por la puerta. La puerta hizo clic al cerrarse.

Me encontraba sola en el ático de un desconocido, con su hija y una máquina de espresso ante la que me habían prohibido acobardarme.

El taburete junto a Mia estaba vacío. Me senté en él.

—¿Huevos? —pregunté.

—Quedan.

—¿Seguro?

—Papá ha dicho: compartir.

Me pasó el tenedor. Los huevos estaban tibios y un poco poco hechos. Me observó mientras comía, como si estuviera formándose una opinión.

—¿Están buenos?

—Están geniales, mija. Mejores que cualquier cosa que haya comido este año en mi propia mesa.

—Heather les pone queso.

—He notado el queso. Está bueno.

—Es el naranja.

—El naranja es el mejor.

Asintió. Volvió a sus propios huevos. Me fijé en que no había alejado su taburete del mío.

Lo apunté como un éxito.

Cheryl llegó a las diez.

La carpeta me había hablado de Cheryl en tres sitios distintos, con tres anotaciones diferentes en la letra pequeña y firme de Heather. Piso 20B. Ayuda con Mia en caso de emergencia. No intente corresponderle. Y: Tiene un perro llamado Biscuit. A Mia le encanta Biscuit. Y en un post-it pegado en la portada: Vendrá el lunes. Sin preocupaciones.

Llamaron al timbre. Mia, que se había vestido sola y ahora colocaba caballos de plástico en la alfombra junto a la ventana, levantó la cabeza y dijo «Biscuit» como si fuera un nombre que hubiera estado esperando toda la mañana.

Cuando abrí la puerta, allí estaba Cheryl, de unos sesenta y tantos, con un impermeable verde sobre lo que parecía la parte de arriba de un pijama de franela, más un pantalón de traje bien planchado. Tenía el pelo plateado cortado a la altura de la mandíbula. A sus pies había, sujeto con la correa, un labrador rubio mantequilla que miraba hacia arriba.

—Elena.

—Cheryl.

—Heather me ha dicho que estaría aquí. He pensado en pasarme a dejar que Biscuit diga hola, porque si no lo traigo los lunes no me dirige la palabra hasta el miércoles.

—Adelante.

Entró. El perro, soltado de la correa, fue trotando hasta la alfombra, donde Mia dejó los caballos y le echó los dos brazos al cuello como si llevara un

año esperándole. Biscuit se dejó hacer. Biscuit se dejaba hacer todo.

—Es bueno con ella.

—Fue bueno con mi marido —dijo Cheryl—. Fue bueno conmigo cuando mi marido ya no estaba. Es bueno con ella desde que tuvo edad para gatear hasta él. Los perros saben quién les necesita, creo yo.

Ella no sería intrusiva, como Heather me había advertido. Pero tampoco iba a fingir que no me veía.

—¿Café?

—Tengo café en casa, querida. He venido a echarle un vistazo.

—Adelante.

Lo hizo. Lo hizo como una tía que examina el nuevo corte de pelo de una sobrina: con bondad, con franqueza, sin artificio. Luego asintió para sus adentros.

—Encaja.

—Ha sido rápido.

—Conozco a Mia Harrington desde que tenía once días —dijo—. La sostuve en brazos toda una tarde mientras su padre pasaba quince minutos en el baño, lo que sé exactamente porque cronometré el tiempo, preocupada de que hubiera dejado de respirar ahí dentro. Así que cuando le digo que encaja, lo digo en serio. La pequeña elige a su gente ella sola.

Algo se me quedó atascado en la garganta.

—Bien —dijo Cheryl—. Vivo en el 20B. Mi número está en la carpeta. Si tiene un ataque y no localiza a Alex, llámeme a mí antes de llamar a

urgencias: en cuarenta segundos estoy en este salón y la calmo mientras usted hace lo que tenga que hacer. Después llama a urgencias. ¿Entendido?

—Entendido.

—Bien. —Se agachó—. Biscuit. Hora de irse.

El perro se levantó. Mia emitió un pequeño sonido de protesta. Cheryl se puso en cuclillas y apoyó la mano en la mejilla de Mia con una ternura de años.

—Le verás mañana.

—¿Prometido?

—Prometido.

En la puerta, Cheryl se giró hacia mí.

—Es un buen hombre —dijo sin rodeos, como si lleváramos horas con esa conversación—. Tiene un miedo terrible, está agotado y lleva sin respirar desde el entierro. No se deje intimidar por él. No es de los que asustan a la gente a propósito.

—Solo estoy aquí tres meses.

Me sonrió. Era una sonrisa cortés, no cómplice.

—Tres meses —dijo—. Sí.

Se fue.

La máquina de espresso capituló el miércoles.

Para entonces ya había establecido una relación laboral con la Mr. Coffee. Mia, que poco a poco se había ido abriendo conmigo —lo suficiente como para treparse a mi regazo durante los dibujos de la mañana—, me miró desde allí y dijo:

—¿Puedes hacer el café de papá?

—¿El café de papá?

—El elegante.

—No sé manejarla, mija.

—Él dice que está rota.

—Tiene pinta de rota. Tiene la pinta que tienen las cosas cuando alguien se ha enfadado con ellas.

—Heather ha dicho que a veces funciona.

—Heather dijo muchas cosas inteligentes.

Mia miró el monstruo de cromo y negro sobre la encimera.

—Prueba.

—Mija.

—Por favor.

En principio tenía pensado decir que no. Tenía una política estricta de no tocar la máquina de espresso. No era el ama de llaves. No era la barista de Alex Harrington. Tenía una exposición en junio y cuatro cuadros y unos noventa minutos de siesta al mediodía para trabajar en lo mío. Y aun así.

Y aun así la niña me miraba desde la alfombra con una esperanza silenciosa. Esa mañana había decidido que yo podía ser quien arreglara aquello.

No soy de piedra.

El manual estaba en italiano. El folleto en inglés lo había redactado alguien que había traducido cada palabra italiana por separado sin comprobar si las frases tenían sentido en conjunto. *To produce the espresso of fineness, depress the central button while assuring the pressure of the receptacle.* Así que pulsé el botón central. Así que aseguré la presión del recipiente. La máquina hizo un ruido como una tetera a la que hubieran ofendido.

Siguió un segundo intento.

Mia estaba de pie en un taburete junto a mí, mirando.

—Prueba el de la izquierda.

—¿El de la izquierda?

—Papá pulsa el de la izquierda cuando está enfadado.

Pues el de la izquierda. Lo pulsé.

La máquina zumbó. Se encendió una luz verde.

—¿Y ahora?

—A veces lo pulsa otra vez.

Otra vez el de la izquierda. Pulsado.

La luz verde brilló de forma continua. La máquina emitió un sonido grave, auténtico, satisfecho. Un hilo de espresso cayó en la taza blanca pequeña

que, con mucha suerte, había colocado justo en el sitio correcto.

Mia y yo nos lo quedamos mirando.

—Lena.

—Sí, mija.

Se bajó del taburete y apretó la mejilla contra mi brazo un momento, como hacen los niños pequeños cuando están demasiado orgullosos para decirlo en voz alta.

—Lo has conseguido.

—Lo hemos conseguido.

—Eran los botones en el orden equivocado.

—Eran los botones en el orden equivocado.

Mis dedos habían pulsado en orden: botón central, botón izquierdo, botón izquierdo. Centro, izquierda, izquierda. Tres botones en un orden distinto al que indicaba el manual, pero en el correcto para el funcionamiento real de la máquina. La máquina llevaba evidentemente tres años esperando a que alguien hiciera exactamente eso.

Le hice una foto con el móvil y la etiqueté con CENTRO IZQUIERDA IZQUIERDA. No había nadie a quien mandársela.

Me bebí el espresso.

Era —y lo digo una sola vez y no volveré a mencionarlo jamás. Era extraordinario.

Maria me llamó el miércoles por la noche, después de que volviera a casa.

El piso de Capitol Hill, el sofá, el chándal, una tostada: lo único en la nevera que todavía no se había convertido en un experimento de biología. La tele puesta para hacer compañía. El mando a distancia en algún sitio donde no podía verlo.

—¿Cómo va todo?

—Bastante bien.

—Elena.

—Está bien, Maria.

—Necesito algo más que eso.

—Es un trabajo. La niña es genial. El perro del vecino es genial. La vecina es el tipo de mujer que me gustaría ser a los sesenta y tres.

—¿Y?

—Y la máquina de espresso ya funciona. Lo he averiguado. Eran tres botones. Había que pulsarlos en un orden concreto. Me he sentido como una descifradora de códigos.

—Estás esquivando.

—No estoy esquivando.

—Elena.

Dejé la tostada en el plato.

—Llega a casa a las siete —dije—. Para cuando está, tengo mis cosas recogidas. Dos minutos después me he ido. En tres días quizás hemos

intercambiado nueve frases. Él dice «¿Cómo ha estado?», yo digo «Bien portada», él dice «Gracias» y me voy. Eso es todo el trabajo.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Sabes perfectamente qué.

—No hay ningún «y», Maria.

Se hizo un largo silencio en la línea. De fondo se oía a Diego en su cocina; se reía con alguien de algo, probablemente con su sous chef en altavoz. Maria me dejó cocer en esa pausa.

—Elena.

—¿Qué?

—Te mira cuando te vas.

—Tú ni siquiera vives allí.

—Me lo contaste tú. El domingo. El domingo me dijiste que habías ensayado qué decir por si te miraba al irte, y que ibas a quedarte muy tranquila, simplemente darle las buenas noches e irte sin girarte en el pasillo. Eso me lo contaste. Así que te lo digo yo ahora de hermana a hermana: que lo ensayaras significa que sabías que iba a pasar. Lo que a su vez significa que ya estaba pasando. Lo que a su vez significa que te pregunto: ¿y?

—Me observa cuando me voy —dije.

—Mm.

—No me hagas el Mm, Maria. Mia también hace el Mm ahora. Por los dos lados.

—¿Cómo te hace sentir?

—Maria.

—¿Cómo te hace sentir, Elena?

Cerré los ojos. La respuesta honesta era la que había temido.

—Se siente —dije— como si lo hiciera sin querer. Como si ni siquiera supiera que lo hace. Como si se detuviera a observar a una persona alejarse, igual que hay gente que se para a ver aterrizar un pájaro.

—Oh.

—Nada de Oh.

—Me está permitido un Oh, Elena. Acabas de decir algo muy concreto.

Me tapé la cara con la mano. —Son tres meses.

—Mm.

—Maria.

—Te quiero —dijo—. Come algo decente. Llama a mamá. Tengo que colgar, Diego está a punto de prender fuego a algo.

Colgó.

El techo me devolvió la mirada. Pensé en la exposición. En los cuatro cuadros que tenía y los seis que me faltaban. En cómo Mia la semana pasada había puesto la mano en mi manga en la sala de arte. En que Cheryl

había dicho: lleva sin respirar desde el entierro. Centro, izquierda, izquierda.

Alex Harrington mirándome al irme: en eso no pensé.

O al menos lo intenté.

En eso mi hermana tenía razón: cuando una ensayaba algo en la cabeza, era porque sabía que iba a pasar. Yo lo había sabido. Lo sabía ahora. Una mujer adulta de veintiocho años que llevaba tres días contratada para cuidar a una niña no iba a convertirse en una de esas mujeres. De eso me encargaría yo.

Viernes por la noche. Llegó a casa a las siete y uno.

Mia ya estaba en pijama y estaba sentada en la alfombra con Biscuit, que había venido antes con Cheryl y no pasaría a buscarlo hasta más tarde, porque Cheryl había quedado a cenar con una amiga y Biscuit, según había dicho, estaba más contento aquí. Los platos en el fregadero estaban limpios. La cena de Mia recogida, el sitio limpio. Yo ya tenía la chaqueta puesta. El bolso me colgaba del hombro. El pelo recogido en un moño.

Alex entró en silencio, como ya era costumbre en él. Colgó las llaves en el gancho junto a la puerta. Se quitó los zapatos. Se sacó la chaqueta, un brazo y luego el otro, despacio, como un hombre que estaba a punto de quedarse dormido de pie.

—¡Lena!

Mia corrió hacia él. La levantó en brazos. Con ella en la cadera se acercó a mí.

—¿Cómo ha estado? —preguntó.

—Bien portada. Ha comido el brócoli. La sobornó con el queso naranja.

—Eso está permitido. —Subió a Mia un poco más hacia el hombro.

—He anotado en la carpeta que ha habido soborno.

—Heather también anotaba siempre los sobornos. A veces con bolígrafo rojo, cuando quería que lo viera.

—Me pareció una buena tradición que conservar.

Asintió. Dejó a Mia en el suelo y me miró con una sonrisa.

—Buen fin de semana, Elena.

—Igualmente.

Bolso al hombro. Hacia la puerta. Sin girarme.

Tampoco me giré en el pasillo. Él estaba en el marco de la puerta. Lo había ensayado el domingo y seguí caminando.

Las puertas del ascensor se deslizaron. Dentro esperé a que se cerraran.

En el espejo plateado del panel de botones del ascensor: cazadora vaquera, jersey verde, moño, pintura en algún sitio que encontraría después. Le había dicho a mi hermana que era un trabajo. Había dicho tres meses. En ambas cosas tenía razón. Pero en el fondo no tenía tanta razón como me hubiera gustado.

El ascensor bajó.

Marcus me saludó brevemente abajo cuando pasé.

—Buenas noches, Ms. Ramirez.

—Buenas noches, Marcus.

—Hasta el lunes.

—Hasta el lunes —dije.

Fui a casa. No lloré en el coche.

Lloraría, me dije, más tarde, si es que aquello era llorar.

Probablemente no lo era.

Probablemente sí.

Capítulo 4

Alex

Los sábados por la mañana eran los peores.

Eso lo había comprendido después de unos veinte meses. Entre semana uno iba a la oficina. Entre semana uno funcionaba con el último resto de energía que le quedaba. Los sábados eran los días en que el piso se quedaba en silencio y Mia dormía o estaba en casa de alguien, y uno se sentaba en la isla de la cocina con una taza de café que no estaba tan bueno como el que antes hacía, y recordaba que tenía treinta y cinco años, que era viudo y que aquello era, al parecer, su vida ahora.

Ese sábado, Mia estaba en un taller de arte. Elena la había llevado.

Lo había propuesto el miércoles. Yo había llegado a casa como cada tarde, pasadas las siete, y Elena estaba junto a la puerta recogiendo el bolso y mencionó, de pasada, como si me estuviera contando lo que había en la nevera, que en Capitol Hill había un taller de arte para niños los sábados por la mañana y que Mia se lo había pedido y que podía llevarla, si a mí no me importaba. No lo contaría como horas de trabajo. Era su tiempo libre. Ella quería ir de todas formas.

Yo había estado en el salón con las llaves todavía en la mano, dije que bien y no le pregunté por qué quería pasar un sábado con una niña que no era

suya sin cobrarlo.

Se había ido.

Un minuto entero después de que se fuera, el piso vacío me tuvo retenido, con las llaves todavía en la mano.

Así que allí estaba Mia. Pintando. Con Elena. Mientras yo me sentaba en la isla de la cocina con la segunda taza de mal café y escuchaba la lluvia en las ventanas.

Sonó el teléfono.

Dos veces, tres. El número me resultaba familiar.

—Alexander.

Susan Whitman me llamaba Alexander, como no me había llamado nadie más nunca. Claire me llamaba Alex. Mis padres me llamaban Alex. Los hombres del reservado del Rusty Anchor me llamaban Alex, salvo Chris, que a veces me llamaba Harrington cuando estaba a punto de hacer un chiste que se pasaría de la raya.

—Susan. Hola.

—¿Cómo está ella?

—Está bien. Hoy está en un taller de arte. Elena la ha llevado.

Al otro lado de la línea se produjo una pausa. Llevaba contando las pequeñas pausas de Susan desde el funeral.

—Elena.

—Heather se fue. Ya os lo conté a ti y a Mark. La hija de Heather tuvo un bebé. La nueva se llama Elena. Se lleva bien con Mia.

—Mm.

Mark cogió el segundo auricular.

—¿Cómo están los pulmones? —dijo Mark—. Hola, hijo.

—Hola, Mark. Los pulmones están bien. Hace dos semanas tuvimos aquel incidente en la guardería. Desde entonces, nada. Está siguiendo el nuevo plan del doctor Patel.

—Bien.

—Ha tenido una buena semana.

—Bien —repitió.

Susan: —¿Cuándo va a venir Mia a pasar el fin de semana con nosotros?

Eso lo preguntaba en cada llamada. Yo daba la misma respuesta en cada llamada.

—Quiero darle unas semanas más para que se adapte a Elena antes de que duerma fuera de casa.

Susan respiró hondo.

—Alexander.

—Susan.

—Es nuestra nieta.

—Primero es mía.

Mark intervino. —Lo sabemos, hijo. Lo sabemos. Es que Susan... la echamos de menos.

—Sé que la echáis de menos.

Silencio. Mark lo llenó con suavidad.

—Pronto nos la traes a cenar.

—Lo haré. Lo prometo.

El resto de la conversación siguió el patrón que llevábamos manteniendo casi tres años. Susan hizo una pregunta precisa sobre los hábitos alimenticios de Mia, luego otra sobre su sueño, luego una sobre la tos. Respondí a cada una con exactitud. Mark preguntó qué tal el trabajo. Le dije que bien. Mark dijo te queremos, hijo, y Susan no dijo nada, y la línea quedó muda.

Dejé el teléfono boca abajo sobre la encimera y me acabé el café.

Más tarde, el móvil volvió a encenderse; la foto de la pantalla mostraba a mi madre con el jersey verde, en Semana Santa, y lo cogí antes de que sonara por segunda vez.

—Hola, mamá.

—Cariño.

—Hola.

—No pareces descansado.

—Estoy bien.

—¿Estás comiendo bien?

—Sí.

—Hm-hmmm —dijo ella—. Joe manda saludos.

—Hola, papá.

—Hola, pequeño —gritó mi padre desde algún lugar de la cocina. Sonaba como si estuviera cocinando algo. Seguramente salchichas con cebolla.

—¿Cómo está nuestra niña?

—Está bien. Está en el taller de arte. Heather se fue, ya os lo conté. La nueva se llama Elena. La ha llevado en su tiempo libre.

Mi madre guardó silencio un momento.

—Qué amable de su parte. Con lo que podría haber dormido hasta tarde un sábado.

—Sí, desde luego.

—¿Cómo es ella, Alex? Aún no nos has contado nada sobre ella.

Cambié el móvil de oreja.

—Tiene veintiocho años. Es pintora. Es de Los Ángeles. Tiene una hermana mayor aquí en Seattle a la que llama los miércoles. Le habla en español a Mia, y a Mia le encanta. Tiene un contrato conmigo de tres meses y se irá después porque es artista, no niñera, y yo lo sabía desde el principio.

Mi madre me dejó terminar. Luego dijo: —Cariño.

—Mamá.

—Tres meses.

—Ese fue el trato, mamá. Te lo dije cuando la contraté.

—Hm-hmmm.

—Mamá.

—Si no he dicho nada.

—Has dicho hm-hmmm.

—Eso no es decir nada, Alex. Es la ausencia de decir algo.

Se me escapó una carcajada. Solo una. Breve y seca. Ella la oyó. No la comentó.

—Escucha, cariño. Tu padre quiere saber si vendrás a comer el domingo que viene.

—Sí. Iré. Mia y yo iremos los dos.

—Bien.

—Dile que llevo el vino.

—Hace como que no lo había pedido.

—Lo hace siempre.

—Come algo al mediodía, Alex.

—Lo haré.

—Prometido.

—Prometido.

Colgó. Mi padre no volvió a ponerse al teléfono.

La tostada seguía en la encimera. Al cabo de un minuto la cogí. Al cabo de otro minuto ya no estaba.

El trayecto hasta Capitol Hill duraba veinte minutos con el tráfico de los sábados. El taller estaba en la 12th Avenue, en un edificio de ladrillo con una puerta naranja y un cartel escrito a mano en el escaparate que ponía BRUSHWORKS – KIDS. La lluvia había pasado a ser una llovizna fina. Al otro lado de la calle había una tienda que vendía vinilos a la gente que todavía quería vinilos; aparqué allí y me quedé sentado en el coche otro minuto antes de bajar.

La puerta de entrada del taller estaba abierta con un ladrillo a modo de tope. Un pequeño cascabel sobre la puerta tintineó cuando entré, aunque la puerta ya estaba abierta, porque alguien había atado el cascabel a un cordel para que pudiera oscilar sin que la puerta se moviera.

Dentro olía como un taller de verdad: a acrílico, a suelo de madera y un poco a aguarrás en algún lugar donde no debería estar. La sala era más grande de lo que sugería el escaparate. Seis caballetes pequeños estaban colocados junto a la pared. Seis niños de pie ante seis caballetes. Una mujer de unos cuarenta y tantos años estaba sentada en un escritorio pequeño junto a la puerta, con las gafas de leer en la cabeza y pintura en el pulgar. Levantó la vista cuando entré.

—Usted debe de ser el padre de Mia.

—Alex.

—Tessa. —No se levantó—. Lleva cuarenta y cinco minutos contándole a todo el mundo aquí cosas sobre usted. Que duerme demasiado, que no come suficiente y que los crepes tampoco le salen bien.

—Dos de esas cosas son ciertas.

—¿Cuáles dos?

—Le dejo que lo adivine.

Sonrió. —Está en el tercer caballete. No la salude todavía, está justo en mitad de una obra.

—De acuerdo.

—Y, Alex.

—Sí.

—Elena está al fondo. Nos faltaba una monitora. Se ofreció. —Tessa se encogió de hombros—. Es buena. Los niños la adoran. Por favor, no la interrumpa tampoco si puede evitarse. Se queda muy quieta cuando pinta.

—No lo haré.

Una mirada por la sala.

Mia estaba ante el caballete con el pincel apretado en el puño, la lengua entre los dientes, pintando algo que parecía un perro con dos cabezas. En el caballete de al lado, Lily Ellis —la Lily de David— pintaba algo que parecía una flor con sombrero. Las dos no se hablaban, sino que simplemente se inclinaban la una hacia la otra e ignoraban a los adultos en la sala.

Detrás de los niños, al fondo del todo, estaba Elena.

Tenía su propio caballete. No daba clase desde la parte delantera. Se había colocado entre los niños, a su altura, con su propio lienzo, y pintaba. Llevaba el jersey verde con el que la había visto el primer día. Un trazo de pintura naranja le cruzaba el dorso de la mano izquierda. El pelo lo llevaba

recogido en un moño apresurado, con pintura pegada que ella aún no sabía que tenía, e inclinada hacia su lienzo con los hombros relajados —una postura que no le había visto en dos semanas.

No me miró. No miró a nadie. Miraba su lienzo, que yo no podía ver, y una niña pequeña en el caballete de al lado le decía algo, y Elena respondía sin levantar la vista de su trabajo, y la niña se reía.

Algo se removió en el pecho.

Durante unos diez segundos me quedé en la puerta del taller observando a la mujer que había contratado para cuidar a mi hija mientras pintaba un cuadro en su libre mañana de sábado en una sala llena de niños de tres años. Lo que me pasó por la cabeza en ese momento, en palabras muy sencillas, fue esto:

Estoy en un lío.

Luego: Estoy enamorado de ella.

Luego: Ay, no.

No habíamos dormido juntos. No nos habíamos besado. En dos semanas no habíamos tenido ninguna conversación de verdad que fuera más allá de «¿Qué tal ha estado?» y «Ha estado bien». Que estuviera enamorado de ella no figuraba en la lista de condiciones que ella había puesto aquel día en la guardería, el día en que Mia tuvo su segundo ataque —condiciones que había formulado al salir en noventa segundos.

Con treinta y cinco años. La mujer muerta desde hacía casi tres. Una niña de tres años que le había dado permiso a una extraña, aquella tarde en que casi se ahogó, de llamarla Lena. CEO de una empresa que había crecido de dieciséis a ochenta y cuatro empleados, una reunión con inversores el martes, y allí, en el umbral de un taller de arte en la 12th Avenue, mientras observaba a una mujer pintando, lo que sentía no era gratitud profesional.

Detrás de mí, Tessa carraspeó.

—¿Todo bien, papá?

—Todo bien.

—Hm-hmmm.

Se rio. —Por cierto, ahí en el mostrador hay una cafetera. Funciona.

—No quiero café.

—Siéntese de todas formas. El taller termina en ocho minutos.

La silla a la que señalaba Tessa era de madera, pequeña y claramente pensada para los padres que llegaban demasiado pronto y no sabían qué hacer con ellos mismos. Me senté. Durante el resto del taller observé a mi hija pintando un perro de dos cabezas, a Lily Ellis con su flor con sombrero y a Elena con algo que yo no podía ver.

El cascabel sobre la puerta tintineó. Tessa dio dos palmadas. Los niños se levantaron, y los padres que habían ido entrando en los últimos cinco minutos recogieron niños, pinceles y pequeños cuadros húmedos.

Mia se dio la vuelta en el caballete. Me vio. Su cara se iluminó.

—¡Papi!

—Hey, estrella.

Corrió hacia mí. Chocó contra mis piernas. La alcé. Amarillo en la barbilla, azul en la oreja izquierda. Olía a acrílico y a galletas.

—He pintado un perro.

—Ya he visto el perro desde lejos.

—Tiene dos cabezas.

—Me he dado cuenta.

—Una cabeza es la normal, y la otra es la que vigila por la noche cuando la normal está durmiendo.

—Perro listo.

—Lena ha ayudado.

—¿Ah, sí?

Por encima de la cabeza de Mia, mi mirada se dirigió hacia el fondo. Elena estaba junto al caballete limpiándose las manos con un trapo. Llevaba diez minutos sin darse la vuelta, y nadie se pasa diez minutos sin darse la vuelta por accidente.

Se acercó.

—Hola.

—Hola.

Tenía pintura en la muñeca izquierda y pintura en el pelo y pintura en la parte delantera del jersey sin saberlo, y el calor de la sala le había sonrojado la cara, y sujetaba el trapo con las dos manos. Por un momento me pregunté qué aspecto tendría yo ante sus ojos. Intenté poner cara de no haber hecho justo lo que había hecho.

—Gracias por traerla.

—Ha estado genial. Concentrada durante toda la clase.

—Dice que ayudaste con el perro.

—Propuse la segunda cabeza. El resto lo hizo ella.

—Eso fue muy generoso de tu parte.

—Era un buen perro.

—Era un perro fantástico.

Una carcajada breve, a medias. Elena miró a Mia en mis brazos, le rozó la mejilla con el dorso de dos dedos y dijo: —Adiós, pequeña estrella.

—Adiós, Lena.

—Hasta el lunes, Alex.

—Hasta el lunes.

Elena asintió. Un gesto amable y profesional. Se dio la vuelta hacia el caballete. No volvió a mirarme.

Salir al coche con Mia en brazos fue lo siguiente que ocurrió, porque así era como lo hacía, porque tenía treinta y cinco años y no era un adolescente y tenía a una hija sobre la cadera.

En el coche, Mia habló durante todo el camino a casa. Habló del perro y de la flor de Lily y de un niño en el caballete de al lado que había mordido un trozo de carboncillo y al que habían regañado, y de las gafas de leer de Tessa y otra vez del perro. Yo escuché. De vez en cuando hacía un sonido que quería decir: sigue. El tráfico del sábado nos fue llevando hacia Belltown. Marcus me lanzó en el vestíbulo una mirada breve que estaba demasiado cansado para descifrar. Mia recibió el sofá, la manta, Bluey y las galletas.

Se comió dos galletas y se quedó dormida con la tercera en la mano.

Le saqué la galleta de la mano, le eché la manta por encima y me dejé caer en el sillón de cuero frente al sofá.

Repasé las justificaciones habituales —cansado, solo, tres años, cualquier-mujer-que-sea-amable-con-Mia, no-es-real, se-va, ella-misma-redactó-su-contrato— y ninguna se sostenía.

Ella no estaba enamorada de mí. Era comprensible. Lo de estar enamorado era problema mío, y solo mío.

Pero había ocurrido.

Mia dormía. El pequeño pecho subía y bajaba. La mejilla se agitó con un sueño.

El móvil estaba en el brazo del sillón. Lo cogí. Casi le llamo a mi madre. Lo dejé. Lo cogí de nuevo. Casi le mando un mensaje a Chris. Lo dejé. David también estuvo a punto de recibir un mensaje —David con sus salchichas polacas a las cuatro de la mañana, que había estado sentado en mi sofá en la peor noche de mi vida. David habría sabido qué decir, con tanta delicadeza que yo no lo habría podido soportar. Dejé el móvil.

El sillón me retuvo. Mia dormía.

Era una tarde de sábado. Llovía. Mi hija dormía en el sofá con el brazo echado por encima de la cabeza. Claire también había dormido siempre así.

El sillón crujió cuando me recosté. En algún lugar de la isla de la cocina, el móvil se encendió. *Llámame cuando puedas, cariño*, había escrito mi madre.

Capítulo 5

Elena

El martes de mi tercera semana salí del ascensor con un termo en una mano y una caja verde de pastelería en la otra. Esperaba la mañana que llevaba semanas viviendo: el gesto de cabeza de Marcus, el cauteloso buenos días de Alex, la voz de Mia desde la cuna en cuanto se despertara. El piso, cuando entré, estaba en silencio como nunca antes.

El termo fue a parar a la isla de la cocina. La caja de pastelería, encima de la carpeta de Heather. Las llaves, al cuenco. Todo eso duró menos de tres segundos, porque ya estaba escuchando, como se escucha en una guardería cuando la habitación se queda en silencio sin que deba estarlo.

—¿Mia? Soy yo, Lena, mija.

Ninguna respuesta.

El televisor estaba apagado. La luz del pasillo que Alex dejaba siempre encendida junto a la puerta de Mia estaba apagada. En cinco pasos llegué al fondo del pasillo. La puerta ya estaba abierta.

Mia estaba sentada en la alfombra.

Se había bajado de la cama. Estaba sentada en la alfombra, con la espalda apoyada en el borde, en el pijama rosa con el patito amarillo, las manos planas sobre los muslos, igual que las había puesto planas sobre la mesa en la guardería tres semanas atrás. Su pecho respiraba mal. Sus ojos eran enormes. Me vio e intentó decir mi nombre, y lo que salió no era ningún nombre.

Me dejé caer de rodillas delante de ella.

—Oye, estrella. Hola, hola. Aquí estoy. No hables.

La bolsa estaba en el armario. La había revisado cada mañana desde que empecé. La saqué. Inhalador. Cámara espaciadora. Mascarilla.

—Mírame. Vamos a hacer lo que hacemos siempre.

Me senté en la alfombra, me coloqué bien y me apoyé detrás de ella, mi espalda contra la cama, su espalda contra mi pecho, exactamente como me había enseñado Evelyn el primer día. La mascarilla le cubrió la boca y la nariz. La mano izquierda la sujetaba. El pulgar derecho, sobre el móvil.

Alex cogió al segundo tono.

—¿Qué pasa?

—Soy yo. Está teniendo un ataque. Vuelve.

—Estoy en la I-5.

—Vuelve.

—Voy para allá. ¿Cheryl?

—La llamo ahora.

—Patel.

—Después de Cheryl.

Colgó. Cheryl cogió al primer tono.

—¿Cariño?

—Cheryl. Está teniendo un ataque. Estoy con ella.

—Cuarenta segundos.

La línea de urgencias de Patel cogió al tercer tono. La auxiliar ya estaba despierta, ya estaba siendo amable, ya estaba tomando nota de los datos antes de que yo terminara la tercera frase. —Children's. Llamo allí. No la coja en brazos; recuéstela en diagonal en la silla de coche. ¿Labios bien?

—Rosados.

—¿Color en los dedos?

—Rosados.

—Children's. Ahora mismo.

Los cuarenta segundos fueron cuarenta segundos. Los conté en español en el pelo de Mia. Uno. Dos. Tres. Le canturreé estrellita en la nuca muy bajito. Mi mano derecha descansaba plana sobre su pecho para que pudiera notar cómo subía y bajaba, y le bajé los hombros suavemente, alejándolos de las orejas, y fueron bajando poco a poco. En el veinte, su agarre en mi manga se había aflojado. Cuando oí las llaves de Cheryl en la puerta de entrada, estábamos respirando juntas.

Cheryl entró sin llamar. Apareció en la puerta del dormitorio con el albornoz verde, Biscuit con la correa, y Biscuit se tumbó en el umbral sin

que nadie se lo dijera. Con dos pasos más, Cheryl estaba junto a la cama, de rodillas a nuestro lado, la mano en la frente de Mia.

—Hola, cariño. Hola. Ya está Cheryl. —Su mirada encontró la mía, breve y rápida.— Labios bien. Color bien. Lo has hecho muy bien, Lena.

—He llamado a Alex. He llamado a Patel. Patel ha dicho Children's.

—Conduzco yo.

—Me tiemblan demasiado las manos.

—Ya lo sé. Conduzco yo. Coge su bolsa. Coge la tuya.

En menos de veinte segundos, Cheryl tenía a Mia, con la mascarilla todavía puesta, en la silla de coche que había junto a la puerta —para las excursiones de abuelos que nunca habían llegado a ocurrir. Biscuit recibió una chuche del tamaño de su cabeza. La puerta del 20B encajó detrás de nosotras. El ascensor tocó su suave melodía instrumental y bajamos, con la mascarilla todavía en la cara de Mia.

En el vestíbulo, Marcus nos echó un solo vistazo y, sin decir nada, sostuvo abierta la puerta de entrada. Le habían dicho lo que había que hacer en esa situación. Yo no lo sabía hasta ese momento. Cheryl había acercado el coche. Conducía ella. Yo iba en el asiento de atrás, con la mano de Mia bien sujeta en la mía. Mia no me soltaba.

El trayecto hasta el Children's duró once minutos, y los conté.

Alex estaba en recepción cuando entramos por las puertas correderas. Llevaba americana, con la corbata floja. El móvil estaba boca abajo en el mostrador. Tenía la mirada fija en la puerta; nos vio y se acercó rápidamente.

La cogió de la silla de coche. La mascarilla de Mia siguió puesta. Ella le pasó la mano libre por la nuca. Durante medio segundo, él cerró los ojos.

—Está bien —dije—. Patel ya lo sabe. Patel viene.

—Cheryl.

—Cheryl nos ha traído.

Miró a Cheryl. No dijo gracias. Cheryl no lo esperaba. —Yo estoy en la sala de espera. Asegúrate de que la vean.

Una enfermera rodeó el mostrador. Esperaban a Mia porque Patel había llamado, y nos llevaron directamente al fondo. Alex la llevaba en brazos. Yo llevaba la bolsa. La mascarilla siguió puesta.

La doctora Patel era una mujer de unos cincuenta años con gafas de lectura colgadas de una cadena de perlas y un fonendoscopio lo bastante caliente para intuir que lo había llevado bajo el brazo. Miró a Mia primero, la auscultó, le hizo a Mia —no a nosotros— dos preguntas breves que Mia respondió con la barbilla. Luego nos miró a nosotros.

—Se está estabilizando. Haremos terapia de nebulización y la tendremos aquí esta noche.

Alex asintió.

—Sentaos los dos.

Nos sentamos. Había dos sillas junto a la cama; ella misma cogió un taburete con ruedas y se giró hacia nosotros.

—Mr. Harrington. Ms. Ramírez. Dos cosas.

—De acuerdo —dijo Alex.

—Primera. Mia está bien. Va a estar bien. Hoy no es un día peor que el último; es el mismo tipo de día. Es una niña con vías respiratorias reactivas,

sabemos cómo manejarlo, y los dos habéis gestionado bien esta mañana. —Una mirada hacia mí.— Lena. Ha sido un buen trabajo.

—Gracias —dije, porque me habían criado para dar las gracias cuando un médico decía algo amable, aunque las manos todavía me temblaran.

—Segunda. —Puso el historial sobre la rodilla.— Ha tenido cuatro de estos ataques desde noviembre. Dos en la guardería, uno con Heather, uno esta mañana. El patrón no es el asma. El patrón son las transiciones. Pasó de la guardería a casa con una nueva niñera en el mismo periodo de catorce días. Perdió a Heather. Incluso los cambios pequeños afectan mucho a niños como ella. No culpo a nadie de lo de esta mañana. Solo os digo lo que veo.

El rostro de Alex cambió de una manera que no supe interpretar.

—Quiero que las próximas seis u ocho semanas sean lo más tranquilas posible. La misma rutina. Las mismas personas. Los mismos horarios de sueño. Incluso el mismo desayuno, si es posible. El aburrimiento es bueno. El aburrimiento es medicina.

—De acuerdo —dijo Alex.

—Lena, tengo entendido que tienes contrato por tres meses.

No lo había sabido por mí. Alex debía de haberlo anotado en algún formulario. —Sí.

—No cambies el contrato hoy. No el día en que una niña llega a mi hospital. Sigue apareciendo, como hasta ahora.

—Lo haré.

Se levantó. Apoyó la mano un momento en el pie de la cama de Mia. Luego se dirigió a la puerta, se giró y dijo: —En la sala del fondo del pasillo hay una cafetera. El café es horrible. Lo siento.

Se fue.

Alex soltó una carcajada breve y seca. —Es buena.

—Es muy buena.

Se recostó en la silla y se pasó las dos manos por la cara. —Lo has manejado tú. Estabas aquí cuando yo no estaba.

—Ha conducido Cheryl.

—Lo has manejado tú, Lena.

A eso no había respuesta posible.

Mia recibió el nebulizador. Mia recibió una manta y un zumo y un peluche de nutria que la enfermera de noche había sacado de una cesta. Mia se quedó dormida en menos de una hora, con la mano izquierda aferrada a mi dedo y la derecha a la corbata de Alex, que él había desanudado y puesto en la cama para ella.

La enfermera dijo que uno de los dos podía irse a casa; que la tendrían allí toda la noche; que estaba estable. Ninguno de los dos se fue.

Cerca de las once, el móvil se iluminó con el nombre de Maria.

MARIA: hola hermana, me adelanto a la llamada del miércoles porque luego tengo una reunión, ¿sigues viva?

YO: Estoy con Mia en el hospital. Está bien. Está estable.

Los tres puntitos aparecieron de inmediato.

MARIA: ¿Dónde estás? ¿En qué hospital? Voy para allá

YO: No hace falta. Alex está aquí. Cheryl nos ha traído. está dormida. te llamo mañana.

MARIA: Okay, ¿estás segura?

YO: Sí, estoy segura.

MARIA: Me escribes a medianoche si todo sigue bien

YO: Sí, lo hago

MARIA: te quiero

YO: y yo a ti

El móvil aterrizó boca abajo sobre mi rodilla.

Alex me estaba observando.

—¿Tu hermana?

—Maria.

—¿Qué dice?

—Dice que viene. Le he dicho que no. Me escribirá a medianoche para asegurarse de que no me han sustituido por un secuestrador.

Casi se rio. No llegó a hacerlo del todo. Miró a Mia.

—¿Vamos a por el café malo?

—Sí.

La sala estaba al fondo del pasillo, con ese tipo de luz de neón que convierte a cualquiera que no haya llegado a los cuarenta en alguien veinte años mayor. Dos sofás. Una máquina expendedora. Una cafetera en el mostrador, de cápsulas individuales, de las malas.

Alex nos preparó una taza a cada uno. Se sentó en el sofá de enfrente, se inclinó hacia delante con los codos en las rodillas y sujetó el vaso de cartón con las dos manos.

—Desde que... no había vuelto a ningún hospital. —Se detuvo.— Perdona. Yo —

—Puedes decirlo.

Respiró hondo. Volvió a respirar. Miró el café, no a mí.

—Tres semanas antes de que Claire muriera, estuvo en urgencias por algo que resultó ser inofensivo. Pensamos que era el apéndice. Era un cálculo renal. Le daba tanta vergüenza ocupar una cama que se disculpó con cada enfermera de la planta. Yo fui a casa y le traje un sándwich a las dos de la madrugada de la tienda de Madison que abría toda la noche, y cuando volví, estaba sentada en la cama comiendo una galleta integral, y nos reímos de ella hasta que lloró.

—Desde entonces no he podido entrar en un hospital, salvo para las revisiones de Mia, y eso es la consulta, no el edificio. El edificio es otra cosa.

—Lo sé.

—Tres semanas.

—Lo sé.

Guardó silencio.

—En realidad tendría que haber conducido yo aquella noche. La noche en que ella... Habíamos cambiado a última hora. Había una reunión que se alargó.

Se bebió el café.

—¿Y tú? —dijo al cabo de un momento.— L.A. ¿Por qué?

Había una versión de esa historia que les contaba a quienes preguntaban. Necesitaba un cambio, acompañado de un leve levantamiento de barbilla. Esta vez no la usé.

—Había una relación que ocupaba demasiado espacio. No me pegó. Solo me hacía un poco más pequeña cada día. Para quien no lo ha vivido, es difícil de explicar. Darme cuenta de que bajaba la voz en conversaciones con desconocidos, porque la versión de mí que solía entrar en una habitación ya no era bienvenida en la habitación donde estábamos él y yo. Me fui. Mi hermana me dejó dormir tres semanas en su sofá. Me dio de comer demasiado. El piso vino después. Fue en julio.

—Ocho meses.

—Ocho meses el viernes.

Asintió. No preguntó nada más. Había escuchado sin intentar arreglar nada.

—Lo siento —dijo.

—No tienes por qué.

—Lo siento porque alguien llegara a hacerte sentir pequeña alguna vez.

Le miré por encima del vaso de cartón. Apartar la vista fue más difícil.

—Gracias, Alex.

Nos tomamos el café malo. Al fondo del pasillo, una niña respiraba sola. Me pillé antes de creer que era mía.

De madrugada vino una enfermera a decir que tenía tres valores limpios. Patel regresó al amanecer y dijo que podíamos irnos a casa si prometíamos cumplir el aburrido calendario. Alex lo prometió. Yo también. El papeleo del alta tardó casi una hora. Cheryl se había ido a casa a medianoche cuando se lo dijeron. El cielo al otro lado de la ventana del séptimo piso había sido negro, luego gris, luego un gris más suave, luego ese color para el que mi madre nunca había encontrado del todo una palabra.

Alex bajó a Mia en brazos hasta el coche. Se despertó lo justo para decir papi y volvió a dormirse. El coche estaba caliente porque él lo había puesto en marcha desde dentro con la aplicación. La abrochó en la silla de coche, le dio un beso en la cabeza y se quedó tres segundos de pie, con la mano todavía en la puerta del coche.

Entre nosotros hubo un momento de silencio.

—Conduce tú —dijo—, si te parece bien.

—Sí.

Me dio las llaves. Conduje; era más fácil cuando había algo que hacer. Él iba en el asiento del copiloto, con la cabeza apoyada en la ventanilla, los ojos abiertos, mirando al vacío.

La autopista a finales de marzo era una larga cinta gris entre dos hileras de árboles que habían decidido estar casi listos para el verde. El sol salía despacio a trozos a nuestra espalda, un sol lento de marzo en Seattle que todavía no se había decidido del todo, y los edificios del centro lo recogían piso a piso en sus ventanas.

Alex habló una vez, justo antes del desvío a la I-5.

—Gracias.

—No hay de qué.

—No, gracias.

Eso podía quedarse así.

Marcus tenía el turno de mañana en el vestíbulo. Nos retuvo el ascensor. Subimos. Mia era un peso pequeño y cálido en el pecho de Alex, con la cara en su cuello, dormida de nuevo, porque había captado solo a medias la despedida de la enfermera y la mayor parte del trayecto en ascensor.

La tumbamos en el sofá del salón, bajo la manta azul que Linda había tejido para Alex hacía tres inviernos. No se despertó. El sillón de cuero frente al sofá crujió cuando Alex se sentó en él. Estuvo un minuto mirándola. Luego se levantó, se pasó una mano por la cara y pasó a mi lado hacia la isla de la cocina.

Se paró delante de la máquina de espresso.

La miró.

No me miró a mí.

Pulsó el botón verde de la parte delantera. La máquina hizo el ruido equivocado, el que hacía desde hacía tres años. Dio un paso atrás, se pasó la mano por el pelo y soltó una carcajada, un sonido breve y apagado.

Me acerqué. Cuatro pasos.

—¿Puedo?

—Por favor.

Centro, izquierda, izquierda. Sin decirlo en voz alta —pulsado en ese orden delante de él. La luz pasó del color equivocado al correcto. El molinillo

hizo el ruido correcto. La bomba fue cogiendo presión. Un chorro empezó a fluir, lento y oscuro, en la taza.

La taza pasó a su mano.

La sostuvo. La miró. No bebió.

—¿Cuánto tiempo llevas?

—Semana y media.

—No me lo dijiste.

—Nunca surgió. El ritmo.

—¿Qué ritmo?

—Las siete y uno. Llegabas a casa a las siete y uno. Me iba a las siete y tres. En dos semanas no tuvimos ni un minuto entero en el que pudiera contarte lo de una cafetera.

Dejó la taza. Apoyó las manos en el borde de la isla de la cocina y bajó la cabeza, y los hombros permanecieron quietos unos seis segundos. Luego ya no.

Mi mano estaba sobre la isla de la cocina, junto a su taza, no sobre él.

—Heather dijo que llorarías.

Se rio entre las manos, una risa húmeda, mitad sollozo.

—Cómo no iba a decirlo.

—Dijo que era por eso de *la compré el año en que nació Mia*.

—Y lo es. Y lo era.

—Lo sé.

Volvió a coger la taza. Bebió, con los ojos cerrados. Dejó la taza. Puso la mano brevemente sobre la mía en la isla de la cocina y luego la retiró.

—Gracias —dijo.

—Es solo café.

—No es solo café.

Me miró y no apartó la vista.

—Lo sé.

El sol salió sobre la isla de la cocina. La manta azul en el sofá subía y bajaba. El móvil vibró una vez: el mensaje de medianoche de Maria llegó tarde porque Maria se había quedado dormida esperando y mi segundo mensaje la había dejado dormir.

MARIA: ¿Sigue todo bien?

YO: Sí, sigue todo bien.

El móvil aterrizó boca abajo en la isla de la cocina. Mi otra mano se quedó donde estaba, cerca de la suya, sin tocarle, pero sin alejarse. La máquina de espresso tintineó una vez al enfriarse. Mia hizo ese sonido pequeño y suave que hacía al dormir, el que significaba que se estaba sumergiendo más.

Fuera, Seattle despertaba despacio, con lluvia y sin ella a la vez.

Alex terminó el café. No se preparó uno segundo. No se alejó de la isla de la cocina. Al cabo de un rato se preparó otro, esta vez para mí, y lo

tomamos juntos, cada uno con su taza, a quince centímetros el uno del otro, mientras su hija dormía.

Ya era miércoles por la mañana. No había dormido. No había llorado. El llanto llegaría después, en el baño con la puerta cerrada con llave. Después, nunca durante. Sería un llanto completamente normal, y pasaría.

Otro café. Uno para él. Uno para mí. Nos sentamos en la isla de la cocina y esperamos a que Mia se despertara.

Capítulo 6

Alex

El trayecto a Portland duró tres horas, y Mia, sentada en el asiento de atrás, cantó casi todo el camino.

Cantaba la canción de una estrella que Elena le había enseñado, y cuando se le acababan las palabras que conocía, inventaba el resto en una mezcla de inglés y los retazos de español que había ido recogiendo en las dos semanas y media transcurridas desde que alguien en casa empezó a usar las dos lenguas. Estrellita, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, dónde estás? A la altura de Olympia había pasado a una canción sobre un pato que era obra de Elena, de Mia, o de ambas; a su edad era imposible saber dónde terminaba el imitar y dónde empezaba el inventar.

—Papá.

—Sí, ratoncita.

—¿Ya hemos llegado?

—Todavía no.

—¿Y ahora?

—Menos todavía que antes.

—Cuéntame un cuento.

—Cuéntame tú uno a mí.

—Mis cuentos no son de verdad, papá.

—Los míos tampoco.

Estuvo pensándolo dos millas. Luego volvió a cantar lo del pato.

Yo no había vuelto a coger la I-5 al sur de Tacoma desde el entierro. Si algún Harrington había recorrido ese tramo, había sido mi madre de camino a verme; la vez anterior, mi padre; la anterior a esa, los dos, con tápers. El peso de meter a Mia en el coche y conducir hasta Portland me había estado revolviendo el estómago toda la mañana.

Patel había dicho que lo llevase con la mayor calma posible. Un brunch dominical en casa de mis padres no era precisamente tranquilo. La cocina de los Harrington un domingo significaba tres tipos de embutido en la mesa, mi madre sin parar de ir de un lado para otro, y mi padre contando la misma historia sobre una excursión de pesca que había hecho antes de que yo naciera.

El sábado por la mañana, al teléfono, Linda había preguntado: —¿Estás comiendo bien?—, y un sí sincero habría sido una mentira, así que ella había hecho un «Mm-mmm», y lo siguiente que dijo fue «el domingo», a lo cual la única respuesta posible era «sí».

Mis padres vivían en una casa de dos plantas en un barrio de Portland donde los arces de las aceras eran lo bastante antiguos como para estar en el catálogo de monumentos de la ciudad. En la entrada había dos coches aparcados, y un tercero al fondo, donde mi padre dejaba la furgoneta desde que yo estaba en el instituto. Linda ya estaba en el porche cuando se apagó

el motor. Sujetaba la puerta con la cadera y tenía un paño de cocina colgado del hombro.

—Llegas pronto —dijo mientras bajaba los escalones.

—Has dicho las once.

—Son las once y cuatro. No has llegado pronto a nada desde noveno curso.

—Eso no es llegar pronto.

—Para ti sí lo es, Aleksy.

Bajó los escalones más deprisa de lo que debería una mujer de sesenta y ocho años y ya había sacado a Mia de la silla antes de que la puerta trasera estuviera del todo abierta. Mia se aferró al cuello de su abuela igual que había hecho conmigo el día que murió Claire. Linda emitió un sonido quedo en el pelo de Mia y parpadeó con fuerza.

—Ratoncita. Mírate.

—Babcia —dijo Mia, con la cara pegada a su cuello.

—Has engordado.

—Es que he comido yogur.

—Eso debe de ser. —Linda le dio un beso en la oreja.— Eso debe de ser, un yogur entero, eso lo explica todo.

Cerré la puerta detrás de mí y cogí la bolsa.

Linda me miró por encima de la cabeza de mi hija.

—Tienes mejor aspecto.

—Es la luz.

—Mm-mmm.

Subió los escalones con Mia en la cadera. Yo los seguí.

La cocina olía a cebolla, a mantequilla y a la kielbasa que mi padre hacía cada tercer domingo del mes cuando había nietos en casa. Joe estaba en los fogones. Levantó la espátula a modo de saludo sin darse la vuelta.

—Hijo.

—Papá.

—¿Has traído el vino?

—En la bolsa. Lo he dejado en la encimera junto a la nevera.

—¿Cuál? —preguntó Joe.

—Pinot.

—¿De dónde?

—Del Willamette.

—Buen chico.

Linda sentó a Mia en la trona que llevaba en esa cocina desde que yo tenía tres años y que ella se había negado a tirar durante los buenos treinta años siguientes. Mia la aceptó como su propiedad legítima. En menos de noventa segundos apareció ante ella un plato con pierogi cortados y, en un cuenco pequeño, nata ácida, porque Linda había recordado que Mia prefería el cuenco aparte a una cucharada en el plato.

En la mesa, Joe me pasó un plato sin preguntarme.

—Come.

—Papá, en realidad no tengo mucha...

—Come.

En el plato había dos pierogi, un trozo de kielbasa y una cucharada del repollo que Linda preparaba con manzanas, el mismo repollo que hacía desde antes de que yo pudiera masticarlo. Primero la kielbasa, porque esa era la norma de la casa desde que tenía doce años. Joe asintió levemente.

—¿Cómo va la empresa? —preguntó.

—Bien. Contratamos a cuatro personas en febrero.

—Bien.

—¿Cómo va el barco?

—El mismo barco.

—Los mismos problemas.

—Los mismos problemas.

Ese fue el parte de situación económica al completo.

Linda puso una cesta de pan entre nosotros y se sentó con su propio plato, más pequeño que los nuestros.

—Aleksy. ¿Cómo duerme Mia? —preguntó.

—Mejor.

—¿Mejor que cuándo?

—Que a principios de semana.

Dejó el tenedor.

—A principios de semana.

—Tuvo una noche difícil a principios de semana. Desde entonces va mejor.

—¿Cuánto mejor?

—Ha dormido cuatro noches del tirón esta semana.

—Aleksy.

—Mamá.

—Eso no es poca cosa —dijo Linda.

—Ya lo sé.

—No es solo el yogur.

—Ya lo sé.

Volvió a coger el tenedor.

Joe siguió comiendo. Escuchaba con atención. Mia había cogido un pierogi con la mano y le iba mordisqueando el borde poco a poco, como un castor a un tronco. La nata ácida le cayó en la muñeca. No se dio cuenta. No se detuvo.

Después del brunch, Linda se llevó a Mia al piso de arriba a ver la habitación que seguía llamando el antiguo cuarto de Aleksy, que durante

dieciséis años había sido el cuarto de costura y en cuyo rincón había ahora una cama de niño pequeño. Joe y yo nos quedamos en la mesa de la cocina con los platos que no le habíamos dejado recoger. La casa estaba en silencio. Mia le contaba algo al cuarto de costura sobre un pato, y su voz llegaba abajo en fragmentos a través de los tablones del suelo.

Joe se levantó y abrió el grifo sobre el plato. Fregó despacio.

Mi plato se unió al suyo en el escurridor. Me pasó un paño de cocina sin mirar, y durante unos treinta segundos secamos en silencio.

—Hay una mujer —dijo Joe.

No era una pregunta. Era Joe. Sequé un tenedor.

—Sí.

—¿La traerás algún día?

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

Asintió. Siguió fregando.

—Tu madre lo sabe —dijo Joe.

—Sí.

—No dice nada al respecto.

—Algo ha dicho.

—Ha dicho una cosa.

—Ha dicho dos.

—Para tu madre eso es casi como no decir nada —dijo Joe.

Casi me eché a reír. Me contuve. Joe colocó el último plato en el escurridor, se secó las manos en el paño y luego, sin más preámbulos, me puso la mano en la nuca durante dos segundos. No dijo nada. Apretó una vez, brevemente. Luego retiró la mano. Se dio la vuelta y salió de la cocina hacia el salón, donde los previos del fútbol sonaban en voz baja.

Me quedé junto al fregadero y conté hasta diez. Luego sequé el resto de los cubiertos y los fui guardando en el cajón, despacio, como lo habría hecho Joe.

Salimos a las tres. Mia se quedó dormida en la silla entre Tualatin y Wilsonville y siguió en sueño profundo el resto de Oregon y durante buena parte del Columbia. Linda había cargado el asiento trasero con dos tápers y media hogaza de pan de centeno envuelta en papel de aluminio, que Joe horneaba siempre que estaba, como ella lo llamaba, en paz consigo mismo. Linda me había abrazado en el porche como lo hacía desde que yo tenía dieciocho años: fuerte, breve, y terminando antes de que ninguno de los dos pudiera encontrar las palabras. Joe había estado de pie detrás de ella, con el brazo en su cintura, y me había dedicado el mismo gesto de asentimiento que con la kielbasa.

En mitad del puente sobre el Columbia, el teléfono se iluminó en el asiento del copiloto. Seguí conduciendo y no contesté.

Era Elena.

El tono de llamada se apagó. Puse el teléfono boca abajo. Cinco millas más tarde, en la salida de Vancouver, me metí en una gasolinera, aparqué y la devolví la llamada.

—Hola.

—Hola, Alex.

—Has llamado.

—He llamado para decirte que Mia se dejó el oso en mi casa la semana pasada, y que siempre se me olvida meterlo en el bolso. Quería traérselo mañana. He cogido el teléfono para preguntarte si mañana viene bien, porque igual lo quiere esta noche.

El letrero de la gasolinera era amarillo y la pintura de las esquinas estaba desconchada. Un poco más allá, en la explanada, un hombre echaba gasóleo en una furgoneta mientras discutía por el altavoz con alguien sobre si su hermana vendría en Semana Santa.

—Mañana está bien —dije.

—De acuerdo.

—Elena.

—Sí.

Los árboles al fondo del aparcamiento se preparaban despacio para la primavera. Mia se veía en el retrovisor, la mejilla aplastada contra el lateral de la silla, la boca abierta. Una niña dormida, un hombre en el coche, el teléfono en la mano.

—Quiero preguntarte algo. Puedes decir que no.

—Adelante.

—Las noches en que lo pasa mal, ¿te quedarías a dormir aquí?

No respondió de inmediato. Al otro lado hubo silencio. Más allá, el hombre de la Semana Santa le decía a su móvil a gritos que las fiestas eran un problema.

—Define noche difícil.

—Llorar dos veces en la noche. Salirse de la cama. Las noches en que Cheryl y yo antes nos habríamos quedado en el suelo de su habitación hasta las cinco de la mañana y yo después tendría que haber pedido la baja en mi propia empresa.

—¿Solo esas noches? —preguntó.

—Solo esas.

—No todas las noches.

—No todas las noches.

Se quedó pensando. Cuando Elena pensaba, se notaba.

—Tengo normas.

—Dímelas.

—Habitación separada. La de invitados.

—Trato hecho.

—Mi propia llave. Para la puerta de la calle, no para la tuya.

—Ya la he mandado hacer.

Tardó medio segundo en continuar.

—Has mandado hacer una llave.

—Heather tenía una llave. El cerrajero vino el miércoles a cambiar las cerraduras. Hay una llave colgada en el gancho junto a la puerta, para quien venga a continuación. Era para que la tuviera cualquiera.

—De acuerdo.

—Puede ser tuya.

—Tercera norma. Me voy cuando quiero. No cuando lo dices tú. No cuando lo dice Mia. Cuando quiero yo.

—Trato hecho.

—La cuarta.

—Sí.

—No le das un cariz raro a esto. No cambias nada en la forma de decir buenos días. No haces que sea algo extraordinario. El ritmo de la cocina sigue siendo el ritmo de la cocina. No soy la mujer de tu cocina porque tú me hayas puesto ahí. Soy la mujer de tu cocina porque Mia ha tenido una noche difícil y yo me he tomado un café.

—Trato hecho.

—Has aceptado las cuatro normas muy deprisa.

—Llevo tres semanas pensándolo. La pregunta me ha llevado treinta segundos.

—Alex.

—¿Sí?

—¿Me lo habías preguntado ya antes?

—Llevo más tiempo haciéndomelo yo mismo. A ti te lo llevo preguntando unos treinta segundos.

Se rio. Era su primera risa verdadera al teléfono, y llegó en dos partes a través de la cobertura de la gasolinera, en el orden en que había salido de su boca, con un compás de retraso.

—De acuerdo.

—¿De acuerdo que sí?

—De acuerdo que sí. Solo noches difíciles. Habitación de invitados. Mi llave. Me voy cuando quiero. Sin hacer de ello algo extraordinario.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía. Voy a ser una huésped complicada. Me hago mi propio café. Dejo calcetines por todas partes. Robo marcapáginas.

—Roba lo que quieras.

—Nunca le digas eso a una pintora, Alex.

—Roba lo que quieras.

A eso no respondió. Al otro lado hubo aún más silencio que antes.

—Elena.

—Conduce con cuidado, Alex.

Pasó otro minuto en el coche. El hombre del gasóleo subió a la furgoneta. Mia emitió un sonido quedo mientras dormía. Puse el teléfono boca abajo

en el asiento del copiloto. Conté hasta tres y arranqué el coche.

El camino de vuelta duró dos horas y media. Poco antes de Tacoma, Mia se despertó una vez, pidió agua y volvió a dormirse. La luz sobre la autopista era amarilla, camino del gris, camino de la oscuridad.

Quería tenerla allí. Noches difíciles, habitación de invitados, cocina a su ritmo. Una frase de dos semanas de antigüedad en la cabeza que hasta ahora no había conseguido salir por los labios.

En Belltown había poco tráfico. Marcus sujetó el ascensor. Mia estaba lo bastante despierta para entrar al piso por su propio pie, marchar directa al sofá y quedarse dormida al instante, bajo la manta azul. La tapé. La mano se quedó un minuto apoyada en su espalda.

En el gancho junto a la puerta colgaba una llave.

Hacía tres años que en ese gancho no colgaba ninguna llave para nadie.

Se quedó donde estaba.

Capítulo 7

Elena

Marcus me sostuvo la puerta del vestíbulo en silencio en cuanto vio la bolsa de viaje al hombro. Con esa discreción había contado; aquella pequeña cortesía profesional me hizo desear dejar la bolsa en el suelo y explicarle que las cosas no eran lo que parecían.

—Ms. Ramirez.

—Marcus.

—Al veinte, por favor.

—Ya lo sé.

Pulsó el botón. Las puertas del ascensor se abrieron, yo entré, y él me saludó con dos dedos en la sien, exactamente como hacía con Alex cuando Alex llegaba a casa agotado. Lo registré. No lo nombré.

La bolsa de viaje era una cosa azul marino que mi hermana me había comprado porque a los veinticinco años yo no tenía más equipaje que una mochila. Dentro llevaba ropa de recambio para dos días, el cepillo de dientes, el libro que estaba leyendo, el libro que le leía a Mia, un par de calcetines limpios —porque le había prometido a Alex por teléfono que los

dejaría repartidos por todas partes— y un neceser pequeño con cremallera que Maria me había preparado el martes a pesar de mis protestas.

—No eres una invitada —había dicho ella.

—Literalmente soy una invitada.

—Una invitada trae un regalo. Tú traes una maldita bolsa de viaje. Hay una diferencia, Lena.

Era la primera vez que mi hermana me llamaba Lena.

El pasillo de la planta veinte era como siempre: madera clara, luz tenue, tres puertas. La 20A a la izquierda, la 20B a la derecha, donde Biscuit probablemente ya estaría pegado a la puerta, y el ático al fondo. La llave ya la llevaba en la mano. Mi propia llave, en su propio llavero, con un pequeño colgante de esmalte en el que Maria había insistido porque una llave sin colgante parece la de un conserje, Lena.

Metí la llave y abrí la puerta.

Dentro, el mismo vestíbulo amplio, el mismo cuenco para las llaves de Alex, el gancho encima. En el sitio de Heather colgaba una llave nueva, y llevaba allí desde el domingo. Saqué la mía del llavero —el colgante se quedó puesto— y la colgué junto a la suya.

No lo hagas raro, le había dicho por teléfono. Él había dicho De acuerdo. Entré sin comentar nada.

Entonces Mia salió corriendo de la cocina en calcetines. Me puse de rodillas ante ella.

—¡Lena! ¡Has venido!

—Si te dije que venía.

—Pero has venido de noche.

—Eso se llama quedarse a dormir, mija.

Se quedó parada delante de mis rodillas, puso las manos a ambos lados de mi cara como hacía siempre que tenía algo extremadamente importante que decir, y levantó la vista.

—Papá ha hecho espaguetis.

—¿Ah, sí?

—Son de bote.

—Esa es la buena clase.

—Papá dice que no.

—Papá está equivocado.

Ella asintió, aceptó el veredicto y volvió corriendo a la cocina.

Alex estaba junto a los fogones en vaqueros y una camiseta gris suave, sin traje. Por primera vez desde que lo conocía, tenía el aspecto de un hombre que cocinaba la cena en su propia casa.

—Hola —dije, y dejé la bolsa en el suelo.

—Hola. —No se dio la vuelta.— Iba a decirte que no son de bote, pero Mia ya me ha delatado, ¿verdad?

—Sí.

—Claro que sí.

Se giró. Cuchara de madera en una mano, trapo de cocina al hombro contrario, el pelo cayéndole sobre la frente porque no se lo había peinado desde la tarde.

—¿Dónde dejo la bolsa?

—En el cuarto de invitados. Por el pasillo, segunda puerta a la izquierda. El baño de enfrente es tuyo esta noche.

—Gracias.

—He dejado un hueco libre en el botiquín. Para que lo sepas.

—Alex.

—¿Qué?

—Eso lo hace raro.

Se detuvo con la cuchara de madera a medio camino de la olla.

—Tienes razón. —Dejó la cuchara.— Olvida que lo he dicho.

—Ya lo he olvidado.

—Espaguetis en quince minutos.

—Bien.

En el cuarto de invitados, efectivamente la segunda puerta a la izquierda, dejé la bolsa sobre un edredón gris suave. La habitación era un asunto sencillo y cuidado: una cama de matrimonio, una ventana con vistas a la ciudad, una cómoda sobre la que no había nada salvo una lámpara pequeña, una silla en el rincón con una manta doblada en el asiento. En la mesilla había un vaso de agua que alguien debía de haber llenado en la última hora,

porque la condensación todavía era muy reciente. Sobre la mesilla descansaba un solo libro: *El largo invierno*, de Laura Ingalls Wilder, el libro que la semana pasada había mencionado por teléfono como el que le estaba leyendo a Mia. Un post-it limpio marcaba la página donde ella y yo lo habíamos dejado la última vez que le leí en el salón. El post-it llevaba la letra de Alex.

El vaso de agua era lo que cualquier anfitrión hacía por cualquier invitado. El post-it era otra cosa.

Me senté en el borde de la cama, apoyé la frente en las rodillas durante tres segundos, me levanté y empecé a deshacer la bolsa. El cepillo de dientes, al baño de enfrente. El libro, a la mesilla, encima de su post-it. Los calcetines limpios, al cajón de la cómoda, porque lo había avisado de lo de los calcetines.

En el pasillo vibró el móvil.

¿Qué tal va todo?, había escrito Maria. *Contéstame en tres palabras como máximo o llamo.*

Espaguetis de bote, escribí.

Buena respuesta.

Alex ha cocinado.

Mejor.

Hay un post-it.

Cariño, ¿de qué tipo?

La pantalla se quedó un segundo quieta. Luego: *De los que le delatan.*

Ohhhh, escribió. *Madre mía.*

Déjalo.

Lo dejo. Te quiero. Cómete los espaguetis.

Guardé el móvil.

En la isla de la cocina había tres platos. El de Mia era el pequeño de cerámica con el pez pintado en el borde, el que había elegido ella en Goodwill el otoño pasado. Los dos platos de los adultos eran blancos y lisos. Entre nosotros había una cesta con pan, en cada sitio un vaso de agua, y sobre la encimera una botella de vino tinto sin abrir que noté pero no nombré.

—Está bueno —dije tras el primer bocado.— En serio. ¿Qué le has hecho?

—Es de bote. —Partió un trozo de pan de la hogaza.

—Eso ya lo has dicho.

—Le he añadido algunas cosas. Ajo. Albahaca. Un poco de mantequilla, porque mi madre me desheredaría si supiera que me la he saltado.

—O sea, que has refinado la salsa de bote —dije yo.

—Ese es el término técnico.

—Y el correcto, en rigor. Mi abuela hacía lo mismo y lo negó durante cuarenta años.

Mia, que había ido avanzando por el borde del plato igual que con los pierogi, levantó la vista.

—Lena, ¿vas a dormir aquí?

—Sí.

—¿En la habitación con la cama?

—Sí, mija. En la habitación con la cama.

—No en la habitación de papá.

—No en la habitación de papá.

Volvió a sus fideos; la pregunta quedaba resuelta.

Alex de repente estaba muy interesado en el trozo de pan que tenía en la mano. La comisura de los labios le tembló apenas dos milímetros. No levantó la vista. Le dio un mordisco al pan.

—Mia —dijo cuando hubo tragado.

—Sí, papá.

—Come los fideos.

—Si ya los estoy comiendo, papá.

—Por el borde. Eso se hace con los pierogi. Los fideos se comen del centro hacia afuera.

—Pero yo los como así.

—Los pierogi los comes así, pequeña. Pregúntale a la Babcia.

—La Babcia dice que es lo mismo.

—La Babcia no dice eso en absoluto.

—Pero podría decirlo.

—Mia.

—Solo te cuento lo que quizás diría, papá.

Me miró por encima de su cabeza. Sus ojos estaban cansados y divertidos, y era la diversión la parte con la que yo no había contado.

Volví a mirar el plato. Llorar después, nunca mientras tanto, me dije.

Después de cenar: baño, cuento, cama. Alex se encargó del baño, porque ese era el ritmo; Mia prefería a su padre en el cuarto de baño porque él hacía chillar al pato con distintas voces, lo cual ella consideraba un servicio para el que él estaba únicamente cualificado. Yo me quedé en la isla de la cocina, aclaré los platos, los metí en el lavavajillas y me quedé un momento de pie junto al fregadero mirando mi propio reflejo en la ventana oscura sobre el grifo. Cielo negro, luces de la ciudad, mi cara levemente translúcida encima de todo. Amarillo sodio. Violeta suave. Un azul profundo que casi era negro.

Mia salió disparada del baño con el pijama de dinosaurios, el pelo mojado, y pasó corriendo a su lado en dirección a su habitación. Alex la siguió más despacio, con dos toallas húmedas al brazo, y se detuvo en la isla de la cocina.

—Te toca —dijo.

—¿Para qué?

—Leer. Ella lo ha pedido. Ha dicho que Lena lo lee como suena.

—Es porque leo despacio.

—Por eso lo ha pedido.

Cogió las toallas y se fue a la lavandería sin más comentarios. Yo colgué el trapo de cocina en su gancho y recorrí el pasillo hasta la habitación de Mia.

La lámpara de la mesilla de Mia era una cosa cálida color ámbar, y Mia ya estaba bajo las mantas, con Dave el oso bajo un brazo y un conejo de peluche que yo no había visto nunca bajo el otro.

Me tendió *El largo invierno*.

—Página setenta y tres.

—¿Ahí lo dejamos?

—Papá dice que ahí lo dejamos.

El post-it con la letra de Alex estaba pegado en la página setenta y tres. Por supuesto que sí.

Me senté en el borde de la cama, abrí el libro y leí durante cuarenta minutos. Despacio, porque a Mia le gustaba así. En la página setenta y ocho los ojos de Mia estaban cerrados. Su respiración era tranquila. Dave el oso descansaba pegado a su barbilla. El conejo había ido a parar al suelo. Cerré el libro.

El pasillo fuera de la habitación de Mia estaba a oscuras, salvo por la franja de luz bajo la puerta del despacho de Alex al fondo, lo que significaba que aún estaba despierto. Pasé por delante de su puerta sin mirar adentro. Detrás de mí sonó su voz, suave.

—¿Duerme?

—Página setenta y ocho. Ha aguantado cinco páginas.

—Todo un récord.

—Por eso me lo ha pedido a mí.

—Ya lo sé. —Una pausa.— Buenas noches, Elena.

—Buenas noches, Alex.

En el cuarto de invitados me puse la camiseta y los shorts con los que dormía, me lavé los dientes, bebí la mitad del vaso de agua de la mesilla y apagué la lámpara. La cama era firme, el edredón suave, y la ciudad ante la ventana tenía ese resplandor apagado que tiene Seattle a medianoche cuando no llueve. Tres cuartas partes en sueño profundo, una cuarta parte en alerta. Me dormí.

El grito que me despertó era suave y no era asmático. Era el otro grito, el que significaba que una niña de tres años había tenido un sueño que no sabía nombrar y había despertado recordando algo concreto que su cerebro le había devuelto en la oscuridad. Casi siempre una persona que no estaba en la habitación y que llevaba mucho tiempo sin estar en ninguna habitación. Era el grito que significaba mamá.

El reloj de la mesilla marcaba las 2:07.

Cogí la chaqueta de punto de la silla y recorrí el pasillo descalza. El suelo estaba frío. La puerta de Mia estaba abierta, como Alex siempre la dejaba. Mia estaba sentada en medio de la cama, con Dave el oso en el regazo y lágrimas en la cara, pero ya no emitía ningún sonido. Demasiado cansada para seguir llorando en voz alta.

—Mija —dije, y me acerqué a ella.

Extendió los brazos. La levanté, con manta y oso incluidos, y me senté con ella en el regazo en la mecedora que había junto a la cama. Apoyó la cara en mi clavícula, tomó tres respiraciones irregulares y se fue calmando, igual que cuando el asma la abandonaba y los hombros le bajaban, solo que esto no era asma sino simple y puro dolor, ese algo que vivía en la misma parte de su cuerpo y usaba la misma salida.

—Eh —le susurré al pelo.— Eh, mija.

—He soñado.

—Sí.

—Era por ella.

—Sí, mija.

—Estaba en la cocina.

—Mm.

—Hacía tortitas.

Estaba caliente contra mi pecho, y por eso la apretaba más fuerte. Lo de las tortitas era nuevo. Si era un recuerdo que con seis semanas de vida era imposible que tuviera, o un deseo que había construido a partir de fotos, no tenía importancia. Era lo que la había despertado.

—¿Te leo algo?

—Sí.

—¿Seguimos con el largo invierno?

—No. El otro. El del conejo.

El otro era *El conejo de terciopelo*, que le había comprado en febrero, antes de que todo esto empezara. Estaba caliente contra mí, y no quería levantarme, así que pesqué el libro de la estantería con dos dedos y conseguí bajarlo sin levantarla del regazo. Leí.

Mia se volvió pesada contra mi pecho en la segunda página y se durmió en la cuarta, y yo seguí leyendo de todos modos, porque la mecedora se mecía suavemente y ella respiraba contra mi clavícula y al conejo del libro le seguían diciendo que era de verdad.

La silla era una mecedora ancha de roble con un cojín pequeño, y en algún momento alrededor de la página dieciséis el libro se volvió pesado en mi mano y mis ojos se cerraron por lo que iba a ser un simple parpadeo. La silla estaba caliente. El niño contra mi pecho estaba caliente. El libro se quedó en mi regazo. Mia se quedó en mi pecho. La silla dejó de mecerse.

Abrí los ojos cuando un peso suave cayó sobre mí.

Una manta. La manta azul del sofá, que todavía olía levemente a suavizante y un poco a la bolsita de lavanda del armario de la ropa.

Alex estaba en cuclillas delante de la silla. Había colocado la manta con cuidado sobre Mia y sobre mí, y su mano alisaba el borde por encima de mi hombro para que no resbalara cuando se levantara. Llevaba una camiseta y un pantalón de chándal. El pelo revuelto del sueño. Iba de camino a la habitación de ella.

Vio que mis ojos estaban abiertos.

No movió la mano. No la apartó de la manta. No habló.

El reloj en la cómoda de Mia marcaba las 4:11.

Sus ojos eran de un verde cansado a la luz del piloto. Mia era un peso pequeño y cálido en mi pecho y respiraba con la respiración constante de un niño al que han leído hasta dormirlo. Lo que las cuatro reglas pretendían mantener a distancia estaba con nosotros en la habitación. Ninguno de los dos lo reconoció. Ninguno de los dos lo nombró.

Apartó la mano de la manta. Se levantó. Miró primero a Mia y luego a mí, y entonces se llevó el dedo a los labios, chsss, como si se ordenara a sí mismo no despertar a ninguna de las dos. Se dio la vuelta, salió y cerró la puerta casi del todo, dejando la estrecha franja de luz del pasillo en el umbral que a ella tanto le gustaba.

La manta estaba caliente.

Mis ojos se cerraron.

Llorar después, nunca mientras tanto, me dije. Ahora no. Mañana.

Me dormí.

Capítulo 8

Alex

La mecedora de la habitación de Mia estaba vacía a las seis y catorce.

La manta estaba doblada sobre el cojín con aquella doblez en ángulo recto que Linda me había enseñado a los veintitrés años cuando apareció en mi piso con la funda del edredón por la que había pagado cuatrocientos dólares y que yo no era capaz de poner. Mia dormía boca abajo, con Dave bajo un brazo y el conejo pateado hasta los pies de la cama. El piloto seguía encendido. La franja de luz del pasillo en el umbral estaba donde Elena la había dejado.

Al fondo del pasillo también ardía la luz de la cocina.

Elena estaba en la isla de la cocina, con la camiseta y los shorts de la noche anterior y la rebeca del sillón del cuarto de invitados, el pelo recogido en un moño en la nuca, las dos manos alrededor de una taza blanca pequeña. La máquina italiana estaba en marcha. La Mr. Coffee estaba apagada. Dos tazas sobre la encimera —una delante de ella, otra esperando en el sitio donde yo había desayunado cada mañana durante tres años.

—He hecho una para ti —dijo sin girarse.

—Gracias.

Dejó correr otro shot, observó el chorro, apagó la máquina en el orden correcto. —Es la tercera que hago esta mañana.

—¿Cuánto llevas despierta?

—Desde las cuatro y media.

La respuesta se la dio a la taza, no a mí.

—¿Está bien Mia?

—Mia duerme desde el cuento del conejo. La cocina era el único sitio donde podía estar sin respirar mal.

—¿El cuento del conejo?

—*El conejo de terciopelo*. El libro para las noches difíciles.

La taza en mi sitio esperaba. El espresso estaba bien hecho —largo, dos tercios del tamaño de las tazas que Heather me preparaba siempre; lo que Elena había establecido sin preguntar como mi mezcla mañanera. Las tazas venían de un armario que habría abierto quizá ocho veces en tres años.

—Está bueno.

—Ya lo sé.

La casi-risa llegó de camino al segundo sorbo.

El móvil sobre la encimera sonó.

La pantalla mostraba HALE — DANIEL F., y debajo en letra más pequeña, probablemente Linnea. Elena lo leyó desde el otro lado de la isla de la cocina, con las cejas medio centímetro levantadas, y volvió a su taza.

—Contesta.

—Ya contesto.

—Me pongo junto a la ventana a mirar la bahía hasta que termines.

—Mm.

—No me hagas un Mm, Alex. Eso es cosa mía.

La casi-risa se convirtió en una de verdad, breve, al fondo de la garganta. Contesté.

—Mr. Harrington, buenos días. Le llamo de parte de Daniel Hale, soy Linnea.

—Linnea, hola.

—Mr. Hale me pide que haga seguimiento de la conversación sobre el term sheet del jueves pasado. Le gustaría invitarle a cenar el día catorce a las ocho en el Edgewater. Dos coches de su parte. Le gustaría conocer a su familia.

—¿A mi familia?

—Sí, señor.

—Linnea. Tengo una hija de tres años.

—Mr. Hale estaría encantado con una niña de tres años. Tiene once nietos. Las ocho en el Edgewater es después de su hora de dormir, lo cual supongo que aceptaría, pero tengo la impresión de que también le gustaría conocer a cualquiera cuyo nombre aparezca junto al suyo en una tarjeta de Navidad.

—Lo formula usted con mucha precisión, Linnea.

—Lo he formulado así dieciséis veces en esta ronda.

—¿Dieciséis veces?

—Mr. Hale conoce a las familias. Es lo que hace.

Se produjo una pausa mientras procesaba qué hacer con la información de que Daniel Hale lo hacía dieciséis veces por ronda. Linnea era la persona más eficiente con la que había hablado por teléfono en mi vida, y acababa de decirme a su manera eficiente que mi situación no era única, que mi dignidad no estaba en juego, sino que se trataba de la ronda.

—Me pongo en contacto con usted el lunes, Linnea.

—El lunes está bien, Mr. Harrington.

—Linnea.

—Sí, señor.

—Deles recuerdos a los nietos de Mr. Hale.

—Tiene once, señor. En la primera llamada redondeé a la baja.

Ella colgó primero.

Elena seguía junto a la ventana.

—¿Quién es Hale? —dijo sin girarse.

—Un inversor. Costa Este. Ronda en fase avanzada. De los que firman en mesas de restaurante.

—Y quiere conocer a las familias antes de firmar.

—Lo ha hecho dieciséis veces en esta ronda.

—Mm. —Ese Mm era suyo. —¿Qué tipo de familia quiere?

—A cualquiera cuyo nombre aparezca junto al mío en una tarjeta de Navidad.

Se giró despacio y dejó la taza sobre la isla de la cocina. No me miró. Hizo lo que hacía cuando pensaba, que era no hacer nada —se quedó quieta, con el peso sobre una cadera, la mano libre metida en la manga de la rebeca, mirando al suelo, justo delante de los zapatos.

—Alex.

—¿Sí?

—No tienes familia al nivel de cenar-en-el-Edgewater. Tus padres están en Portland. Tu hija tiene tres años. Susan y Mark no se sentarían a su mesa ni por cincuenta millones de dólares.

—Cierto.

—¿Entonces?

—Entonces. —Una pausa. —Te lo estoy pidiendo a ti.

—¿Me estás pidiendo qué?

—Te estoy pidiendo si el día catorce vendrías a un restaurante conmigo durante dos horas como mi amiga. Él quiere conocerte. Te pregunta a qué te dedicas. Se lo dices. Él es encantador. Ese es todo el trabajo.

—Como tu amiga.

—Como una amiga a la que se lo pido. No te lo pido porque trabajes para mí. Te lo pido como nada más que la persona a la que llamaría si solo tuviera una llamada.

No levantó la vista del suelo.

—No lo digas así.

—¿Cómo entonces?

—Como un hombre que ya ha pensado qué llamada haría.

—Lo siento.

—No tienes que sentirlo. Solo no lo digas así.

—De acuerdo.

—Me lo voy a pensar.

—Tómate un día.

—Me tomo un día.

—De acuerdo.

—No me lo vuelvas a preguntar antes de mañana por la noche.

—No lo haré.

Cogió su taza, la aclaró, apagó la máquina italiana de la manera correcta, que yo no había aprendido en tres años porque Heather me había dicho que no la tocara.

—Alex.

—¿Sí?

—No le cuentes nada de Hale a Mia. Todavía no.

—De acuerdo.

Cogió de nuevo la bolsa de viaje de la silla junto a la puerta —la había dejado allí sin darse cuenta— y se detuvo en el umbral.

—Y desayuna. Come algo de verdad.

—Tengo café.

—El café no es desayuno. Eso es decidir saltarse el desayuno. Come.

Se fue.

Había una llamada del consejo a las diez, una revisión de ingeniería a las once, un asunto de marketing al que no habría necesitado asistir pero al que mi COO me había pedido que fuera por razones de política de personal que respetaba sin disfrutarlas. A las dos tenía las manos tan cansadas como se cansan las manos cuando uno pasa toda la mañana sujetando mal una taza de café, y el móvil, que estaba boca abajo sobre la mesa, tenía cuatro mensajes del chat grupal de los padres.

CHRIS: ¿Alguien ha visto el correo sobre el día de familias de primavera de la guardería?

CHRIS: Es un sábado.

CHRIS: Claro que es un sábado

DAVID: Siempre son en sábado, Chris

A las tres, tras una reunión individual con mi CFO, había un quinto.

BEN: Alex. ¿Todo bien contigo esta semana?

Los mensajes de Ben venían en frases completas con punto final. En algún momento del martes se había dado cuenta de que esta semana no todo iba bien conmigo. No lo había visto desde el martes anterior y no le había escrito en ese tiempo.

YO: Sí. Pregúntame el jueves.

BEN: El jueves.

El móvil volvió boca abajo sobre la mesa. La tarde transcurrió como transcurren las tardes. A las seis estaba fuera del edificio.

En casa, Mia y Elena estaban en el sofá, las dos bajo la manta azul de Linda, viendo cómo un perro de dibujos animados hacía cosas poco útiles en una cocina. Elena tenía un vaso de agua. Mia tenía un cuenco pequeño de galletas de arroz, las que Mia llamaba «las redondas» para distinguirlas de las largas, que no aprobaba.

—Papá —dijo Mia sin levantar la vista—. El perro es malo en su trabajo.

Colgué las llaves en el gancho y rodeé el sofá.

—¿Y cuál es su trabajo?

—Cocer huevos.

—¿Está armando un desastre?

—Es un perro.

—Claro. Tiene sentido.

La mirada de Elena rozó la mía y volvió a la pantalla. Decía: todavía no he decidido nada. La entendí. Mañana por la noche, como habíamos acordado.

Mia estaba en la cama el jueves a las siete y media. Elena estaba de nuevo en la isla de la cocina, ahora con vaqueros y un jersey que no le había visto nunca, con un cuaderno abierto delante de ella con tres columnas de algo y una lista de nombres en el margen. Había servido dos vasos de agua. Tenía la misma expresión que el miércoles por la mañana —ninguna expresión en absoluto.

—Siéntate —dijo, y me deslizó el segundo vaso de agua por la isla de la cocina.

Me senté.

—Voy a ir.

—De acuerdo.

—Esta noche hay tres normas. Innegociables, y las vas a aceptar todas una por una mientras las digo.

—Cómo no.

—Primera. Voy como tu amiga. Hale lo va a entender en diez minutos; no quiero que lo note por mi comportamiento. Por el tuyo, allá tú.

—De acuerdo.

—Segunda. El vestido no lo eliges tú.

—No iba a pedírtelo.

—No ibas a pedírmelo. Pero la mujer de Hale me va a mirar desde el otro lado de la mesa y en los primeros seis segundos va a decidir tres cosas, y el vestido es lo único de las tres que puedo controlar.

—¿Cuáles son las otras dos?

—De dónde vengo. Cómo sujeto un tenedor.

—Elena.

—Déjalo.

—No iba a decir nada.

—Sí ibas.

—Tienes razón. Tercera.

—Tercera. Después de cenar me voy a casa. No aquí. A la mía.

—Trato hecho.

—Bien.

Cerró el cuaderno. Esta vez bebió ella del segundo vaso y luego me lo volvió a pasar, como si estuviéramos compartiendo el mismo vaso de agua.

—He llamado a Maria.

—¿Qué ha dicho?

Elena se puso dos dedos en el puente de la nariz.

—Mañana por la mañana me trae tres vestidos. Estará por teléfono durante la prueba; quedarse no puede.

—Maria trae tres vestidos.

—Maria me trae tres vestidos y elige conmigo desde la distancia, Alex. Lo decidió hace unos cuarenta segundos. Protesté. Ganó ella.

—Mm.

—No hagas un Mm.

El viernes por la tarde a las cuatro y cuarto, Mia le abrió la puerta principal a Elena. Se quedó en el recibidor con las manos detrás de la espalda y dijo hola al aire, a unos centímetros por delante de las rodillas de Elena.

—Hola, mija.

—¿Son los vestidos?

—Son los vestidos.

—¿Cuántos?

—Tres.

—Quiero verlos todos.

—Los verás todos.

—De acuerdo.

Mia se giró, dio dos pasos hacia el salón y se instaló en el sofá en la postura que ella consideraba solemne: piernas estiradas, manos planas sobre los muslos, barbilla levantada. De dónde lo había sacado, no lo sabía.

—Papá.

—Sí.

—Tú te sientas ahí.

Señaló el sillón de cuero frente al sofá. Me senté allí.

—Tú eres el segundo jurado.

—¿Qué hace el segundo jurado?

—Me das la razón.

—Así no funciona un jurado, ratoncita.

—Hoy un jurado funciona así.

Elena desapareció con la funda de los vestidos por el pasillo. La puerta del baño enfrente del cuarto de invitados se cerró. Con cuidado dejó el móvil en una repisa, y la voz de su hermana llegó por el altavoz.

—Lena. Háblame. Empieza con el verde.

—El verde es muy verde, Maria.

—Ese es el punto.

—Hola, Mia —dijo Maria en inglés, más alto, porque hablaba por el altavoz y lo sabía—. Mi sobrina favorita. ¿Eres el jurado de los vestidos?

—Soy la primera jurado —gritó Mia de vuelta—. Papá es el segundo jurado.

—¿Papá es el segundo jurado?

—Me da la razón.

—Ah. Es así, entonces. —Una pausa. Maria dijo en inglés: —Mr. Harrington.

La puerta del baño probablemente me estaba mirando.

—Hola, Maria.

—Daniel Hale va a ser el tercer jurado. No tiene voto, pero va a ver un look, y el look importa. ¿Me entiende?

—La entiendo.

—Mia.

—¿Sí?

—Mi reina, avísame cuando salga.

—¡Sale! —anunció Mia dos segundos antes de que Elena lo hiciera.

El primer vestido era verde. Mia votó que no, Maria votó que no, yo voté que no sin que me preguntaran. El segundo era negro. Mia votó «demasiado oscuro para una cena de papá»; Maria se rio por el móvil; yo voté que no por las mismas razones sin poder articularlas. El tercer vestido era de un azul marino profundo que casi no era azul marino, con mangas hasta los codos y el bajo a la altura de las rodillas, y cuando Elena entró en el salón, las manos de Mia se separaron de sus muslos.

—Lena.

—Mia.

—Es ese.

—¿Estás segura?

—Papá.

—Sí.

—Me das la razón.

—Te doy la razón.

En mi pecho estaba pasando algo que tenía su propia forma de ser desayuno —el azul marino era el color correcto para su piel, y el pelo estaba recogido en la nuca, y todo su aspecto era un hecho privado que me guardaría para mí, porque había accedido. El catorce, eso sería lo que entraría del brazo al Edgewater. La frase, en palabras sencillas: quiero que esté en cada cena. El querer no era una crisis. Estaba ahí, sin más, en silencio.

—Maria —dijo Mia muy alto hacia el baño—. Es el azul marino.

—¿Le queda bien?

—Le queda bien —tradujo Mia.

—Mándame una foto, Lena.

—Ahora mismo.

Elena cogió el móvil de la repisa, se puso delante del espejo sobre la consola del recibidor, se hizo una foto y la envió. Siguió una larga pausa de hermanas desde el otro extremo.

—Es el correcto.

—Ya sé que es el correcto, Maria.

—Mr. Harrington.

—Sí.

—Usted no tiene voto.

—Soy consciente de ello.

—Pero es el correcto.

—Es el correcto.

—Bien. Lena. Come algo esta noche. Aleksy también tiene que comer.

—Maria —

—Yo sé lo de Aleksy.

—No sabes nada de Aleksy.

—Mia me ha hablado de Babcia. Babcia le llama Aleksy. Saco mis propias conclusiones.

—Maria —

—Cuelgo.

Colgó.

Mia en el sofá observaba a Elena con atención.

—Lena.

—¿Sí, mija?

—Vas a ir con papá a una cena elegante.

—Voy a ir con papá a una cena elegante.

—Y eres su amiga.

—Soy su amiga.

Mia lo pensó.

—Y la mía.

—Y la tuya.

—Bien.

—Bien.

Mia levantó la mano. Elena se agachó y le dio un choca esos cinco, luego volvió por el pasillo a cambiarse.

Me quedé sentado en el sillón de cuero, en el asiento del segundo jurado, mientras el vestido azul marino colgaba ahora de la puerta del baño enfrente en el pasillo y el sol de última hora de la tarde entraba por el cristal del lado de la bahía. Ella estaría allí.

Capítulo 9

Elena

El vestido azul marino puesto, los pies descalzos sobre las frías baldosas del baño, y María conectada por el altavoz desde su propio cuarto de baño al otro lado de la ciudad. Llevábamos ya cuarenta minutos con esto.

—Pintalabios.

—Sin pintalabios.

—Lena.

—Dijo que como amiga.

—Dijo que como amiga. Ha dicho muchas cosas.

—María.

—No rojo. Solo el justo para que esté ahí.

El pintalabios llevaba desde las seis en el estante. Un rojo oscuro que casi no era rojo, comprado en febrero para la inauguración de una galería a la

que nunca fui, guardado para una ocasión en la que no tuviera que convencerme a mí misma de usarlo.

Esta era, evidentemente, esa ocasión.

—Bueno —dije—. Pintalabios.

—Pendientes.

—Los dorados pequeños.

—Los dorados grandes.

—María, son demasiado para esta ocasión.

—Vas a sentarte frente a la mujer de un hombre que tiene once nietos y firma contratos en mesas de restaurante. Ella te mirará seis segundos. Decidirá tres cosas. Los pendientes son la segunda de esas tres cosas. Los grandes.

—Ni siquiera la conoces.

—Yo conozco a las esposas.

María ganó. Me puse los pendientes dorados grandes y eché un último vistazo al espejo sobre el lavabo —una bombilla de cuarenta vatios, una grieta en la porcelana cerca del desagüe, la grieta que María dijo una vez que parecía Florida, y no le faltaba razón. El espejo del ático de Alex ofrecía una luz más amable, un ángulo mejor y un estante lo bastante grande para los cosméticos de tres mujeres. El mío era acorde al alquiler del Capitol Hill.

—Ahora la pregunta decisiva —dijo María.

—Déjalo.

—La pregunta es si sabes lo que estás haciendo esta noche.

—María.

—No tienes por qué saberlo. Solo quiero oírte decir que lo sabes.

—Sé lo que estoy haciendo esta noche —dije.

—Cuéntame lo que estás haciendo esta noche.

—Soy su acompañante en una cena porque su trato necesita una amiga en la sala. Y al final me vuelvo a casa. A la mía, no a la suya.

—Bueno.

—Para.

—Solo digo bueno.

—Lo dices con ese retintín.

—No hay ningún retintín.

Sí lo había. El *bueno* de María esta noche era de la variedad que usaba cuando había decidido dejarme equivocarme a mi propio ritmo.

Sonó el timbre.

—Ya está aquí.

—Lena. Estás preciosa. Acuérdate de lo que has dicho. A la tuya, no a la suya.

—A la mía, no a la suya.

—Te quiero.

—Te quiero.

Ella colgó primero. Últimamente lo hacía cada vez más. Hacía dos días incluso había colgado antes que la secretaria jefa de Daniel Hale, la persona más eficiente con la que Alex había hablado jamás por teléfono. Contra eso no había quien pudiera.

El timbre volvió a sonar. Me apliqué el pintalabios, cogí la rebeca de la silla, agarré las llaves del cuenco junto a la puerta y abrí. Al otro lado estaba Alex con un traje que nunca le había visto.

—Oh —dijo, muy bajito.

—Para —dije.

Levantó las manos. —No he dicho nada.

—Has dicho «oh». —Di un paso atrás para dejarle ver el resto del vestido, porque lo que fuera que era esto, no iba a ser una noche de derrotas.

—Eso no cuenta como decir algo.

—Alex.

—Sí.

—Como amiga.

—Como amiga. —Su cara se volvió seria. Asintió una vez—. ¿Estás lista?

—Casi.

Un segundo más frente al espejo del baño. Pintalabios puesto, pendientes puestos, vestido puesto. La mujer del espejo tenía, sinceramente, el aspecto de alguien que llevaba mucho tiempo sin hacer esto.

Tengo miedo, pensé.

Luego salí al pasillo. Bajé hasta su coche.

En el coche me preguntó si había comido algo. Sí. Me preguntó qué. Una tostada y una manzana. Lo dejó pasar sin comentarios, lo cual le agradecí enormemente; la alternativa habría sido otros veinte minutos de alguien diciéndome que comiera, y mi cuota estaba agotada.

El trayecto desde el Capitol Hill hasta la orilla consistió en cuestas y luces y la ciudad bajo la lluvia. Los limpiaparabrisas iban a la velocidad más baja. Alex conducía con las dos manos en el volante, algo que nunca le había visto hacer; normalmente conducía con una. Estaba nervioso. No lo dejaba traslucir de ninguna otra manera, pero la segunda mano en el volante le delataba.

—La mujer de Hale se llama Eleanor —dijo—. Era profesora de inglés en un instituto de Greenwich. Se jubiló hace cuatro años. Pinta.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Para que no salga por primera vez en la mesa y te enteres en el séptimo plato.

—No va a haber siete platos.

—Habrá al menos cinco.

—Madre.

Me miró un instante de reojo y volvió a mirar a la carretera. —Eleanor seguramente te pregunta por tu trabajo. Probablemente sabe lo que significa

acrílico sobre lienzo. Seguramente pregunta por la exposición.

—Entendido.

—No tienes que contarle nada de la exposición.

—Alex.

—Sí.

—Le voy a contar lo de la exposición.

—De acuerdo.

The Edgewater estaba bajo la lluvia junto a Elliott Bay, plano y oscuro, con un toldo verde que el viento había doblado por un extremo. Un hombre con abrigo negro me abrió la puerta. La bahía olía a sal y a creosota y a los débiles gases de un ferry que había atracado media hora antes. El cielo tenía ese gris oscuro que Seattle adopta en abril, cuando la ciudad todavía no está segura de si nos debe la primavera.

Alex me puso la mano en la espalda al entrar. No demasiado abajo, no demasiado arriba. Una mano en el sitio donde puede estar una mano, entre amigos, en el umbral de una puerta, mientras el viento del agua hacía lo que le correspondía. La retiró en cuanto estuvimos dentro. Los dos nos las arreglamos para no comentarlo.

El maître dijo —Mr. Harrington— antes incluso de que Alex abriera la boca. Nos condujeron a una mesa junto a la ventana con vistas a la bahía. Dos personas estaban ya sentadas. El hombre se levantó.

—Daniel Hale —dijo, y extendió la mano. Mediados los sesenta, pelo blanco, ojos claros, la corbata ya aflojada en el cuello, una alianza que llevaba cuarenta años en el mismo dedo, con el desgaste correspondiente como prueba—. Elena, ¿verdad? Le presento a mi esposa, Eleanor.

Eleanor se quedó sentada y me tendió la mano. Mediados los sesenta, pelo blanco y suave recogido hacia atrás, las gafas sobre el panecillo en la mesa, una blusa azul marino no muy diferente de mi vestido. Tenía cara de profesora.

Me miró. No seis segundos, quizás cuatro. La mirada abarcó el vestido, los pendientes, el pintalabios rojo oscuro, cómo sujetaba el bolso, el hecho de que me hubiera quitado el abrigo en la puerta en lugar de esperar a que alguien me lo recogiera. Fueran cuales fueran esas tres cosas, Eleanor las descifró.

—Siéntese —dijo—. Dígame su nombre otra vez. Quiero oír cómo lo pronuncia usted.

—Elena.

—Elena.

—Sí.

—Es un nombre bonito. Siéntese, querida.

Me senté.

Daniel Hale pidió una botella de algo italiano que trajeron en una cesta a la mesa. Eleanor pidió una copa de vino blanco que nadie habría calificado de sofisticado. El camarero, que mencionaba el nombre de Hale y no el de Alex, trajo cuatro vasos de agua sin que nadie los pidiera. Alex se sentó frente a Eleanor. Yo me senté frente a Hale.

Hale empezó contándole a Alex lo de su nieto mayor, que estaba solicitando plaza en una escuela de arquitectura en Pittsburgh. Alex escuchaba. Eleanor me observaba mientras escuchaba. Llegó el pan. Llegó el primer plato. Hale pasó del nieto mayor al más pequeño, que tenía tres años.

—Tres —dijo—. ¿Qué saben con tres años? Todo.

—Casi todo —dije.

—¿Cómo dice?

—Los niños de tres años saben casi todo. Lo que no saben es cuándo ha llegado el momento de dejar de contarte lo que saben.

Se rió. Eleanor sonrió al panecillo.

—Trabaja usted con la hija de Alex —dijo Eleanor.

—Sí.

—Cuénteme cosas de ella.

Para aquello no me había preparado. Mi lista de preparación había sido la de María: a qué se dedica usted, cómo se conocieron usted y Alex, cuáles son sus planes. Eleanor era demasiado lista para preguntar ninguna de esas cosas. *Cuénteme cosas de ella* era una pregunta que me invitaba a ser yo misma todo el tiempo que quisiera, sobre un tema en el que no podía mentir, delante del hombre cuyo dinero era la razón por la que yo estaba en esa cena.

Le conté cosas de Mia. De cómo pintaba azul sobre azul, con el dorso de la mano en la mejilla y una concentración que no había visto en ningún adulto. De *Estrellita, dónde estás* y de cómo Mia se daba permiso a sí misma para llamarme Lena. Del perro de dos cabezas en el que una cabeza montaba guardia por las noches. Eleanor apuntó lo del perro de dos cabezas en el dorso de una tarjeta que sacó del bolso con un bolígrafo que cogió de un pequeño estuche de cuero. Le conté cómo Mia comía los macarrones desde los bordes, como un castor, y llamaba a su abuela Babcia y a su padre Papá y a sí misma Ratoncita, y cómo tenía, por razones sin aclarar, un oso de peluche llamado Dave.

Eleanor escuchó. Asintió dos veces. No me interrumpió.

Cuando terminé, Hale me miró, y Alex miraba su plato.

—La quiere usted —dijo Hale.

—Sí.

—No solo como trabajo.

—No.

—¿Cuánto tiempo lleva usted con este hombre? —dijo, señalando a Alex con el tenedor sin mirarle.

—Me contrató hace cinco semanas.

—Esa no es la pregunta que he hecho.

Sus ojos claros esperaban. Eleanor esperaba. Alex miraba su plato con tal intensidad que podría haberse prendido fuego.

—Llevo dos meses enamorada de su hija —dije—. El resto todavía intento ordenarlo.

Asintió. Dio un sorbo a su vino. Dejó la copa.

—Eleanor —dijo—, te lo dije.

—Me lo dijiste —dijo Eleanor.

—¿Qué le dijo usted? —pregunté.

—En el segundo plato dijo que usted era una persona a la que había que conocer.

—¿Y en el primero?

Eleanor sonrió apenas. —En el primero dijo que estaba usted nerviosa. Por los nervios no firmamos en esta casa. Firmamos por el segundo plato.

Hale levantó la copa hacia ella, luego hacia mí. Alex seguía mirando su plato. Cogí el vaso de agua. Por primera vez en toda la noche, mi mano estaba dispuesta a admitir que le temblaba.

—Beba su agua, querida —dijo Eleanor.

Bebí.

El resto de la cena tomó el rumbo que toman las cenas cuando la pregunta difícil ya se ha planteado y respondido. Hale contó una historia sobre su segundo nieto y una cabra. Eleanor preguntó por la exposición de junio. Alex retomó la conversación más o menos en el tercer plato y se mantuvo en ella. El cordero estaba bueno. El postre fue una tarta de cítricos que Eleanor partió con pulcritud con el canto del tenedor.

Hacia el final, mientras Hale miraba a Alex por encima de una pequeña copa con algo ambarino, dijo: —Haré que mi gente mande los papeles el lunes.

—Gracias —dijo Alex.

—No me des las gracias. No firmo por ti. Firmo por tu hija.

—Lo sé.

—Bien.

Mientras los hombres terminaban la bebida ambarina, Eleanor me dijo: —Envíe una tarjeta de su exposición a mi dirección en Greenwich. Está ahí. —Me tendió la tarjeta en la que había escrito la mitología del perro de dos cabezas—. Si no puede enviarla usted, la oficina de mi marido se encarga. No sea tímida con eso.

—No lo seré.

—Sí lo será. Envíela de todas formas.

Puso su mano sobre la mía un momento. Luego la retiró.

Salimos de The Edgewater a las once y cincuenta.

El camino de vuelta fue tranquilo. Los limpiaparabrisas seguían a la velocidad más baja. Las luces de la ciudad parecían suavizadas y se duplicaban en el cristal mojado. Alex conducía ahora con una mano. La versión nerviosa de él, la que conducía con las dos manos en el volante, se había ido a casa más o menos en el segundo plato con Eleanor.

Durante las primeras ocho manzanas no dijo nada. Luego dijo: —No sabía que ibas a decir eso.

—¿Qué parte?

—Dos meses. El número exacto. Pensé que dirías un período de tiempo más largo, y no sabía cuál de las dos respuestas habría sido más difícil de soportar.

—Era la verdad.

—Lo sé.

—¿Estaba mal?

—No.

—¿Lo habrías dicho si hubiera estado mal?

—No.

La oscuridad al otro lado de la ventana era azul marino arriba, amarilla abajo y una especie de violeta suave en el centro, donde las farolas dejaban su huella en el asfalto mojado. En algún punto entre el segundo plato y la tarta de cítricos, el miedo había desaparecido. Eleanor lo había expulsado de la sala con una mano sobre la mía, durante un segundo.

—Alex.

—¿Sí?

—¿La mujer de Hale apuntó lo del perro de dos cabezas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque le gustó. Pinta, Elena. Se va a casa y pinta un perro de dos cabezas para su nieto. Por eso.

—Oh.

Le sonrió a la carretera.

—Para —dije.

—No he dicho nada.

—Te has reído.

—Le he sonreído a la carretera. Eso me lo puedo permitir.

Se lo podía permitir.

Aparcó tres portales más allá porque en el Capitol Hill un viernes por la noche nunca hay aparcamiento. Me acompañó arriba. Tres escalones hasta

la entrada principal, el pequeño vestíbulo con el portero automático roto, dos tramos de escalera hasta el rellano del segundo piso con el fluorescente defectuoso que parpadeaba cuando llevaba seis semanas sin que nadie llamara al portero. Mi puerta era la segunda a la izquierda.

Con la llave en la mano, aún sin meterla en la cerradura, me giré. Estaba a apenas un paso. Ni más cerca, ni más lejos.

El pasillo olía a la cena de otros y a la lluvia que alguien había traído pegada en los abrigos. El fluorescente parpadeaba. Al fondo del pasillo, en casa de alguien, sonaba la televisión, lo bastante alto para saber que estaba encendida, lo bastante bajo para no entender las palabras.

Nos miramos.

La norma tres estaba a punto de ser puesta a prueba. Luego a casa, no aquí. Casa era mi piso, el mío, solo mío. No aquí significaba no con él dentro. La norma no había dicho nada sobre el umbral de la puerta.

Él no se movió. Yo tampoco.

—Elena.

—Lo sé.

Hundió las manos más profundo en los bolsillos. —No voy a hacerlo.

—Lo sé.

—Solo quería darte las buenas noches.

—Di las buenas noches —dije.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Alex.

No se movió durante un segundo más. Luego dio un paso atrás. Se metió las manos en los bolsillos para tenerlas ocupadas. Asintió una vez. Se giró. Bajó la escalera.

Mantuve la llave en la mano. Dejé la puerta sin echar. Esperé a oír la entrada principal dos pisos más abajo, y cuando se cerró abajo, giré la llave arriba; ese sonido era el que tenía que ocurrir en los dos lados para que la norma se sostuviera en los dos lados.

Dentro, la lámpara junto al sofá estaba encendida, el radiador crujía y la cocina olía todavía débilmente a la tostada y la manzana de antes. El mando a distancia estaba, como siempre, en algún sitio que no veía. Tiré las llaves en el cuenco junto a la puerta y me senté en el sofá con el vestido azul marino puesto.

Esta noche no hubo lágrimas. Si las hubiera habido, habrían sido por haber sido vista. Otro tipo de lágrimas. Eso podía esperar.

Le mandé un mensaje a María. Tres palabras. *Estoy en casa.* Contestó en diez segundos. *Orgullosa de ti, Lena. Duerme.* El móvil fue a parar boca abajo sobre la mesita del café.

En un momento me quitaría el vestido. Me sacaría los zapatos y los pendientes, devolvería la rebeca a la silla, me lavaría los dientes frente al espejo con la grieta de Florida.

Las manos en mi regazo no temblaban. Llevaban una hora sin temblar. El temblor había parado en algún punto en *Beba su agua, querida*, y una mujer en Greenwich, Connecticut, que pinta, había decidido apostar por mí.

Mia estaba esta noche en casa de Cheryl. Alex conducía bajo la lluvia de vuelta a casa —o ya había llegado, según los semáforos.

Me quité los pendientes y los dejé en la mesita del café. Me quité el pintalabios en el lavabo bajo la bombilla de cuarenta vatios. Me quité el vestido y lo colgué en el gancho del reverso de la puerta.

Luego me fui a la cama.

Capítulo 10

Alex

Sara ya había puesto la IPA sobre la mesa antes de que yo terminara de colgar el abrigo. La mitad de la hamburguesa se había convertido en costumbre fija hacía dos semanas, lo que significaba que de todas formas llegaba la hamburguesa entera, en un plato con patatas fritas que Frank había añadido sin que nadie se lo pidiera, y un pepinillo en vinagre partido a lo largo.

—Harrington.

—Sara.

—Tienes mejor aspecto.

—Es la luz.

—Seguro que sí.

Sin más comentarios, volvió a la barra. Frank, que estaba detrás, levantó un dedo sin apartar la vista de un vaso que estaba secando.

Fuera llevaba lloviendo sin parar desde el viernes. La calle olía al local de enfrente, donde servían la sopa de pescado ahumado, y a la marquesina de lona de la puerta del Rusty Anchor, que empezaba a tener sus años.

El reservado ya estaba lleno.

—Aquí está —dijo Chris.

Estaba sentado con el brazo sobre el respaldo, como siempre. Ben enfrente, David junto a Ben, Ethan en el extremo, el móvil boca abajo sobre la mesa.

—Tarde.

—Seis minutos.

—Para Harrington eso es un sprint.

Ethan se corrió para hacer sitio cuando me deslicé a su lado. Por un momento crucé la mirada con Ben; luego él volvió a mirar su cerveza.

—¿Cómo está Mia? —preguntó.

—Bien.

—¿Bien o bien-bien?

—Bien-bien. El domingo por la noche durmió siete horas seguidas. La primera vez en dos semanas.

—¿Has dormido tú?

—Seis.

—Para ti es mucho.

—Ya lo sé.

Chris dijo: —¿Hablamos del elefante en la habitación o hago como que no está?

David dijo con suavidad, dirigiéndose a su agua: —¿Qué elefante?

—El elefante con el que Harrington lleva cuarenta días saliendo sin contárnoslo.

—Chris.

—No estoy presionando. Solo pregunto. —Hizo esa cosa suya de poner las dos manos planas sobre la mesa cuando estaba preparando un remate y quería que uno creyera que no lo estaba haciendo—. Cuarenta días, Harrington. Ya casi es Cuaresma.

—La Cuaresma acaba en marzo.

—Eso lo sabrás tú, que eres católico.

—Tú también eres católico.

—Apóstata.

David dejó el agua. —No está saliendo con ella. La llevó a una cena de negocios el día catorce.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó el sábado.

—Te lo contó el sábado y a mí no.

—Los fines de semana no mandas mensajes. Los fines de semana solo haces scroll.

—Yo hago scroll entre semana. Los fines de semana trabajo en el barco.

—Viene a ser lo mismo.

—Para nada.

Ben no había dicho nada desde lo del *bien o bien-bien*. Estaba esperando.

—El jueves —dijo.

—¿Qué pasa con el jueves?

—Te escribí un miércoles. Dijiste que te lo preguntara el jueves.

—Eso dije.

—Han pasado diez jueves.

—Fue uno.

—Se siente como diez.

Las patatas se habían enfriado. —Pregúntame —dije.

Ben dijo: —¿Estás bien?

Lo había estado pensando desde que había parado en la gasolinera de las afueras de Vancouver hacía semana y media. Había cambiado mi respuesta dos veces durante el trayecto de vuelta desde el Edgewater el día catorce, y una vez más el domingo por la mañana, cuando había bajado y encontré a Elena en mi cocina, con la rebeca que colgaba de la silla del cuarto de

invitados, preparando café en exacta la proporción que había elegido sin preguntar.

—Sí —dije—. Estoy bien. Tengo miedo. No es lo mismo.

David interceptó la mirada de Ben al otro lado de la mesa.

Chris preguntó, muy bajito para lo que era él: —¿Miedo de qué exactamente?

—De gustarme tanto ella.

En el reservado se hizo el silencio. Sara pasó con los platos de otra mesa.

—Cuéntanos lo de la cena —dijo David.

Así que se lo conté. No todo. A grandes rasgos. El inversor con once nietos que firma contratos en las mesas de los restaurantes. La mujer de Greenwich que había dado clase de inglés en un instituto durante treinta años y había anotado al dorso de una tarjeta sacada de su bolso la mitología del perro de dos cabezas de una niña de tres años. Cómo Elena había respondido la pregunta que Hale no llegó a formular del todo. Cómo Eleanor le había puesto la mano encima a Elena durante un segundo y luego la había retirado. Cómo Hale, ante un vaso de líquido ambarino, había dicho: —El lunes les digo a los míos que os manden los papeles —, mientras Elena y yo hacíamos como si yo no estuviera a punto de echarme a llorar encima del postre.

—¿Lo hiciste? —preguntó Chris.

—¿El qué?

—Llorar.

—No.

—¿Casi?

—El casi está permitido.

Chris bebió. Dejó el vaso. Me miró un momento.

—Harrington.

—Sí.

—Voy a hacer un chiste, y quiero que sepas antes de nada que te quiero.

—De acuerdo.

—Has contratado a una niñera.

—Sí.

—Que puso las condiciones.

—Sí.

Chris extendió las manos sobre la mesa.

—A la que cuarenta días después llevaste como amiga a una cena de negocios.

—Sí.

—Donde le contó al inversor que hace dos meses se enamoró de tu hija.

David dijo: —Espera.

—¿Cómo lo sabías? —pregunté.

—Me lo contó David el domingo.

—David.

—Me mandaste la frase el sábado por la noche. La leí dos veces. Se lo conté a Chris porque Chris iba a preguntar de todas formas, y quería que preguntara con más cuidado.

—¿Esto es con más cuidado?

—Para Chris, sí —dijo David.

Chris tenía las dos manos levantadas y ponía la cara que ponía siempre cuando estaba a punto de soltar el remate. —Quiero a esa mujer. La quiero desde el día en que Frank nos contó que una persona sin apellido iba a poner a tu hijo en forma. La querré el día en que le tire un vaso de vino tinto contra la pared de tu cocina por alguna tontería que hayas cometido tú. La querré en la inauguración de su galería en junio. Solo quiero dejar constancia por adelantado, a efectos meramente protocolarios, de que quiero a esa mujer, y de que lo siguiente que va a hacer es no renovar el contrato del piso, y tú vas a perder la cabeza, y yo estaré ahí cuando llegue ese momento.

—Chris.

—¿Qué?

—Llevas una semana esperando para decir eso.

—Dos semanas.

—Ha estado bien.

—Ya lo sé.

Las patatas estaban definitivamente frías. Sara volvió con cuatro rellenos que nadie había pedido y un cuenco pequeño de aceitunas que Frank había añadido por su cuenta. No comentó las aceitunas. No comentó nada. Me miró un momento de más cuando dejó el agua.

David preguntó: —¿Puedo decir algo?

—Adelante.

Giró el vaso de agua entre las manos.

—No se tienen segundas oportunidades —dijo David.

—De acuerdo.

—Se tienen otras primeras.

Dejó la mano en el vaso.

—Mia tiene tres años. No sabe lo que tendría que haber pasado. Sabe lo que está pasando ahora. Lo que está pasando ahora es que una mujer le enseña una canción de otro lugar, le lee un libro sobre un conejo y consigue que su padre sonría al móvil en una reunión en la que debería estar prestando atención. Esto no es una historia de segunda oportunidad. Es la primera historia de Mia. La que va a recordar. No lo llames segunda oportunidad en tu cabeza, Alex. Eso pone a Claire en un lugar en el que no tiene que estar.

En el Rusty Anchor a nuestro alrededor reinaba el silencio. Alguien se río en la barra. Una silla raspó el suelo. En la televisión de encima de los grifos ponían una repetición de béisbol sin sonido.

—David.

—¿Sí?

—Gracias.

—Hm.

Ethan, a mi izquierda, no había dicho una sola palabra desde que me había sentado. Tenía el móvil boca abajo. Las manos sobre la mesa. La vista clavada en su vaso.

Cuando me giré hacia él, tenía los ojos húmedos.

No parpadeó. No se movió. No apartó la cara. Mantuvo los ojos fijos en su vaso, los dejó húmedos y no fingió que fuera de otra manera.

Ben interceptó mi mirada. Negó levemente con la cabeza.

Chris alargó el brazo por encima de la mesa y puso la mano sobre la muñeca de Ethan durante dos segundos. Luego la retiró.

—Whisky —dijo Ethan, sin dirigirse a nadie en particular.

—Sí —dijo David.

Frank se acercó al extremo del reservado sin que nadie lo llamara. Llevaba cinco vasos cortos en las manos y una botella bajo el brazo. Era el irlandés que guardaba en el estante detrás de la barra y no ponía en la carta. Dejó los vasos y sirvió cinco, sin preguntar quién quería qué. Para él no sirvió un sexto.

—Invita la casa —dijo.

—Frank.

—Invita la casa, Harrington. Invita la casa, Wright. Invita la casa, Ellis. Invita la casa, Thompson. Invita la casa, Donovan. Bebed.

Volvió a la barra.

Bebimos.

—Quiero a este hombre —dijo Chris después.

—Sí.

—Es el mejor de todos nosotros.

—Sí.

Ethan dejó el vaso. Exhaló. No levantó la vista.

—Tengo que irme —dijo—. Lo siento.

—Ethan.

—Estoy bien. Solo tengo que irme.

Ben salió del reservado para que Ethan pudiera levantarse. Ethan dejó dos billetes de veinte sobre la mesa sin mirar la cuenta y salió pasando por delante de la barra. Frank lo siguió con la mirada. Levantó un dedo a modo de despedida cuando Ethan pasó por su lado. Ethan levantó uno de vuelta. La puerta se cerró.

—Está bien —dijo Ben.

—¿De verdad?

—Lo estará. Hoy no.

—¿Debería alguno de nosotros —

—Le escribirá a David esta noche. Siempre lo hace.

David dijo: —Me escribe los martes, sí.

—No nos habías dicho nada.

—No era asunto nuestro contarlo.

Chris cogió los billetes de veinte de Ethan y los empujó al centro de la mesa, junto a mi cartera intacta. Puso su propia tarjeta encima de los dos montones. Me miró.

—Déjalo.

—Han pasado tres meses.

—Ya pagarás la próxima vez.

—Chris.

—La próxima vez, Harrington. Cuando la traigas aquí por primera vez. Entonces sí que te dejo pagar. Frank también te dejará pagar. Lo veremos todos.

El dinero se quedó donde estaba.

Fuera no había parado de llover. La calle era el mismo negro mojado que al mediodía. El coche estaba a la vuelta de la esquina. Me quedé sentado en él un minuto antes de arrancarlo, como hacía desde que era mayor para conducir. Luego le di la vuelta al móvil.

Elena había escrito a las doce y cuarenta y uno: *Mia ha dormido 90 min. Dice que Dave quiere sopa. Creo que «Dave quiere sopa» es el código de Mia para «yo quiero sopa». Hago sopa. ¿Vale?*

Sí, por favor, le mandé de vuelta.

Luego un mensaje más largo. *Estoy orgulloso de ti. Te quiero. Lo siento, no te lo he dicho todavía. Quería que lo oyeras en persona. Lo haré.* Lo leí. Lo borré. Escribí *Gracias por la sopa*. Lo mandé.

Los limpiaparabrisas seguían parados porque el coche todavía no estaba arrancado. Ethan estaba en algún lugar ahí fuera y no estaba bien. David había dicho lo que estaba esperando decir. Chris la había querido por adelantado, a efectos meramente protocolarios. Ben había hecho la pregunta que había llevado consigo un miércoles y diez jueves. Y Frank había traído whisky sin que nadie se lo pidiera.

El coche arrancó.

Mia estaba en el sofá bajo la manta azul de Linda con un cuenco en el regazo. Elena estaba en la isla de la cocina con una cuchara de madera y el pelo recogido con la pinza que siempre usaba para hacer sopa. La cocina olía a cebolla y pollo y a la hoja de laurel que en la mesa nadie sacaría del plato.

—Hola —dijo Mia con la boca llena.

—Hola, ratoncita.

—Lena ha hecho sopa.

—Ya me he enterado.

—Dave quería sopa.

—Sí.

Al otro lado de la cocina, Elena sacó la cuchara del cazo, probó, añadió sal, removió. No levantó la vista.

—¿Qué tal la comida?

—Bien.

—¿Bien o bien-bien?

—Bien-bien.

Sonrió hacia la sopa.

—Huele de maravilla.

—El cuenco está detrás de ti.

El cuenco estaba detrás de mí, y una cuchara también. Me senté junto a mi hija en el sofá y comí la sopa. Hacia la segunda cucharada, Mia apoyó la cabeza en mi brazo y se quedó así.

El móvil estaba boca abajo en la encimera. Y así se quedó.

Capítulo 11

Elena

El SMS de Maria llegó a las seis y catorce, una hora y cuarenta y seis minutos antes de que el hombre apareciera en mi puerta, y decía: *No le dejes entrar hasta que hayas contado hasta treinta. Confía en mí.*

Lo leí dos veces frente al espejo del baño, con un pendiente puesto.

¿Por qué treinta?

Porque mamá lo dijo.

¿Qué dijo mamá?

Dijo que una mujer debe hacer esperar a un hombre en su propia puerta la primera vez que viene a verla. Para que sepa el resto de su vida que es su puerta.

Eso no lo dijo mamá.

A mí me lo dijo, cuando Diego vino por primera vez. Tú no estabas. Estabas en LA portándote como una idiota.

Bueno.

Bueno tú también.

El segundo pendiente quedó en su sitio. El espejo tenía una mella arriba a la derecha que llegaba hasta la plata, de modo que en cada reflejo había un pequeño hueco triangular justo donde debería haber estado mi pelo. En noviembre había decidido dejarlo así. Un espejo nuevo costaba treinta dólares que no había gastado.

El vestido no era el azul marino.

El vestido era de un verde más suave, hasta la rodilla, con mangas hasta las muñecas y un cinturón que había encontrado dos veranos atrás por seis dólares en una tienda de segunda mano en la Pike. Maria no lo había elegido. A Maria no se le había consultado. A Mia tampoco se le había consultado, porque Mia estaba esta noche en el ático con su padre, comiendo macarrones con queso de una manera que Cheryl aprobaba, y según el SMS de las ocho y media estaba viendo un dibujo animado sobre un cartero.

Este vestido era mío.

El timbre de mi edificio llevaba roto seis semanas antes de que yo me mudara. El portero, cuando por fin lo había cogido al teléfono a principios de febrero, me dijo que en primavera pensaría en pasarse a echarle un vistazo. Ahora era finales de abril. El timbre seguía roto. Cualquiera que quisiera subir a mi piso en el segundo piso tenía que quedarse abajo y llamar por teléfono o mandar un mensaje o golpear el cristal del portal hasta que algún vecino le abriera. Alex lo sabía. Se le había dicho.

Así que cuando mi móvil vibró a las ocho y tres minutos y mostró el mensaje *Estoy en el portal. El señor Patel me ha dejado entrar. Dijo que le habías dicho que esperara a un hombre con un abrigo oscuro*, lo leí dos veces y me reí mirando al techo.

—Le dije que esperara a un hombre —le respondí—. El abrigo oscuro fue tu aportación.

—Fue muy minucioso.

—Es la única parte que funciona en este edificio.

—Subo.

Los dos pisos me daban unos noventa segundos. Tiempo suficiente para ir a la cocina, mirar la encimera donde *El conejo de terciopelo* estaba abierto boca abajo en la página once, cerrarlo, colocarlo en la estantería donde Mia pudiera encontrarlo la próxima vez, y no mirar el cuenco junto a la puerta.

En el cuenco junto a la puerta estaban mis propias llaves en un llavero con un pequeño colgante de esmalte que Maria me había regalado por mi veinticinco cumpleaños, y una de las horquillas de Mia que llevaba una semana queriendo devolverle. Pertenecía al piso, igual que la mella pertenecía al espejo.

Llamó a la puerta.

Un golpe completamente normal. Tres, sin ser fuerte ni dubitativo.

Uno. Dos. Tres.

A mitad del camino casi me faltó el valor. Treinta segundos son más largos de lo que uno piensa. Alex había estado ante suficientes puertas en su vida. Hacerle esperar ante la mía, por razones que yo misma no me había sabido explicar, se sentía como una pequeña descortesía que también podía evitar.

Doce. Trece.

La horquilla de Mia en el cuenco era rosa con una abeja amarilla encima. Se la había quitado del pelo un martes de hacía tres semanas, cuando se había quedado dormida en el sofá, la había metido en el bolsillo del abrigo, el

bolsillo del abrigo la había traído a casa, y casa era el cuenco. Dave el Oso había vivido aquí una temporada. *El conejo de terciopelo* estaba ahora en mi estantería. Mia en persona no había estado nunca en mi piso. El plan siempre había sido que Mia no estaría en mi piso, porque el piso era mío, y lo que hacía en el ático era un trabajo, y lo que hacía aquí era todo lo demás.

Lo que hacía aquí era todo lo demás, y todo lo demás tenía una pequeña horquilla rosa con una abeja amarilla en un cuenco junto a la puerta.

Veintidós. Veintitrés.

No había vuelto a llamar.

Tampoco había mandado un mensaje. Simplemente estaba ahí.

Treinta.

La puerta se abrió.

Estaba a más o menos un paso de ella. Abrigo oscuro. Camisa blanca, sin corbata. El pelo húmedo en las puntas, como si hubiera venido andando parte del camino. En una mano sostenía un pequeño ramo de ranúnculos del color del papel viejo, tres tallos, sin celofán. En la otra mano sostenía su móvil.

—Hola —dijo.

—Hola.

—Me has hecho esperar.

—Treinta segundos.

—Me he dado cuenta. La luz del pasillo se ha apagado dos veces.

—Eso estaba previsto.

Miró las flores, luego me miró a mí, y la comisura de la boca le tembló.

—¿Maria?

—Mi madre.

—Claro.

—Transmitido por Maria.

—Claro.

Me tendió las flores. Tres tallos, cuidadosamente elegidos, pálidos como el papel, casi sin color.

—Sabes lo que son.

—Ranúnculos.

—Lo sabes.

—Una vez fui a una boda.

—Eso no es lo mismo que saber el nombre de las flores.

—Soy pintora, Alex.

Observó cómo los cogía.

—Entra un momento. Tengo que ponerlos en agua.

—De acuerdo.

Cruzó el umbral. Echó un vistazo a la habitación durante un momento —cocina, sofá, alfombra, lámpara del techo— y luego dejó de mirar.

—¿Eso lo has pintado tú?

El lienzo sobre el radiador, de aproximadamente un metro por un metro veinte, óleo, azul verdoso fundiéndose en verde grisáceo, era el único cuadro de la habitación al que esa semana me habría reconocido.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Seis semanas. Quizás siete.

—Me gusta.

—No tienes por qué gustarle.

—Sé que no tengo por qué. Me gusta.

Las flores fueron a parar al único jarrón que tenía, que en realidad no era un jarrón sino una jarra de cristal que había comprado un mercadillo en Capitol Hill mi segundo fin de semana tras la mudanza. El agua del grifo había que dejarla correr hasta contar diez para que se pusiera realmente fría, porque las tuberías de este edificio habían decidido en 1987 que ya habían hecho suficiente.

—¿Lista?

—El abrigo.

Me lo tendió. No para ponérmelo. Lo sostuvo de manera que yo pudiera alcanzarlo del gancho junto a la puerta. La diferencia era pequeña, y él la había medido con precisión. Mi abrigo me lo puse yo con mis propias

manos; mi bolso lo cogí con mi propia mano; nos encontramos en la puerta por la que él acababa de entrar.

—Wallingford —dijo.

—Wallingford.

Bajamos los dos pisos con unos treinta centímetros de distancia entre nosotros, y en el rellano del primero dijo: —El señor Patel.

—¿Qué pasa con él?

—Abajo en el portal me ha contado que le subes el correo cuando las rodillas no le responden.

—Las rodillas casi nunca le responden.

—Le caes bien.

—Me dijo que el edificio podía considerarse afortunado de tenerme, y luego me contó que el alquiler le ha subido cuarenta dólares, y quería que supiera las dos cosas.

—¿En ese orden?

—En ese orden.

—Es un hombre que sabe lo que hace una frase.

—Fue traductor. Urdu e inglés. Durante cuarenta y dos años.

Alex guardó silencio un momento. Luego: —Eso no se me olvidará.

—De acuerdo.

Fuera del edificio, la lluvia se había reducido a esa clase de niebla que en realidad ya no es lluvia sino más bien el aire rindiéndose. La calle olía a arce mojado y al contenedor de basura detrás del local de comida tailandesa de la esquina. Su coche estaba aparcado a media manzana de allí. Me abrió la puerta. Entré. La cerró. Rodeó el coche. Entró. No arrancó el motor.

—¿Wallingford? —dije.

—Wallingford.

—No arrancas.

—Me tomo treinta segundos.

La risa me escapó antes de que pudiera decidir si dejarla salir. Se había preparado esa frase. Podía verlo.

—Alex.

—¿Sí?

—Arranca el coche.

—Estoy contando.

—Alejandro.

Giró la llave.

El italiano de Wallingford estaba en la 45, no el de la esquina con la cola en la puerta, sino el más pequeño a mitad de la manzana, con la barra de madera y las fotos enmarcadas de la abuela de alguien en tres etapas distintas de su vida y una pizarra que ponía SIN RESERVAS / SIN GRUPOS DE MÁS DE 6 PERSONAS / SIN MODIFICACIONES / OS QUEREMOS.

El encargado era un joven con el tatuaje de un melocotón en el antebrazo. Miró a Alex sin el menor atisbo de reconocimiento, nos llevó a una mesa para dos junto a la ventana y nos tendió unas cartas que no eran más que una hoja laminada.

Este era, como me quedó claro al cabo de unos treinta segundos, un lugar donde Alex era un desconocido.

Eso me importó más de lo que me habría gustado. The Edgewater le conocía. El maître había dicho «Mr. Harrington» antes incluso de decir «bienvenido». La charcutería italiana de la Madison probablemente le conocía. La mitad de los restaurantes del centro de Seattle le conocía de vista, si no por su nombre. Este sitio no le conocía. Lo había elegido a propósito, o lo había elegido porque a Mia le gustaban los ñoquis de aquí, o lo había elegido porque alguien del grupo de padres lo había mencionado de pasada hacía seis meses. No pregunté. Leí la carta.

—¿Ya sabes qué vas a pedir?

—Pasta con limón.

—¿Solo limón?

—Y mantequilla. Y queso. Y pimienta negra. Y limón.

—Eso lo pediste en la tercera semana.

—Lo pido en todos sitios. Es una prueba.

—¿Para qué?

—Para la cocina.

—¿Una prueba de qué exactamente?

—De si le añaden nata. Si le añaden nata, es que no confían en el limón, y si no confían en el limón, es que no confían en el cocinero.

Dejó la carta a un lado.

—Eres una mujer con convicciones, Elena Ramirez.

—Soy pintora, Alex.

—Es la segunda vez que lo dices.

—Lo sé.

Sonrió mirando la carta sin levantar la cabeza. Volvió el camarero. Alex pidió los ñoquis con mantequilla de salvia, «porque ya los he comido aquí», lo que me dio una información que no había pedido. Yo pedí la pasta con limón, mantequilla, queso, pimienta negra y limón, y el camarero dijo —No le ponemos nata—, y yo dije —Bien—, y el camarero dijo —Le digo a la cocina que ha dicho «bien»—, y yo dije —Por favor, no—, y Alex se rió.

Compartimos una ensalada. Compartimos una botella pequeña de un italiano que recomendó el camarero. La etiqueta mostraba a un hombre con sombrero. Era rosado sin ser un rosado. Alex lo probó y dijo —Ajá—. Hablamos de la abuela de Mia en Portland, que le había enseñado a comer los pierogi por el borde. Hablamos del cuadro sobre el radiador —un estudio para un cuadro más grande que aún no había terminado—. Me daba miedo acabarlo. Se lo conté brevemente y cambié de tema. Hablamos del italiano que él había aprendido de una mujer con la que su madre limpiaba casas antes, tres frases que todavía dominaba de carrerilla: *¿Dónde está el baño? La comida está buena. No hablo italiano.* Hablamos del proyecto de restaurante de Maria con Diego, del que le conté y él escuchó y sobre el que hizo una buena pregunta. Hablamos del señor Patel.

Cuando la botella estaba más o menos a la mitad, dije: —Alex.

—¿Sí?

—Esta noche no es un trato.

—Lo sé.

—Lo digo para mí. No para ti.

Dejó la copa.

—De acuerdo.

—Quería decirlo una vez.

—Con una vez basta.

—No lo voy a volver a decir.

—De acuerdo.

Miró un momento la vela que había entre nosotros sobre la mesa. La vela estaba en un pequeño vaso verde con una mella en el borde. En esta parte de la ciudad todo tenía mellas en los bordes.

—Elena.

—¿Sí?

—Esta noche no voy a pedirte que me dejes subir.

—De acuerdo.

—Eso también quería decirlo una vez.

—Con una vez basta.

—No lo voy a volver a decir.

—De acuerdo.

Pasó el camarero a preguntar si queríamos postre, y los dos dijimos que sí a la vez, cosa que ambos notamos y ninguno comentó, y Alex pidió el tiramisú porque estaba en la pizarra, y yo pedí la cosa de limón porque la cocina había superado mi prueba del limón, y compartimos los dos, y en algún momento durante el postre su mano estaba sobre la mesa junto a la mía y la mía sobre la mesa junto a la suya, y ninguno de los dos había ido a por la del otro, pero las manos estaban más cerca que al principio de la cena.

Él pagó. Le dejé pagar. Él había elegido el restaurante; el siguiente sería el mío.

Fuera, la niebla se había espesado un poco, no hasta convertirse en lluvia, pero sí en algo que significaba que en quince minutos mi pelo tendría un aspecto distinto al de ahora.

—¿Damos un paseo?

—Damos un paseo.

Había aparcado a cuatro manzanas del restaurante, en una calle residencial donde los cerezos habían dejado atrás su época de floración y dejaban caer los últimos pétalos en montoncitos de color rosa pardusco sobre el bordillo mojado, que se me pegaban a las suelas de los zapatos. Wallingford sonaba a las diez de la noche como un frigorífico zumbando; en los porches había luces encendidas; un perro ladró una vez a lo lejos y volvió al silencio.

Caminamos despacio. No deliberadamente despacio. Simplemente despacio.

—Cuéntame lo del cuadro más grande.

—¿El que me da miedo terminar?

—Sí.

—Un retrato.

—¿De quién?

—De mi madre.

—En LA.

—En LA.

—¿Está bien?

—Está bien. Tiene las manos como las mías. Es una mujer con carácter. Cree que debería haber vuelto a casa en octubre, y no lo ha dicho en voz alta.

—Te lo dice no diciéndotelo.

—Mi familia se comunica casi exclusivamente a través de lo que no decimos.

—La mía hace lo contrario.

—Linda.

—Linda.

—La que tejió la manta azul.

Asintió con la cabeza.

Se detuvo. Estábamos en la esquina de una manzana residencial que no habría sabido encontrar en un mapa. Encima de nosotros, una farola que

intentaba ser de sodio sin acabar de conseguirlo. Detrás de él, un seto al que hacía tanto tiempo que nadie podaba que parecía una pequeña muralla.

Se giró hacia mí.

—Elena.

—¿Sí?

—Voy a besarte ahora mismo.

—De acuerdo.

—Solo quería —

—Sé lo que querías.

—De acuerdo.

—Alex.

—¿Sí?

—Puedes hacerlo ya.

Me besó.

Tenía una mano en mi mandíbula, muy levemente, dos dedos por debajo, y la otra en mi cintura, donde el abrigo estaba abierto, y su boca era cálida en el aire suave y neblinoso, y el beso fue despacio, y en ese beso había una pregunta que yo ya había respondido, y se la devolví con la respuesta.

Era un beso de verdad.

El último beso de verdad había sido en un pasillo de West Hollywood, nueve meses antes, con un hombre que me había ido haciendo un poco más pequeña cada día, y me había ido de él y de la ciudad donde había sucedido, y me había prometido a mí misma en un avión en el que había llorado dos de las tres horas que no dejaría que ningún hombre me volviera a besar hasta que hubiera contado hasta un número que aún no conocía.

Se apartó un poco. Me miró.

—Hola —dijo.

—Hola.

Su mano seguía en mi mandíbula. —¿Ha sido —

—Lo ha sido. Quería decirlo antes que tú.

—Bien.

—Sí.

Se rió. Una risa de verdad. En voz baja. Se rió como si lo dijera en serio.

—Quiero decir algo —dijo.

—De acuerdo.

—Te quiero.

Lo dijo con toda la sencillez del mundo, en una esquina de Wallingford con pétalos de cerezo en mis zapatos, y yo lo oí.

No respondí.

La respuesta esperaba en mi boca, y no la dejé salir, porque en noviembre me había prometido que la próxima vez que le dijera esas palabras a un hombre lo haría en mi propio piso, a la luz del día, sobria, con mi hermana al otro lado del teléfono en la habitación de al lado por si la necesitaba, y no en una esquina bajo la lluvia después de cuatro horas de cita, y precisamente Alex Harrington tenía que ser quien recibiera la respuesta que no era una respuesta.

—Alex.

—Déjalo. No lo he dicho para recibir una respuesta.

—Lo sé.

—Quería que lo oyeras una vez.

—Con una vez basta.

—Esta noche no lo voy a volver a decir.

—De acuerdo.

—A lo mejor lo digo mañana.

—De acuerdo.

Me besó otra vez. Más breve. Solo en la comisura de los labios. Se echó hacia atrás. Miró hacia su coche, que estaba a media manzana calle abajo, y luego me miró a mí, y torció el gesto brevemente de una manera que yo aún no conocía pero que entendí.

—A casa —dijo.

—A casa.

Me llevó de vuelta a mi edificio. Paró delante. No apagó el motor.

—Ya he llegado —dije.

—Ya has llegado.

—No te voy a pedir que subas.

—Lo sé.

—Tú tampoco lo vas a pedir.

—Lo sé.

—¿Eso es raro?

—No.

—Bien.

Salí del coche. Cerré la puerta. Subí los tres escalones hasta el portal, pasé junto al buzón del señor Patel, subí los dos pisos con la mala luz fluorescente que parpadeaba, pasé junto al perchero de fuera de mi puerta que habían puesto en 1987 y que nunca se había usado, entré en mi piso, en mi cocina, donde el agua del grifo seguía en la jarra de cristal y las tres flores no se habían enterado de que yo había estado fuera.

La jarra fue a la ventana.

Fui a la ventana.

Seguía junto al bordillo.

Tenía el móvil en la mano, y al cabo de un momento se lo llevó a la oreja y dijo algo que yo no podía oír, quizás tres frases, y la llamada terminó, y

dejó el motor en marcha y se alejó del bordillo.

Las luces traseras doblaron a la izquierda en la esquina y desaparecieron.

Entonces llamé a Maria.

Descolgó al primer tono.

—Mira tú —dijo—. La hermana llama. A las once y cincuenta y tres.

—Me ha besado.

—Por fin.

—Ha dicho que me quiere.

—Por fin.

—No se lo he dicho yo.

Se quedó un momento en silencio.

—¿Pero querías decírselo?

—Sí.

—Entonces se lo dirás. Mañana. O dentro de tres días. O cuando decidas que ya es bueno.

—Maria.

—Sí.

—Le quiero.

—Lo sé.

—Le quiero desde la segunda semana.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabías?

—Dijiste su nombre tres veces en una sola frase en una llamada de marzo.

—Eso no existe.

—En ti sí.

Me senté en el sofá. El mando a distancia estaba sobre el cojín, algo que no había ocurrido en ocho meses. Las flores estaban en la ventana. La jarra era un vaso por el que había pagado dos dólares. La ciudad de fuera estaba mojada e indiferente, y yo la quería, y quería a un hombre que vivía en ella, y se lo había contado a mi hermana y no a él, y ese orden era el equivocado.

—Maria.

—Sí.

—No se lo digas a mamá.

—Nunca te haría eso, Elena. Esta noche no.

—Serías perfectamente capaz.

—La llamaría la semana que viene. Esta noche no.

—Bueno.

—Bueno.

Colgamos sin despedirnos, como siempre, porque despedirme de Maria era algo que había dejado de hacer en 2014, cuando aprendí que la conversación empezaría de nuevo de todos modos ocho minutos después.

Le quiero, pensé.

Luego me fui a la cama en mi propio piso, con el vestido a medio quitar, el pelo tal como la niebla lo había dejado, y disfruté del sueño más puro en nueve meses.

Capítulo 12

Alex

Mia me despertó el viernes por la mañana a las seis y doce, dándome dos palmadas con la mano abierta en la frente y anunciando que había un gato en la ventana.

No había ningún gato. Nunca había habido ningún gato. En Belltown no aparecen gatos en las ventanas del piso veinte. Habíamos tenido esa conversación, en una forma u otra, tres de cada cinco mañanas desde la tercera semana de abril, cuando ella había descubierto el valor estratégico de los animales salvajes imaginarios como pretexto para meterse en la cama de papá antes del amanecer.

—¿Qué gato?

—Uno naranja.

—¿Grande o pequeño?

—Mediano.

—¿Dónde?

—Fuera.

—¿Cómo, ratoncita? Estamos en el piso veinte. ¿Cómo llega un gato hasta la parte exterior de una ventana aquí arriba?

—En la ventana.

—Ratoncita. No hay ningún gato en la ventana.

—A lo mejor sí.

Sus pies fríos se colaron bajo el edredón hasta mis espinillas, que era de lo que se trataba realmente. Apretó la cara contra la almohada junto a la mía, olisqueó mi aliento y me comunicó con tristeza que olía a espaguetis. Justificado. La noche anterior había habido espaguetis recalentados, comidos de pie en la isla de la cocina a las once y cuarto, después de dos horas en el sofá en las que no había abierto un mensaje que no había enviado.

El móvil estaba boca abajo en la mesilla de noche. Llevaba así desde que había entrado, una disciplina que me había impuesto la noche anterior en un bordillo del Capitol Hill y que desde entonces había mantenido. David había cogido el teléfono al primer tono.

—No me cuentes nada. Dime solo que está bien.

—Está bien.

—De acuerdo.

Había colgado. Eso había sido toda la llamada.

—Papá.

—Ratoncita.

—¿Por qué sonríes?

—No estoy sonriendo.

—Le estás sonriendo al edredón. El edredón no ha hecho nada.

—Duerme un poco más.

—Ya es de mañana.

—Son las seis.

—A las seis es de mañana.

El reloj de la mesilla marcaba las seis y catorce. Ella había decidido que estaba despierta; con eso, toda la casa estaba despierta. Se puso boca abajo, apoyó la barbilla en las manos y me miró fijamente hasta que me rendí y me levanté.

A las seis y veintiséis estábamos en la cocina, la cafetera italiana de espresso emitía un cálido suspiro y Mia estaba sentada en el taburete comiendo rodaja tras rodaja de melón cuando el móvil sobre la encimera empezó a sonar.

Era Susan.

—Alexander.

—Susan.

—Siento llamar tan temprano.

—Ya estamos despiertos.

—Mark y yo hemos estado pensando. Nos encantaría tener a Mia con nosotros este fin de semana. Desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la tarde. Han pasado tres meses.

La rodaja de melón se detuvo frente a la boca de Mia. Había oído su nombre. Estaba calculando si la conversación le concernía.

—Un fin de semana largo.

—Lo sé. Lo resolveríamos. Mark la recogería. Respetaríamos su rutina.

—Tiene la rutina del inhalador.

—Conozco la rutina del inhalador.

—Patel dijo: misma rutina, mismas personas.

—Somos sus personas, Alexander.

Había un tono en su voz. No cálido. Se acercaba más a la versión de Susan que me había preguntado en un café de Madison hacía cuatro años dónde estaba registrada Claire para el baby shower, con esa misma acritud que decía: *Por favor, no me hagas preguntarlo dos veces.*

—Usa el humidificador nuevo todas las noches.

—Tengo uno. Mark lo compró.

—Por supuesto.

—Alexander.

—Sí.

—Mia es nuestra nieta. Te lo pido.

—Sí.

La línea se quedó tan en silencio que al otro lado pude oír arrancar un cortacésped.

—Susan.

—Sí.

—Gracias.

Contuvo el aliento durante tanto tiempo que me quedó claro que había oído el *gracias* y estaba decidiendo qué hacer con él. Lo que hizo fue un «Mm-hmm».

—La veré el viernes.

—El viernes.

Ella colgó primero.

En la cocina quedó aquel silencio suave y posterior que una llamada de Susan dejaba en una habitación.

—Papá.

—Sí, ratoncita.

—¿Era la abuela?

—Sí.

—¿Qué quería?

—A ti. Te quiere a ti. Para el fin de semana.

Mia masticaba su melón. Tenía tres años. No tenía opinión sobre los fines de semana largos; tenía opiniones sobre si su vaso tenía pajita, si Lily estaría hoy en la guardería y si el gato seguía en la ventana.

—¿Lena también va a estar?

—¿En casa de la abuela? No, ratoncita. Solo la abuela y el abuelo Mark.

—¿Papá también va a estar?

—No. Papá se quedará en casa.

—¿Papá va a estar triste?

Lo preguntó igual que preguntaba si sus calcetines hacían juego. Una pregunta logística.

—Papá se las apañará.

—¿Vendrá Lena a ver a papá?

—Esa es una buena pregunta.

—Debería.

—Mm.

—No hagas Mm, papá. Eso solo lo hace Lena.

Se terminó la melón, pidió una galleta —la redonda, no la larga— y mientras comía me informó de que Lena debería pasarse, porque papá iba a estar triste. Lo dijo con toda la calma del mundo, sin ninguna preocupación. Era como un simple parte meteorológico.

El día transcurrió como transcurren los días cuando has decidido de antemano no estar del todo presente en ellos. Llegada a la guardería a las ocho y cuarto. Oficina a las nueve. Una llamada con el consejo. Una revisión de ingeniería. Una reunión larga con el director financiero sobre los últimos pasos hasta el cierre de la ronda que financiaría la empresa, sin que ninguno de los dos tuviéramos que fingir gratitud. La comida fue un sándwich que nadie había traído y que Sara no habría aprobado. Recogida a las tres y treinta y siete. Mia en la sillita con la bolsa para pernoctar, Dave el oso y un dibujo para la abuela que había hecho en la mesa de manualidades.

La tarde del viernes trajo el tiempo que Seattle ofrece a veces a principios de mayo: despejado, templado, del color de una cuchara limpia. Mia habló durante todo el trayecto por la 90 sobre una rana que había dibujado y sobre la diferencia entre el fin de semana largo y el fin de semana corto, que consideraba dos países distintos.

—La casa de la abuela tiene una magnolia.

—Sí.

—Magnolia significa blanco o rosa.

—Magnolia significa los dos.

—Entonces significa los dos.

—Sí.

—Papá.

—Sí.

—¿Voy a estar de vuelta el domingo?

—Sí.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Vale.

Giramos hacia la entrada de los Whitman a las tres y cincuenta y uno. La magnolia era, como Mia había observado, tanto rosa como blanca, y el césped había sido cortado esa mañana. Mark estaba en el porche con las mangas del jersey subidas hasta los codos. Susan estaba detrás de él en el marco de la puerta, con una blusa azul marino y una mano en el marco.

—Pero si es mi niña.

—¡Abuelo Mark!

Bajó del porche, se arrodilló en el camino, y Mia corrió hacia él con esa velocidad que reserva para las cosas de las que está segura. La levantó en brazos. No la había levantado en tres meses por culpa de su espalda. Hoy la espalda había recibido claramente la orden de callarse.

—Hola, Alex.

—Hola, Mark.

—¿Estás bien, chico? Desde Pascua tienes un aspecto un poco demacrado.

—Estoy bien.

—¿Cómo va la empresa? Linda dijo que habíais cerrado algo esta semana.

—La ronda está firmada. Lo que queda es papeleo.

—Bien. Bien. ¿Ha llamado Linda?

—El fin de semana pasado.

—Dale recuerdos de parte de Susan y mía. Le debemos una llamada.

—Se los daré.

Susan bajó del porche con la bolsa del inhalador. La había etiquetado, empaquetado y comprobado dos veces. Ella la examinó sin mirarla realmente. Pasó el pulgar por la cremallera.

—El azul es el spray de emergencia.

—El azul es el spray de emergencia.

—Dos veces por la mañana, dos veces por la noche, aunque se encuentre bien.

—Aunque se encuentre bien.

—Has etiquetado sus calcetines.

—El mes pasado se perdieron tres pares en la guardería. He etiquetado los que he metido en la bolsa.

—Mm.

—Susan.

—Sí.

—El domingo a las tres y cuarenta y cinco es la hora de recogida.

—El domingo a las tres y cuarenta y cinco.

Puso una mano sobre el pelo de Mia y no me miró. Mia tenía la cara enterrada en el cuello de Mark y le estaba contando lo de la magnolia y lo de una rana llamada Frank.

—Adiós, ratoncita.

—Adiós, papá.

—Adiós.

El trayecto de vuelta por la 90 no llegó a media hora.

El ático era un lugar en el que no había estado solo desde hacía casi dos meses. El piano del salón, en el que nadie tocaba, emitía su suave tictac, ese sonido que hace cuando la habitación está vacía y el aire acondicionado se apaga. Marcus me había saludado con un gesto de cabeza al entrar, ese gesto específico que hacía cuando algo estaba en el aire. En el gancho junto a la puerta colgaban dos llaves.

Puse el móvil boca arriba sobre la isla de la cocina. Mi dedo se deslizó hasta su nombre.

Descolgó al segundo tono.

—Hola.

—Hola.

—¿Está Mia con los Whitman?

—Acabo de dejarla. Mark ya bajaba del porche antes de que yo saliera del coche.

—Vale.

—¿Estás pintando?

—Estaba. Acabo de parar.

—¿Por qué?

—Porque has llamado.

Una pausa breve. Los dos la dejamos estar.

—Elena.

—¿Sí?

—¿Vienes?

—¿A trabajar?

—No.

—¿Al piso?

—Sí. Te lo estoy pidiendo. Solo esta noche. Si quieres.

—¿Solo esta noche?

—Esta noche es lo que te pido. Mañana es otro día.

Guardó silencio un momento. Esperar era algo que había aprendido a hacer mejor en los últimos dos meses.

—Sí —dijo—. Sí. Dame una hora.

—Una hora.

—Paso antes un momento por mi piso.

—De acuerdo.

—Alex.

—¿Sí?

—¿Has tomado ya café?

—Dos veces.

—No tomes más. Que voy.

—De acuerdo.

Ella colgó primero.

Subió a las dieciocho y seis. La bolsa de viaje azul oscuro le colgaba del hombro; la bolsa de tela con los pinceles iba engancha debajo, aunque yo no le había pedido que trajera pinceles. Dejó ambas cosas sobre la isla de la cocina, me miró un segundo más de lo necesario y fue hacia la cafetera sin quitarse el abrigo.

—El abrigo.

—Ahora. Primero el café.

—¿Haces café con el abrigo puesto?

—Hago café con el abrigo puesto.

Sacó un espresso largo, dos tercios del tamaño de las tazas de Heather, y lo deslizó por la isla de la cocina. Me senté en el taburete. Rodeé la taza con las dos manos. Nadie declaró que aquello fuera un día normal.

—Cuéntame algo de lo cotidiano —dije.

—Lukas le ha tirado pintura a Jayden hoy.

—¿Jayden le ha devuelto?

—Jayden nunca le ha devuelto pintura a nadie. Jayden es budista.

—¿Y qué más?

—Y Evelyn les ha obligado a limpiar, y el señor Patel me ha contado que su hijo se casa por fin, en un tono que sugería que esperaba que me impresionara, y tenía razón al esperarlo. Y Maria me ha mandado un vídeo en el que Diego hace un chiste sobre mi nuevo corte de pelo, y el chiste era bueno.

—¿Te has cortado el pelo?

—Hace tres días.

—No me había dado cuenta.

—Sí te diste. Preguntaste: *¿Sí?*, y yo dije: *Sí*, y tú dijiste: *Me gusta*, y ahora lo has olvidado.

—Es verdad.

—No me ofendo. Solo llevo la cuenta.

Por fin se quitó el abrigo. El jersey verde de debajo era el que llevaba en el estudio de Tessa en marzo, el jersey cuyo color yo ahora conocía porque se lo había preguntado a Mia tres semanas atrás y antes nunca, y ella estaba de pie en medio de mi cocina con las manos cerradas alrededor de una taza de café, mirándome con esa mirada de pintora con la que abarcaba el espacio igual que a la persona.

—¿Estás bien?

—Quiero hablar contigo.

—¿Ahora?

—Después de cenar.

—¿Qué hay para cenar?

—No he planeado nada todavía.

—Me has convocado aquí sin cena, Alex. Eso está por debajo de tu nivel.

—Hay un restaurante tailandés en la Second.

—Pide mientras me ducho.

—De acuerdo.

—Y no pidas ese pollo tan triste.

—¿Cuál es el pollo tan triste?

—Sabes perfectamente cuál.

Cenamos uno al lado del otro en la isla de la cocina, la bolsa de viaje seguía donde ella la había dejado, porque no habíamos tenido la conversación sobre si se quedaba o no, y tampoco la tuvimos durante los fideos. Entre bocado y bocado me habló de un cuadro en el que estaba trabajando, el retrato de su madre —ese que en marzo no se había atrevido a terminar y ante el que ya no tenía miedo de acabar, aunque dijo el «ya no» en un tono que significaba «todavía no del todo, pero pronto».

A las ocho y media, los platos descansaban sobre la encimera y la ciudad al otro lado del cristal había pasado del azul a algo más oscuro. La puerta de la terraza daba al sur. La terraza en sí medía unos cuatro metros por dos: un banco fijo a lo largo de la barandilla, dos estufas de infrarrojos que rara vez encendía, y una hilera de macetas que Linda había plantado con algo tres años atrás y que me había sobrevivido.

Me pilló mirando hacia la puerta.

—¿Salimos?

—Sí.

—¿Los abrigos?

—Los abrigos.

Nos llevamos una cafetera pequeña de café descafeinado. El banco estaba frío bajo la manta que ella se había echado sobre los hombros antes de abrir la puerta. Se sentó. Yo me senté a su lado. La manta era lo bastante grande para que doblara una esquina sobre mi regazo. Dijo —Prefiero escuchar la ciudad— en el momento en que mi mano se deslizaba hacia el mando de la estufa, y la ciudad, veinte pisos más abajo y más al este, nos ofreció el suave rumor que emitía un viernes por la noche a las nueve a principios de mayo.

—Alex.

—Sí.

—¿De qué quieres hablar?

—De Claire.

—De acuerdo.

No insistió con más preguntas. No ladeó la cabeza. No movió la mano. Bebió el café, esperó, dejó la taza sobre el banco entre los dos y luego, tras un breve instante, apoyó la mano con la palma hacia arriba sobre la manta en mi rodilla, sin expectativa, simplemente ahí, por si acaso.

Mis manos se quedaron en mi regazo.

—No se lo he contado a nadie desde la primera vez que lo conté.

—De acuerdo.

—Hay cosas que no recuerdo. Te contaré lo que recuerdo.

—De acuerdo.

—Hay partes que no cuento especialmente bien.

—No pasa nada.

—David es quien más sabe.

—Lo sé.

—Lo sabes.

—Vino con embutido.

—Me lo contaste.

—Es verdad.

La respiración fue más larga de lo esperado.

—La conocí en una fiesta en noviembre, hace unos siete años. Había ido con un amigo mío. Sin ser una cita. Llevaba apenas una semana viviendo

aquí, llegada desde San Francisco, y ese amigo era la única persona que conocía en Seattle. Discutimos educadamente sobre un documental. Ella lo encontraba sentimental; yo lo encontraba honesto. Había leído más sobre el director que yo. Tenía razón. Le pedí su número. Dijo que no. Lo dijo con amabilidad, pero dijo que no.

—¿Cómo?

—Dijo: *Acabo de llegar. Voy a vivir mi propia vida durante un mes antes de que ninguno de vosotros empiece a reclamar mis noches.* Y luego: *Pero te agradezco que lo hayas preguntado.*

—Menuda declaración de intenciones.

—Fue lo primero que amé de ella.

—Alex.

—Sí.

—¿A qué se dedicaba?

—Diseñadora gráfica en una revista de Seattle. La revista cerró un año antes de que naciera Mia. Después trabajó como autónoma. Le encantaba la tipografía. Leía en la bañera. Se burlaba de mi café. No de la máquina de espresso italiana. Del Mr. Coffee. La máquina de espresso italiana la compró en la misma tienda donde compró la sillita de Mia, el año en que nació Mia.

—Heather me lo contó.

—Esa parte, sí.

—Lo de la tipografía no.

—No.

La noche sobre el Sound estaba despejada. Una o dos estrellas se abrían paso entre las luces de la ciudad. El café se iba enfriando.

—La noche en que murió era un viernes a mediados de octubre. Íbamos a ir a Portland los tres, ese fin de semana. El primer viaje largo con Mia. Tenía seis semanas. Linda llevaba un mes llamando.

—Sí.

—En principio iba a conducir yo. El consejo estaba cerrando la Serie B y la llamada con los abogados se alargó. Claire dijo: *Ve tú por delante, coge un vuelo el sábado.* Yo dije: *No seas tonta, coge a Mia y queda conmigo en el aeropuerto.* Ella dijo que no. Dijo: *Tú atiendes la llamada, yo me encargo del viaje, a Mia le encanta el asiento de atrás.* Salió a las seis.

—Me llamó tres veces antes de salir de Seattle. La primera vez dijo: *Ya nos vamos, te quiero.* La segunda dijo: *Mia se porta de maravilla.* La tercera no dejó mensaje. No sé qué habría dicho. El móvil estaba boca abajo sobre la mesa de la sala de reuniones. Mi mano estaba encima. No lo cogí.

—Alex.

—La cuarta llamada fue de la Policía Estatal de Washington. Tenían su carné. En su cartera llevaba una tarjeta con mi nombre como contacto de emergencia. Me dijeron que Mia estaba ilesa. Me dijeron que Claire había muerto en el acto. El conductor del camión estaba sobrio. Había derrapado bajo la lluvia en las afueras de Centralia. Ella tuvo dos segundos. Mia iba detrás.

La mano sobre mi rodilla seguía con la palma hacia arriba. No la movió. No dijo: *Oh, Alex.* No dijo: *Qué horror.* No dijo nada de lo que dice alguien que ha aprendido a escuchar.

—David me llevó. No recuerdo el trayecto. Recuerdo a Linda sujetando a Mia en el fondo de una iglesia a la que no había ido desde la boda de mi primo. Recuerdo la corbata de Joe. La había elegido él solo porque era la

primera del armario, y era demasiado corta y del color equivocado, y Linda no se la arregló porque no había nada que arreglar. Pronuncié unas palabras en el entierro. Ya no sé qué dije. David me contó después que fueron cinco frases —dije.

—Cinco frases.

—Me dijo que fueron buenas. No le creo. Es un hombre bondadoso.

—¿Cuál fue tu última frase?

—Me lo dijo. Se lo pregunté un año después. Dijo que fue: *Le contaré a nuestra hija que su madre sabía el nombre de todos nosotros.*

—Es una buena frase.

—Me dijo que eso dije. No sé si me dijo la verdad o una versión amable de la verdad. Con David ambas cosas son posibles.

—Alex.

—Sí.

—Es la verdad. Esa frase es muy de David.

La miré. Tenía razón.

—Después del entierro volví a casa con Mia. Cheryl se la llevó una tarde al 20B mientras yo estuve cuarenta minutos sentado en el suelo del baño sin levantarme. Salí. Cogí a Mia en brazos. La llevé a la revisión de las seis semanas con el pediatra, que ya teníamos concertada, porque no sabía qué hacer si no con el día. El pediatra era un hombre que hoy ya no es su médico. Aún no sabía nada de Claire. Me preguntó dónde estaba la madre. Se lo dije. Se sentó en el taburete. Estuvo un minuto entero sin moverse —dije.

—Alex.

—Sí.

—Estás llorando.

—Sí.

—De acuerdo.

El llanto no hizo ruido al principio. Subió como la tos que llevas toda una tarde conteniendo. La manta en mi rodilla seguía ahí. Su mano seguía con la palma hacia arriba sobre mi pierna. No la movió. Me dejó llorar a su lado sin intentar rodear mi mano con la suya, porque lo que yo había buscado era compañía y no consuelo, y ella había escuchado la diferencia.

Duró un rato. El café se enfrió.

Cuando terminó, dijo:

—¿Cuáles eran las llamadas perdidas?

—Tres.

—Eso lo has dicho.

—Es verdad. La primera: *Te quiero.* La segunda: *Mia se porta de maravilla.* La tercera, esa nunca la sabré.

—No la sabrás.

—No.

—Esa es la peor.

—Sí.

—Puedes dejarla ser la peor. No tienes que restarle importancia.

—No.

—Y tampoco fue eso lo que la mató, Alex.

—Lo sé.

—Lo sabes en tu cabeza.

—Sí.

—Déjalo en tu cabeza.

En la terraza hubo un largo minuto de silencio.

—Mia a veces sueña con ella —dijo Elena.

—Cuéntame.

—En la cocina. Haciendo tortitas. No sé de dónde ha sacado esa cocina: quizá la tuya, o la de tu madre, o una que se ha inventado. Las tortitas son suyas. Me lo contó la noche que estuve leyéndole *El conejo de terciopelo* hasta las dos.

—Eso no me lo habías contado.

—No.

—¿Por qué?

—Porque era cosa de Mia. Mi tarea era guardárselo hasta que llegara el momento de dártelo.

—De acuerdo.

—Ella la tiene, Alex. Se ha inventado una Claire. Seguirá inventándola. La versión que tiene no es la histórica, pero es la suya. Eso tampoco tienes que arreglárselo.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Se removió bajo la manta y puso su mano sobre la mía en lugar de dejarla con la palma hacia arriba junto a ella. Su mano estaba más caliente que la mía. La taza de café seguía entre los dos. En la terraza reinaba el silencio.

—Alex.

—Sí.

—Voy a decir algo.

—De acuerdo.

—Ayer por la noche llamé a Maria desde mi sofá, después de que te fueras. Le dije: *Le quiero.* Se lo dije antes de decírtelo a ti. Sabía que era el orden equivocado mientras lo hacía.

—Elena.

—Te quiero, Alex. Te quiero desde la segunda semana. Maria lo sabía antes que yo. Ayer por la noche no te lo devolví porque ayer por la noche era tu momento, y yo quería tener el mío en otra noche. Esta es otra noche.

Una respiración.

—Te quiero, Elena.

—Lo sé.

—Esa no es la respuesta correcta.

—Esta noche es exactamente la correcta.

—De acuerdo.

—Bueno.

No preguntó si debía quedarse. No preguntó en qué habitación. Cogió la bolsa de viaje de la isleta de la cocina, la dejó en el pasillo y me miró, y yo le cogí la mano. No nos besamos. No deshicimos nada. La mano era lo que importaba. Entramos de la mano en mi habitación —no en la de invitados, en la mía, la que en su día había sido de Claire y en la que Elena no había estado nunca— y ella preguntó: —¿Qué lado? —, y yo dije: —El derecho —, y ella dijo: —Bien —, y se tendió en el izquierdo.

Dormimos con la ropa puesta. La luz permaneció apagada. En algún momento de los primeros diez minutos su mano buscó la mía de nuevo y se quedó allí. No hablamos. No nos movimos. La ciudad era lo bastante ruidosa para llenar la habitación consigo misma, y ella se durmió primero, y yo la seguí poco después.

Me desperté a las cinco y cuarenta y tres. Fuera de la ventana estaba ese azul suave anterior al amanecer que Seattle produce a principios de mayo, antes de que el cielo haya decidido qué día va a ser. La mano de Elena seguía en la mía. Apenas se había movido. Su pelo descansaba sobre mi antebrazo. Su cara estaba vuelta hacia mí.

Doce minutos después se despertó. La observé mientras ocurría: primero un pequeño cambio en su respiración, luego sus párpados se movieron una vez, y después una inspiración profunda y sus ojos se abrieron y me miraron desde quince centímetros de distancia. Sin transición. Dormida un instante, y al siguiente no.

—Hola.

—Hola. Llevas un rato despierto.

—Doce minutos. Tú dormías. No tenía nada que hacer salvo contar.

—Es mucho que contar a las cinco de la mañana.

—Son las cinco y cincuenta y cinco. Y no contaba por contar. Estaba esperando.

—¿A qué?

—A ti.

Cerró los ojos de nuevo. La mano no se movió.

—Alex.

—Sí.

—Voy a decir algo. Puedes responder cuando hayas tomado café.

—Dilo. Responderé antes del café también si puedo.

—Voy a dejar el apartamento.

El azul previo al amanecer en la ventana seguía igual. Su mano permaneció donde estaba, sobre la sábana entre los dos.

—El contrato termina a finales de junio. No lo voy a renovar. Me quedo con el estudio.

—De acuerdo.

—No me mudo aquí. No es eso lo que estoy diciendo.

—Sé que no es eso lo que estás diciendo.

—Estoy diciendo que el apartamento no es el lugar donde vivo. En el estudio trabajo. Una parte del tiempo estaré en el estudio. Una parte del tiempo estaré aquí. Una parte del tiempo estaré con Maria. No me comprometo hoy con el reparto exacto. Solo que a partir de junio no pago más alquiler por el apartamento.

—Elena.

—Sí.

—De acuerdo. Con esto no estoy decidiendo por ti. Solo estoy diciéndote que te he escuchado.

—Es una distinción muy buena para las cinco y cincuenta y siete.

—Tuve seis minutos para pulirla.

—Bueno.

Abrió los ojos, miró al techo y dejó el «bueno» en el aire. La mano no se movió.

—Café —dijo.

—Ahora. Todavía no he terminado de mirarte.

—Mira rápido. Necesito café antes de ser persona.

Preparamos café a las seis y doce. Ella se encargó del espresso. La tostada era cosa mía. Marcus estaría en su escritorio a las siete y media y vería por la cámara del vestíbulo cómo yo recogía el periódico del suelo a las siete y

treinta y seis en vaqueros en lugar de traje, porque hoy era sábado y había una mujer en mi cocina.

En el gancho junto a la puerta había dos llaves. La suya estaba a la izquierda. Me pilló mirándola por encima del borde de mi taza.

—¿Qué?

—Me he fijado en el gancho.

—Quieres decir en las llaves. Las dos.

—Sí.

—¿Dónde estaré esta noche, Alex?

—En el lago Chelan, si quieres. Le llevo haciendo esa pregunta a la cabaña desde marzo.

—¿Le has hecho la pregunta a la cabaña?

—La cabaña no ha respondido. Así que te la hago a ti en su lugar.

—Quiero. Lo he querido desde que en marzo mencionaste la palabra *cabaña* y luego actuaste como si no lo hubieras hecho.

—No actué. Estaba esperando.

—Bueno.

—Bueno.

Capítulo 13

Elena

Seattle quedaba una hora atrás cuando dejó de llover. Alex tenía una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios. Mi mano descansaba sobre la suya.

En las ocho semanas que llevaba montando en ese coche, nunca habíamos ido el uno al lado del otro. Él conducía; yo me sentaba atrás con Mia o en el asiento del copiloto con las manos en el regazo. Esta mañana la radio estaba apagada. Hacía una hora me había preguntado si quería música; yo había dicho que no; él había dicho de acuerdo. Luego me había cogido la mano de la rodilla y, sin preguntar, la había puesto sobre la suya, en la palanca de cambios.

Maria había llamado esta mañana mientras hacía la bolsa de viaje. Quería hechos.

—¿Dónde exactamente?, dije.

—Orilla sur del lago Chelan. Cuarenta minutos pasada la ciudad.

—¿Casa de quién?

—La familia de David Ellis. Su padre la construyó. Le dijo a Alex que podía quedársela este fin de semana.

—Bueno. ¿Dónde está Mia?

—En Mercer Island. Con los Whitman. Hasta el domingo por la tarde.

—¿Estás comiendo algo, Maria?

—Yogur. Son las ocho de la mañana, Lena, ¿qué quieres de mí?

—Come el yogur.

—Ya estoy comiendo el yogur. —Una cuchara tintineó.— Mamá llamó ayer.

—A mí también me llamó.

—¿Se lo has dicho?

—Le he contado que tengo novio.

—Lena.

—Se lo digo el mes que viene.

—Se lo dices en dos semanas.

—Tres.

—Dos.

—Maria.

—Mete un jersey. Por las noches hace frío en el lago.

El jersey aterrizó en la bolsa de viaje. La manta azul de Linda quedó encima.

—Estás callada, dijo Alex.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En lo callada que estoy.

Se rio.

La cabaña estaba al final de un camino de tierra que salía de otro camino de tierra que se bifurcaba de la carretera. Cerezos a la izquierda, un manzanar a la derecha que todavía no había florecido, y el lago que aparecía y desaparecía entre los árboles mientras la carretera subía y bajaba.

—¿Cuánto tiempo hace que no venías?, pregunté.

—Cuatro años.

—Antes de Mia.

—Antes de Mia.

Lo dejamos así durante media milla. Luego él dijo, sin mirarme: —Le he dicho a David que traía a alguien.

—¿Y qué dijo.

—Dijo que bien.

—Sí, claro. Es David.

—Sí.

La cabaña apareció tras una curva. De una sola planta. Revestimiento solapado en verde pálido, molduras blancas, un porche mirando al lago, dos sillas Adirondack ya grises por el tiempo, una manguera de jardín enrollada junto a la puerta. El lago estaba justo detrás.

—Oh, dije.

Alex detuvo el coche.

—Oh, dije otra vez.

—Sí.

—Eso no es un color, Alex.

—Claro que es un color.

—Un color que un tubo de pintura solo pretende ser. Podría trabajar ese verde durante un año entero y nunca llegaría a su fondo.

Él me observaba mientras yo contemplaba el lago.

—¿Quieres verlo desde aquí, preguntó, o desde el porche?

—Desde los dos sitios.

Hicimos las dos cosas. Nos quedamos dos minutos junto al coche mientras el motor chasqueaba. Luego él sacó el equipaje del maletero, y a mí me tocó llevar la bolsa de la compra que habíamos hecho en Wenatchee. La puerta de la cabaña se abría con una llave que había en una maceta de barro bajo el tercer tablón del porche contando desde la izquierda.

Dentro olía a cedro y a armario que nadie había abierto desde el otoño. Una estancia principal. Una cocina adosada a la pared del fondo. Una estufa de leña en el rincón. Un sofá azul bajo una ventana. Una mesa redonda con cuatro sillas. Una estantería con novelas de bolsillo cuyos lomos había desteñido el sol.

Alex dejó el equipaje junto al sofá y se quedó de pie en medio de la habitación con las manos en los bolsillos.

—¿Está bien?, preguntó.

—No es un hotel.

—No.

—Bien.

Abrí la puerta del dormitorio porque necesitaba saberlo. Una cama. Un edredón desvaído con cuadros azules y amarillos. Una mesita de noche a cada lado con una lámpara. Una ventana pequeña con una cortina. Una alfombra trenzada. Una cómoda a la que le faltaba un trozo en una esquina.

Alex estaba en el marco de la puerta, un paso atrás.

—Ya he decidido dónde duermo, dije sin darme la vuelta.

—¿Ah sí?

—Contigo. Ahí dentro. Si te parece bien.

—Me parece bien.

Cuando me di la vuelta, él no se había movido.

—¿Qué?

—Nada.

—Alex.

Se sacó las manos de los bolsillos.

—Iba a preguntarte si quieres la cama y yo me quedo con el sofá, dijo.

—No ibas a hacer eso.

—Lo habría dicho de forma convincente.

—Eso sí me lo creo.

Dio un paso hacia la puerta, solo uno.

—Ahora no me vas a besar, dije.

—No.

—¿Por qué.

—Porque primero quiero hacerte un sándwich.

Se me escapó una carcajada, más alta de lo que le convenía a una habitación pequeña de madera.

—Me quieres hacer un sándwich.

—En la bolsa hay pan. Hay queso. Hay tomate. Te pregunté en Wenatchee.

—Sí.

—Dijiste: tomate, queso y sal.

—Sí.

—Pues ya estamos.

—Bueno. Primero el sándwich.

En el porche, las dos sillas Adirondack grises estaban tan cerca la una de la otra que nuestros antebrazos podían rozarse sobre los anchos reposabrazos. El pan estaba bueno. El queso estaba bueno. El tomate era perfecto; lo había elegido él.

—¿Qué hora es?, pregunté.

—Las tres.

—Llevas dos referencias horarias en esta conversación, Alex. La primera todavía era aceptable.

—Lo siento.

—Te queda una si la usas bien.

Sonrió.

—Alex.

—Sí.

—Cuéntame algo del lago.

—Tiene trescientos ochenta y ocho pies de profundidad.

—Esa es la clase de información equivocada.

—Es lo único que sé.

—Has venido aquí tres veces.

—En las tres sé que tiene trescientos ochenta y ocho pies de profundidad.

—¿Te lo dijo David?

—El padre de David. Tenía tres cosas que contarle a todo el que llegaba a la cabaña. La profundidad. Dónde estaba la llave. Y que la estufa de leña tira raro cuando el viento viene del sur.

—O sea que esta noche, en algún momento, me vas a contar lo de la estufa que tira raro con viento del sur.

—Sí.

—Bien.

Él miró hacia allí.

—Dentro, dije.

—Sí.

—Ahora.

—Sí.

Entramos los platos y los dejamos en el fregadero. Alex fregó con agua fría y el pulgar porque el agua caliente no había corrido suficiente rato. Yo sequé con un paño de cocina en el que había dibujado un pollo.

Dejó el último plato. Se dio la vuelta. Yo también. La luz del lago entraba por la ventana sobre el fregadero.

Me besó. Me tenía una mano en la nuca y la otra en la cintura. Le puse las manos en el pecho, luego en la cara, en el pelo.

Se apartó un centímetro.

—Hola, dijo.

—Hola.

—Quiero acostarme contigo.

—De acuerdo.

—Lo voy a hacer con torpeza.

—¿Qué?

—Hace tiempo que no —. Se detuvo. —Hace un tiempo.

—Alex.

—Sí.

—Para mí son nueve meses. Nos va a salir bien. Ninguno de los dos va a resultar especialmente elegante en esto, y yo tampoco quiero que lo seas.

Apoyó la frente en la mía.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

Nos salió bien.

La lámpara de mi lado de la cama tenía un perrito de porcelana en la base. Principalmente blanco. Una oreja azul.

Alex me besó el cuello.

—¿Qué estás mirando?, preguntó.

—El perro de la lámpara.

—¿Hay un perro en la lámpara?

—Tiene una oreja azul.

—Elena.

—¿Qué?

—Para de mirar al perro.

—No puedo.

—Entonces mírame a mí.

Una carcajada se me escapó contra su hombro. Me fue desabrochando la camisa despacio.

Un botón con el que ninguno de los dos terminaba de apañarse; una risa, un *déjame* mío, un *por favor* suyo; lo conseguimos. Mi codo en el sitio equivocado, su *perdona, perdona, perdona*, y de mí un sonido quedo que quizás era en español, y también por eso nos reímos.

Fue preguntando una y otra vez. *¿Está bien? Dímelo.* Y esperaba la respuesta antes de volver a moverse.

Luego vinieron las lágrimas.

Lágrimas, rápidas, por la comisura del ojo izquierdo, perdiéndose en mi pelo. Él se dio cuenta. Su cara estaba muy cerca.

Su pulgar me recorrió despacio la comisura del ojo.

—Ya está, dijo. Con suavidad. Sin pregunta.

—Ya está.

—Estás conmigo.

—Estoy contigo.

—Bien.

Me besó el lugar donde había estado la lágrima.

Después echó el edredón sobre los dos y apoyó la cabeza en una mano.

—Hola, dijo.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Un poco agotada, pero bien.

Me tocó la comisura del ojo donde había estado la lágrima.

—Has llorado.

—Sí.

—No tienes que decirme por qué.

—Ya lo sé.

Esperó, con el pulgar todavía en mi sien.

—Nunca había podido hacer esto delante de nadie, dije.

—Llorar.

—Así. Sí. No delante de alguien. Antes me iba al baño y dejaba correr el agua.

Lo recibió en silencio. No siguió preguntando. Me besó en lo alto de la cabeza, yo enterré la cara en su clavícula y dormimos una hora.

Después Alex encendió la estufa de leña y calentó una lata de sopa. Me habló del viento del sur. Luego: otro sándwich. Maria mandó un mensaje; yo contesté: *bien. os quiero. hasta pronto*; ella envió: *bueno duerme*.

Más tarde volvimos a la cama.

Eso lo querría guardar en un cuadro.

Hubo un momento en que su cara estaba sobre la mía y la lámpara hacía que sus ojos tuviesen el color del lago a las cuatro de la tarde, y él dijo *Elena*, y yo dije *aquí estoy*, y después ya no dijo nada más. Dormimos.

Por la mañana Alex ya se había levantado. La cama seguía caliente donde había estado él. Olor a café bajo la puerta y un pajarillo fuera, al otro lado de la cortina.

Su camisa estaba sobre la silla. Me la puse. La mía estaba en algún lugar donde no valía la pena buscarla.

Estaba sentado en el porche en una de las sillas grises, con dos tazas sobre el reposabrazos entre las sillas. Se había echado la manta azul de Linda sobre los hombros.

Se dio la vuelta. Me vio.

—Oh, dijo.

—Buenos días.

—Buenos días.

La otra silla ya esperaba. La taza que había dejado allí estaba caliente. El lago tenía el mismo color que ayer. El agua era como un espejo. Un somormujo llamó desde detrás del embarcadero. El sol caía sobre los huertos al otro lado de la bahía; a nosotros todavía no nos había alcanzado.

—¿Qué hora es?, pregunté.

—Eso no te lo digo.

—Alex.

—Ayer dos referencias horarias, dijiste. Hoy ninguna.

—Justo.

Nos quedamos sentados allí. Bebimos el café. El somormujo llamó dos veces más. Él sacó algo del bolsillo del pecho de su camisa de franela, lo sostuvo un momento en la palma de la mano y luego me la tendió.

Una piedra. Blanca, en su mayor parte. Gris pálido con una veta clara que la atravesaba. Más pequeña que mi pulgar. Lisa por tres lados, rugosa por uno.

—¿Qué es esto?, pregunté.

—Mia la encontró el fin de semana pasado.

—Se la trajo a casa el domingo y me la dio el lunes.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me la puso en la mano, dijo *para ti, papi* y salió de la habitación. La semana pasada fue una hoja.

Tendí la mano con la palma hacia arriba. Él dejó la piedra en ella. Estaba caliente.

—Me la estás dando.

—Sí.

—Era de Mia. Te la dio ella a ti.

—Lo sé.

—Alex —

—Cógela. —Miró hacia el lago.— Va a querer saber que ha viajado.

Cerré la mano alrededor de la piedra. Cerré los ojos un momento.

—De acuerdo, dije.

—De acuerdo.

—Se lo diré.

—Lo sé.

La piedra fue a parar al bolsillo de la camisa que llevaba puesta, que era la suya. El sol asomó por encima de la cresta al otro lado de la bahía y se tendió en una franja larga y plana sobre el porche y nuestras rodillas.

—¿Qué hora —, empecé.

—Déjalo.

—Tienes razón.

Terminamos el café. El somormujo llamó. No nos movimos.

Capítulo 14

Alex

El magnolio del jardín de los Whitman era lo primero que se veía aquella tarde de domingo, quisiera uno o no fijarse en él. Rosa y blanco. El padre de Mark lo había plantado en 1971. Mark me lo había contado dos veces, con tres años de diferencia entre una y otra, siempre un domingo.

Esa mañana había conducido desde Chelan. Las manos se quedaron en el volante el momento que el coche siempre me robaba en aquel bordillo. El césped estaba sembrado de pétalos, como si hubiera pasado una pequeña tormenta.

Mia me vio por la ventana delantera antes de que apagara el motor. Hizo lo que siempre hacía: echó a correr. La puerta principal se abrió; Mark venía detrás, con una mano apoyada en la parte baja de su espalda, que hacía exactamente lo que según las indicaciones no debía hacer; Susan salió tras Mark, con Dave el oso en una mano y la bolsa del inhalador en la otra.

—Papá.

—Hola, ratoncita.

Me había rodeado la rodilla con los brazos antes de que me levantara del todo. Los rizos aún estaban húmedos; Susan le había lavado el pelo, como

hacía siempre que Mia estaba con ella, y olían al champú de los Whitman, la marca que también usaba Claire. Susan seguía comprándolo.

—¿Qué tal con la abuela?

—El abuelo Mark me dejó comerme una fresa. Del jardín.

—¿Sí?

—Y otra más.

—Dos fresas.

—Y una para Lena.

—Lena no está aquí, ratoncita.

—En mi bolsillo. —Se dio una palmadita en el bolsillo del abrigo.— Para ella.

Mark nos había alcanzado. La espalda ya volvía a encorvarse un poco; la mano sobre la cabeza de Mia pesaba menos que la espalda en la que descansaba.

—Hijo.

—Mark.

—Ha comido. Ha dormido. El sábado por la mañana tosió dos veces, las dos veces en seco, las dos antes de las nueve. He apuntado la hora.

Esa era toda la información relevante sobre mi hija, expuesta en tres frases cortas, en el orden en que Susan habría querido que me las preguntaran.

—Gracias.

—En el asiento trasero del coche hay un táper. Sopa. No preguntes.

—Linda diría algo por lo del congelador.

—Susan le ha puesto una etiqueta.

Una sonrisa breve de su parte. Duró medio segundo.

Susan estaba ya en el bordillo. Tenía la bolsa del inhalador abierta delante de ella y comprobaba el contenido sin mirar de verdad. La revisión de los dos recipientes, el espaciador, el spray de repuesto, el spray de emergencia. Los dedos recorrían cada objeto sin que los ojos los siguieran.

—Dos dosis el viernes por la noche —dijo—. Las de la noche. Se había despertado y las había pedido. Se las di a las once.

—De acuerdo.

—Dijo: *Abuela, se me ha olvidado cómo se respira bien.* Sin pánico. Solo una frase sencilla.

—De acuerdo.

—Llamé al servicio de urgencias del doctor Patel y pedí hablar con la enfermera. Dijo que podía dárselas. La enfermera se acordaba de ella.

—Muchas gracias.

Susan cerró la bolsa y me la tendió, y la mano se quedó un latido más en la correa después de que yo ya la había cogido. No había soltado del todo la correa; los dedos seguían dentro de la presilla.

—Alexander.

—Susan.

Miró por encima de mi hombro, no a mi cara. Al coche azul aparcado enfrente. Al magnolio. Al perro del vecino.

—Espero que seas prudente con la suplente.

Lo dijo con total naturalidad. Sin alzar la voz.

Mia estaba junto a mi rodilla izquierda y trasteaba con la vuelta de la manga de la chaqueta, porque había decidido que había que alisarla. Mark estaba a un metro de distancia mirando fijamente el magnolio. El coche azul de enfrente tenía una sillita en el asiento trasero y una bolsa de la compra en el del copiloto. Un arrendajo graznó en el cedro del límite de la parcela. Por todo lo demás, la tarde era de lo más corriente.

—Ratoncita. —Mantuve la voz baja.— Métete ya en el coche. Ahora mismo voy.

—La fresa de Lena.

—Tenla con cuidado. En un minuto estoy.

—Vale.

Soltó mi manga. Mark la cogió de la mano antes de que yo tuviera que pedírselo; la llevó al coche y la acomodó en el asiento. La maltrecha espalda de Mark logró lo que se le pedía. Mark cerró la puerta y se quedó junto a ella, tan lejos de nosotros como pudo.

Me volví de nuevo hacia Susan.

Decir lo que tenía que decir era la única parte que era nueva. Lo había ido formulando durante las dos horas y media de trayecto entre Chelan y aquí.

—Elena no es la suplente. Es la mujer a la que quiero. Aprenderéis su nombre antes de que veáis a Mia la próxima vez.

La frase quedó suspendida entre nosotros. Mark, a un metro de distancia, no nos miraba; la vista descansaba en el cedro donde había estado el arrendajo. El arrendajo estaba en silencio.

Susan tomó aire en voz baja.

—Alexander, no puedes...

—Puedo. Lo hago. No voy a levantaros la voz. Os digo lo que es verdad. Podemos tener una conversación distinta a esta. La tendremos. Me gustaría mucho. Pero no mientras la llaméis «la suplente» en una acera con mi hija dentro del coche.

—Yo...—dijo ella.

—Os quiero. Quiero a Mark. Me alegra que Mia haya pasado el fin de semana con vosotros, que se haya comido una fresa y que le hayáis lavado el pelo. Nada de eso está en cuestión. Lo que acabo de escuchar, sin embargo, sí.

—No pretendía...

—Pero lo habéis hecho. No pasa nada porque lo hayáis hecho. Porque lo hagáis con buena intención. Pero también podéis estar equivocados respecto a ella. Las dos cosas son posibles.

Entonces me miró. La primera mirada de verdad en toda la conversación. Sus ojos eran los ojos de Claire. Se le llenaron brevemente de lágrimas, pero Susan carraspeó una vez y no llegó a más.

—Alexander.

—Sí.

—¿Qué quieres?

—Comer. Aquí. O en otro sitio. Con Elena. En las próximas dos semanas. Le hacéis vuestras preguntas. Ella las responde. Se le da bien responder. Lo hace mejor que yo.

—Eso es lo que quieres.

—Eso es lo que quiero, sí.

Pasó un momento. Mark, a un metro de distancia, se permitió mirarnos durante medio segundo. Dijo con suavidad al aire que había entre nosotros:

—Una comida me parece perfectamente bien, Susan.

Ella no le miró.

—Bien —dijo. A mí.— Una comida.

—Gracias.

—En dos semanas.

—Gracias.

—Mark llamará para concretar la fecha.

—Gracias.

Soltó la correa. La bolsa era ya del todo mía. Dio dos pasos atrás.

—Alexander.

—Sí.

—Ten cuidado en la I-90.

—Lo tendré.

—Hay una sopa en el coche.

—Mark me lo ha dicho.

—Es sopa de pollo. No la metas en el congelador. Se corta.

—De acuerdo.

—Hasta pronto, cariño.

Se dio la vuelta. Subió el camino con la espalda recta. Los pétalos en el sendero le abrieron paso. Al pasar junto al coche no miró a Mia. No miró el coche en absoluto. Entró en la casa y cerró la puerta despacio tras de sí.

Mark seguía allí.

—Hijo.

—Mark.

—Esto se asienta en unas horas.

—Lo sé.

—Yo me encargo de la comida.

—Lo sé.

Miró el magnolio. Llevaba mirándolo desde hacía una hora.

—Se llama Elena.

—Sí.

—Mia habla de ella.

—Lo sé.

—Mia habla de ella igual que habla de Linda. No exactamente igual. Pero en la misma liga.

—Sí.

—Susan reaccionará.

—Eso creo yo también.

—Necesitará un momento. La comida puede ser ese momento.

—Me parece bien.

—Hijo.

—Sí.

No dijo nada más. Solo levantó la mano, con la palma hacia delante, la mantuvo dos segundos a unos diez centímetros de mi hombro y luego la dejó caer, sin llegarme a tocar.

Se dio la vuelta y subió el camino. La puerta tardó más en cerrarse que la de Susan. Lo hizo despacio, por la espalda.

El coche me robó un minuto entero antes de arrancarlo. Mia me observaba por el retrovisor sin decir nada. La fresa en su regazo estaba envuelta en una servilleta de papel de la cocina americana de los Whitman.

—Papá.

—Ratoncita.

—¿Estabas enfadado con la abuela?

—No exactamente, ratoncita.

—¿Entonces qué?

—Le he dicho algo verdadero. A veces, cuando le dices algo verdadero a alguien, su cara hace lo que acaba de hacer la cara de la abuela.

—Ah.

—No pasa nada. Teníamos algo que decirnos. Para el martes todo habrá vuelto a la normalidad.

—Vale.

El motor arrancó. Hasta el puente se quedó callada. El sonido a la derecha. La I-90 por la tarde mostraba su cara amable; el tráfico dominical al este de Bellevue se había deshecho en una larga y fina caravana que dejaba espacio para pensar.

La cara de Susan fue volviendo a trozos. Los ojos que se llenaban sin que cayera una lágrima. Los dos pasos atrás. La puerta cerrada. La sopa que no podía congelarse. La parte de mí que durante cuatro años le había tenido miedo a Susan Whitman había decidido en un bordillo que ya no tenía que temerle a nada. La parte de mí que la quería no había participado en aquella conversación.

—Papá.

—Sí.

—Se me ha olvidado.

—¿Qué se te ha olvidado?

—La fresa.

—La tienes en el regazo.

—La otra. Para Lena.

—Esa es la que tienes en el regazo.

—Ah.

Una pausa.

—Papá.

—Sí.

—¿Estaba el gato hoy en la ventana?

—¿En casa de la abuela?

—En nuestra casa.

—Todavía no he llegado a casa, ratoncita. No lo sé.

—Seguro que sí estaba.

—Seguro.

—Le caigo bien.

—Claro que sí.

Volvió a quedarse callada. A la altura de Mercer se quedó dormida, con la cabeza apoyada en el respaldo de la sillita, la boca abierta, las manos

relajadas, la fresa junto a ella en el asiento dentro de la servilleta de papel. Parecía que la había llevado en el bolsillo toda la tarde. Y así era.

En el ático, la luz de última hora de la tarde caía sobre la isla de la cocina cuando entramos. Marcus me había saludado con una inclinación de cabeza en el vestíbulo, dos dedos, todo en orden, y había dicho *Mr. Harrington* en un tono que registraba la última hora sin preguntar nada.

Cuando el ascensor llegó al piso veinte, Mia ya era del todo ella misma. Lanzó los zapatos en dirección al cuenco junto a la puerta sin acertar del todo. Mis llaves fueron a parar al gancho, junto a las de Elena. La fresa, algo maltratada, la depositó Mia con gran ceremonia en el cuenco pequeño de la isla de la cocina, que había estado vacío hasta el domingo por la mañana.

—Para Lena.

—Ratoncita, la fresa tiene que ir a la nevera.

—Es para Lena.

—Lena no llega hasta dentro de una hora.

—Entonces va una hora a la nevera. Y luego sale. Y luego es para Lena.

—Sí.

—Papá.

—Sí.

—¿Dónde está la piedra de Lena?

La piedra de cuarzo estaba en ese momento en el bolsillo de una camisa de franela que Elena llevaba puesta en su propio cuarto de baño del Capitol Hill. Que la camisa de franela viajaría desde Chelan hasta el Capitol Hill

era algo que habíamos acordado esta mañana en la puerta de la cabaña, sin que ninguno de los dos lo hubiera señalado expresamente.

—La tiene Elena. Ella la cuida.

—¿Mi piedra?

—Sí.

—¿Se lo has dicho?

—Se lo he dicho.

—¿Ha dicho que vale?

—Ha dicho que vale.

—¿La ha metido en su bolso?

—Eso ha hecho.

—Bien.

Se encaramó al sillón de cuero, que crujió, y se acomodó en el rincón con las piernas recogidas debajo como un gato. Tenía esa expresión que significaba que aún quedaba algo por decir.

—Papá.

—Sí.

—Dile a Lena que he dicho que vale.

—De acuerdo.

—Ahora.

—Ahora.

Saqué el móvil del bolsillo. El nombre de Elena tardó en aparecer al tercer intento, porque el pulgar estaba cansado. Mia me observaba desde el sillón de cuero sin comentar nada.

Descolgó al segundo tono.

—Hola.

—Hola. ¿Estás en casa?

—Acabo de llegar. Estoy guardando la compra con una mano.

—¿Cómo fue en el bordillo?

—Bien. Más o menos.

Una pausa. Oyó el *más o menos*. No insistió.

—Mia quiere que te diga algo.

—Dímelo. —Su voz se suavizó, como solo lo hacía por la niña.

—Dice que vale.

—¿A qué?

—Por la piedra.

—Dile que la tengo. Dile que está en un bolsillo y que la guardo bien mientras haga falta.

—Está justo aquí. Ratoncita, dice gracias.

—De nada.

Mia no lo había dicho bastante alto. Acerqué el móvil a su boca. Lo repitió con mucho énfasis: *De nada, Lena.*

—Ahí está.

—Ahí está.

—Alex.

—Sí.

—¿Vienes tú o vengo yo?

—Tú. Aquí. Si te apetece.

—Traigo la cena.

—No hace falta.

—Traigo la cena. Hay algo en mi nevera que tiene que comerse antes de mañana. Eso viene conmigo.

—De acuerdo.

—En una hora.

—En una hora.

—Alex.

—Sí.

—Suenas como suenas cuando me estás ocultando algo. No pasa nada. No tienes que decírmelo. Solo te lo digo para que sepas que me doy cuenta.

—Gracias.

—Por eso tampoco hace falta que me des las gracias.

—Lo hago igual.

—Vale.

—Elena.

—Sí.

—En la isla de la cocina hay una fresa para ti.

—¿Cómo?

—Mia la ha traído desde Mercer Island en el bolsillo del abrigo. Tiene peor aspecto que al principio. Pero es tuya.

—En una hora estoy ahí.

—Vale.

—Te quiero.

—Te quiero.

—Adiós.

Colgó ella primero. Siempre lo hacía.

Le escribí un mensaje a David. El orden de las revelaciones tenía ya dos años.

le he dicho a susan que aprenderá el nombre de elena antes de que mia vuelva a verla. una comida en dos semanas. ha dicho que sí.

Respondió en menos de un minuto.

bien

Luego, veinte segundos después:

cómo está elena

viene ahora.

bien

no me cuentes nada más, solo dime que está bien

está bien

bien

Dejé el móvil junto al cuenco con la fresa. La luz sobre el estrecho se volvía oro pálido. Elena lo había llamado una vez, hacía tres semanas, el color que adopta una ciudad justo antes de quedarse en silencio.

Mia abrió la puerta de su habitación.

—Papá, Frank manda saludos.

—¿Frank el sapo?

—Sí.

—Salúdale de mi parte.

—Vale.

La puerta volvió a cerrarse.

Mi madre estaba entre mis favoritos y descolgó al primer tono.

—Aleksy.

—Hola, mamá.

—¿Estás en casa?

—Sí, acabo de meter a Mia. Está con los conejos.

—Hm. Los conejos son buena compañía los domingos.

—Susan y yo hemos hablado.

—Hm.

—Ha ido bastante bien. Durante unas semanas va a ser un tema.

—¿La llamo yo?

—No.

—De acuerdo —respondió.

—Solo quería decírtelo.

—¿Estás comiendo, Aleksy?

—Sí.

—M-hm.

—Que sí, mamá.

—M-hm.

El m-hm dejó pasar la mentira. La mentira era sobre los domingos en general, no sobre el día de hoy; hoy había habido un sándwich en una terraza y una taza de café y un trozo de queso y una rebanada de pan sobrante con mantequilla en algún punto al este de Issaquah.

—Elena viene a cenar, mamá.

—Bien. Dale algo de comer que no venga de un tarro.

—Ya te he hablado de ella.

—Sí. Tres veces, Aleksy. He escuchado.

—Susan ha dicho algo sobre ella.

—Hm.

—Lo he dejado claro.

—Bien. Ya reaccionará. Dale las dos semanas.

—Eso es todo.

—Te quiero, Aleksy.

—Yo también te quiero, mamá.

—Dale un beso a Mia de mi parte.

—Lo haré.

—Y come algo en la cena.

—De acuerdo.

—Adiós, cariño.

—Adiós, mamá.

Colgó ella primero.

Capítulo 15

Elena

Maria reservó la mesa para las siete y media y me mandó un mensaje el miércoles por la tarde a las cuatro en el spanglish todo en minúsculas que usa para las cosas que ya ha decidido.

viernes 7:30 mesa de la esquina diego kocht keine ausreden bring ihn mit

Lo leí dos veces. Luego la llamé.

—La estás pillando por sorpresa —dije.

—Le estoy dando de comer. Verbo distinto.

—Maria.

—Diego quiere conocerle. Yo quiero conocerle. Llevamos dos meses aplazando el encuentro con él, y solo nos has enseñado fotos, que no es lo mismo.

—Tiene una hija, Maria.

—La niña se va con la vecina. La vecina vive justo enfrente en el mismo rellano.

—Cheryl.

—Cheryl. He oído hablar de Cheryl. A Cheryl también me gustaría conocerla, pero los asaltos de uno en uno.

Tuve que reírme.

—Se lo pregunto —dije.

—No se lo preguntas. Se lo dices. Así es como se gestionan los viernes.

—Se lo digo.

—Bueno. Ponte el vestido verde.

—Estamos en mayo, Maria. El vestido verde es para octubre.

—El vestido verde es para cuando yo lo digo. Y ponte también los pendientes que mamá me mandó por mi cumpleaños, que te presté en febrero y que todavía no me has devuelto.

—Esos pendientes son tuyos.

—Son tuyos provisionalmente. Viernes.

Colgó.

El viernes por la noche estaba en mi apartamento con el vestido verde y los pendientes provisionales, contemplando el pequeño lienzo sobre el caballete junto a la ventana.

Alex vino a buscarme. Llevaba una camisa que nunca le había visto, gris antracita, sin corbata, los puños doblados una vez, porque sabía que Diego llevaría las mangas remangadas.

—Te has cambiado —dije.

—Me he cambiado tres veces. La tercera fue decisión de Mia.

—Mia eligió el conjunto.

—Mia eligió el conjunto. Votó por este porque los botones son más oscuros que el resto.

—Es una buena razón.

—Era la única razón que dio.

Me besó en la puerta. Suave, fugaz, no el beso para una noche de verdad. El beso que significaba: vamos a algún sitio y te besaré bien después, cuando nadie esté mirando el reloj. Cerré con llave, Mia ya estaba en casa de Cheryl. Marcus hacía guardia en recepción cuando paramos; nos dedicó su saludo de dos dedos y añadió un tercero por los pendientes, lo que hizo que me echara a reír apoyada en el hombro de Alex en el vestíbulo.

—Esta noche Marcus es un hombre con opiniones —dijo Alex en el ascensor de camino al garaje.

—Marcus siempre ha tenido opiniones. Solo las va soltando de dedo en dedo.

El restaurante de Diego estaba en la Doce, a media manzana al sur de Pine, en el local de una antigua floristería cuyas baldosas seguían en el suelo junto a la entrada. Las había conservado a propósito. Decía que las baldosas habían sido el motivo por el que firmó el contrato de arrendamiento. Era un local pequeño —veinte mesas, la cocina abierta a lo largo de la pared del fondo, la barra a la derecha, los aseos al fondo de un pasillo al que se

llegaba después de pasar dos reservados y la recepción. Un viernes por la noche a las siete y media a finales de mayo el local estaba lleno de ruido, ese ruido que surge cuando nadie en ninguna mesa intenta hablar bajo.

Marisol estaba en recepción. Me conocía desde hacía diez meses a través de Maria.

—Mija. —Me dio dos besos. —Y este es Alejandro.

Alex parpadeó. —Alex, en realidad, pero sí.

—Alejandro. Diego lleva tres semanas llamándote Alejandro. Ya es demasiado tarde. Venid.

Nos llevó a la mesa de la esquina junto al aparador —la mesa que Maria reserva para la familia, porque desde allí se puede ver a Diego trabajar— y Maria se levantó antes de que llegáramos, con una blusa roja y el pintalabios, y abrazó a Alex antes de abrazarme a mí.

—Alex. —Lo tuvo a distancia de brazo. —Diego manda saludos. Diego está preparando algo ahora mismo. Diego sale en siete minutos. Sentaos.

Alex se sentó. Maria me miró por encima de su hombro y asintió brevemente.

Me senté junto a Alex. Marisol sirvió el agua. Maria sirvió el vino sin preguntar, igual que lo sirve mamá.

—¿Cómo está Mia esta noche? —preguntó Maria.

—Está viendo *La bella y la bestia* con Cheryl —dijo Alex. —Van por la tercera vez este mes. Cheryl dice que no va a peor.

—Es todo un elogio viniendo de Cheryl.

—Cheryl raramente prodiga grandes elogios. Una vez se los dio a un gratinado que hice en febrero. Hace tres semanas se los dio a mis calcetines en el ascensor porque hacían juego. La bestia entra en la tercera categoría.

Maria se rio echando la cabeza hacia atrás, y al otro lado del aparador Diego levantó la vista de una sartén, vio reír a su mujer y sonrió. Volvió a la sartén.

El primer plato llegó antes que Diego. Marisol lo dejó entre Alex y yo —un plato pequeño, tres cosas crujientes, más pequeñas que unos tacos, sobre una mancha de algo verde que olía a jardín después de la lluvia.

—Mole verde —dijo Marisol. —De una receta cuya fuente Diego no revela porque la robó.

—No la robó —dijo Maria. —La aprendió de aprendiz.

Marisol levantó el mentón en dirección a Diego a través de la ventanilla. —De aprendiz en el sentido de: pasarse seis meses al lado de una mujer en Oaxaca mirando lo que hacía con las manos.

—Eso es ser aprendiz —dijo Maria.

—Eso es robo con paciencia —dijo Marisol, y volvió a recepción.

Alex cogió una de las cosas pequeñas y le dio un mordisco. Dio otro bocado antes de decir nada.

—¿Y bien? —pregunté.

—Esto es… —Miró el plato. —Maria, ¿qué es esto?

—Esto —dijo Maria, dando un sorbo al vino—, es lo que pasa cuando mi hombre deja de hablar y empieza a cocinar.

—¿Es tu marido?

—Por derecho consuetudinario. Por cortesía. Tía Carmen lo llama mi marido. Yo no le llevo la contraria a tía Carmen. Él mismo se llama mi marido en los formularios de Hacienda, porque los formularios son más sencillos así y él es un hombre que elige el camino más sencillo cuando lo sencillo coincide con lo verdadero.

Nunca la había oído formularlo así. Cogió una de las cosas pequeñas, se la comió y no apartó los ojos de Alex.

—Formularios de Hacienda —dijo Alex.

—Formularios de Hacienda. Tú también llegarás a eso.

Desde el aparador llegó un timbre suave, y Diego salió rodeando la barra secándose las manos en un trapo, con la chaqueta de cocinero manchada en la cadera derecha y el pelo negro húmedo en las sienes por el calor de la cocina. Me abrazó antes de mirar a Alex. Luego le tendió la mano.

—Alex.

—Diego.

Mantuvieron el apretón un instante más de lo que dos hombres que acaban de conocerse mantienen un apretón de manos. Diego se sentó y cogió la botella de vino sin pedir permiso.

—¿No vuelves a la cocina? —preguntó Maria.

—Hector se encarga los próximos cuarenta minutos —dijo Diego. —Hector tiene veintiséis años, nunca ha cometido un error con el mole, y esta noche no va a ser la primera vez.

—Hector cometerá un error con el mole alguna de estas noches.

—Entonces tendremos una historia que contar. Esta noche tenemos un marido en la mesa.

Alex se rio. Eso le gustó a Diego.

Llegaron tres platos después de que Diego se sentara. Luego un cuarto. En algún momento perdí la cuenta.

Le preguntó a Alex primero por Mia. Luego por el trabajo, a lo que Alex respondió brevemente. Luego otra vez por Mia, porque Diego había notado qué pregunta quería Alex contestar dos veces. Alex respondió seis minutos a la segunda pregunta sobre Mia —era lo más que le había oído hablar en un restaurante— y Diego escuchó y comió y no lo interrumpió.

Maria atrapó mi mirada al otro lado de la mesa y ladeó la copa un milímetro.

—Conociste a un cocinero en Ciudad de México —dijo Diego en algún momento a mitad de un plato que llevaba cerdo y algo naranja que no reconocí. —Yo conocí a uno allí que le puso el nombre de su ex mujer a una salsa.

Alex dejó la copa. —¿Le puso su nombre a una salsa?

—*La Cabrona* —dijo Diego. —Once años en la carta. Polanco. El mejor mole del barrio. La ex mujer entró una vez, se sentó en la barra, pidió el mole, se lo comió sin decir una palabra, pagó la cuenta y dejó una propina más grande que la cuenta.

—¿Sabía él que estaba allí? —preguntó Alex.

—Salió de la cocina para saludarla. Ya había pagado y se había ido.

—¿Qué hizo él?

—A la mañana siguiente quitó el mole de la carta. Seis meses después lo volvió a poner como plato del día. Nunca le dio otro nombre. Los camareros saben de qué va. Los clientes saben que tienen que pedir *la salsa que no se nombra*. La salsa que no se nombra.

Alex soltó una carcajada y se atragantó con el agua —un ataque de tos de verdad, la mano tapándose la cara. Maria le dio palmadas en la espalda sin levantarse. Diego miraba satisfecho.

—Eso no es una historia —dijo Alex cuando pudo volver a respirar. —Eso es una parábola.

—Eso es Ciudad de México —dijo Diego, y rellenó su copa y la de Alex.

—¿A ti te han puesto alguna vez el nombre a una salsa? —preguntó Alex.

—Todavía no. —Diego dejó la botella. —Maria ha amenazado con ello. Maria tiene buenos motivos.

—Tengo motivos, en plural —dijo Maria. —Pero también tengo contención.

—La contención es un regalo que me hace semanalmente —le dijo Diego a Alex. —No me lo tomo como algo dado.

Le dio un beso en la sien sin levantarse. Ella no se inclinó hacia él ni se apartó. Siguió comiendo sin más.

Observé cómo Alex los observaba. Los observaba igual que había observado a Linda.

Más o menos cuando se abrió la tercera botella de vino —elección de Maria, mano de Diego sobre la mesa para llenar la copa de Alex—, Maria se levantó.

—Elena. Al baño.

—No tengo que ir —

—Elena.

Fui.

El baño de Diego estaba al final del pasillo detrás de la recepción. Dos lavabos, un espejo que recorría toda la longitud de la pared, el suelo de baldosas hexagonales antiguas de la época anterior a Diego. En la pared había una obra de Soledad, amiga de Diego —lienzo pequeño, ocre y óxido, tan abstracto que había que inclinarse hacia delante para verlo. La puerta amortiguó el ruido del local en cuanto se cerró. Maria estaba apoyada en el segundo lavabo con los brazos cruzados.

—Es bueno.

La miré en el espejo. Ella me miró en el espejo. Las dos, un metro de baldosas entre nosotras, el traqueteo amortiguado de la cocina al otro lado de la pared.

—Maria.

—Es muy bueno.

—Ya lo sé. Es eso lo que me da miedo.

—¿Qué te da miedo?

No tenía la frase preparada. Lo intenté de todas formas. —Lo fácil que sería dejar de fijarse en las cosas.

—Carlos.

—Carlos estaba hecho de cosas pequeñas, Maria. Tres años. Yo fui la última en darme cuenta.

—Alex no es Carlos.

—Sé que Alex no es Carlos.

—¿Entonces?

—Ya no soy la Elena de Carlos. Todavía no sé quién soy. No quiero descubrirlo por accidente en la cocina de otra persona.

Maria descruzó los brazos, me giró por los hombros hacia ella y me arregló el pelo sin pedirme permiso —dos horquillas fuera, una dentro, el mechón de delante vuelto a fijar, su pulgar un momento más de lo necesario en mi sien. Lo lleva haciendo así desde que yo tenía siete años y ella nueve y mamá tenía una cita en la peluquería que se alargaba.

—No lo vas a descubrir por accidente —dijo. —Lo vas a descubrir con intención. Para eso está el estudio. Para eso está lo de pintar en su cocina a las seis de la mañana. Para eso está el decirle que lloraste en la cabaña sin decirle por qué. Ya lo estás haciendo.

—Yo no te he contado nada de la cabaña.

—Me contaste lo de la cabaña sin contarme lo de la cabaña. Mija, por favor. Veintiocho años.

Solté una pequeña carcajada. Ella no me soltó los hombros.

—Puedes tener miedo y quedarte de todas formas —dijo. —Las dos cosas a la vez.

—Ya lo sé.

—Dilo.

—Puedo tener miedo y quedarme de todas formas.

—Bueno. —Me soltó. Se lavó las manos. Yo me lavé las mías.

Maria abrió la puerta.

—No le hagas esperar —dijo. —Su copa está vacía.

Alex y Diego habían estado hablando. Alex me miró cuando volví. Dijo algo que no llegué a escuchar porque yo también le estaba mirando a él.

Maria se sentó. —¿Qué me he perdido?

—Diego me ha contado lo de un local en Belltown que cerró el mes pasado.

—El pequeño con el —

—El pequeño con la mala iluminación y el buen pescado.

—Qué pena.

—Dice que el hombre que lo llevaba va a abrir uno nuevo en Ravenna en septiembre.

—Menos pena.

Llegó el cuarto plato. Luego el postre, que yo no había pedido y por el que Diego no había preguntado: un flan que había preparado porque había decidido que comeríamos flan. Lo comió del plato de Maria con su propia cuchara. Ella no se lo impidió.

Alex pagó la cuenta. Diego protestó. Maria los dejó discutir. Diego ganó la segunda ronda por principios, y Alex dejó una propina de tal forma que quedó claro que sobre eso no iba a discutir. Diego lo abrazó satisfecho. Luego a mí. Luego a Maria la más larga, la cara contra su cuello, los ojos cerrados, la chaqueta de cocinero manchada contra su blusa roja.

—Conducid con cuidado —le dijo Maria al oído.

—Yo no conduzco.

—No te estoy hablando a ti, Diego. Le estoy hablando a Alex. Alex, conduce con cuidado.

—Lo haré.

—Y Elena —

—Ya lo sé.

—No sabes lo que iba a decir.

—Sé suficiente de lo que ibas a decir.

Me besó en la frente. Me dejó ir.

Alex condujo. Las calles estaban mojadas por una lluvia que había pasado durante la cena y que yo no había notado porque el aparador había sido más ruidoso que el tiempo. Cogió Pine hasta Broadway y Broadway hasta Denny y Denny cuesta abajo hasta el paseo marítimo, y en la rampa de acceso a la 99 dijo, sin apartar los ojos de la carretera:

—No me había reído así desde Claire.

Había estado esperando que dijera algo. Eso no era lo que esperaba.

Mi mano se deslizó sobre su rodilla.

—Ya lo sé —dije.

Puso su mano sobre la mía y mantuvo los ojos en la carretera. El resto del camino hasta Belltown condujo con una sola mano. Observé pasar la ciudad —asfalto mojado bajo las farolas, el verde de los toldos en Western al que siempre buscaba con la mirada, un hombre en Lenora sacando a pasear a un perro pequeño con un impermeable amarillo al que un día pintaría— y pensé en el espejo del baño y en el pulgar de Maria en mi sien y en el cocinero de Polanco que retiró la salsa de la carta y la devolvió sin nombre.

El ático estaba en silencio. Mia estaba en casa de Cheryl. Marcus, que hacía horas extra, nos dedicó un tercer gesto de cabeza por la hora tardía. El ascensor estaba vacío. Alex pulsó el veinte sin mirar. Yo me apoyé en la barandilla y observé los números.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En que mi hermana me ha arreglado el pelo en el baño y yo se lo he dejado hacer, algo que no le había permitido desde que tenía veintidós años.

—¿Qué ha cambiado?

—No lo sé. Creo que sí lo sé. Lo estoy pensando.

Asintió. No insistió. Las puertas se abrieron en el piso veinte.

Dentro, el apartamento estaba en silencio. La luz de encima de la isla de la cocina estaba encendida. Colgó las llaves en el gancho. Se quitó los zapatos en el pasillo. Yo me quité los míos, porque hacía semanas había decidido que esa norma me gustaba.

Se volvió hacia mí en la cocina.

—Hola —dijo.

—Hola.

No acortó la distancia. Yo no acorté la distancia. Los pendientes pesaban más que a las siete y cuarto.

—Ha sido —

—Sí.

—Diego —

—Ya lo sé.

Me besó largo rato en la cocina. Luego me llevó al dormitorio y no encendimos la luz.

Capítulo 16

Alex

Evelyn vivía en Wedgwood, en una casa que había comprado en 1981 con su difunto marido y que no había pintado desde 1994. El último sábado de mayo abrió la verja del jardín e invitó a las familias de Emerald Tots dejando una nota escrita a mano en la bandeja de recogida.

La nota terminaba así: *Traed comida y una manta. No hay catering. — E. Brooks.*

Mia hizo los doce minutos de Belltown a Wedgwood con un táper lleno de brownies en el regazo. El táper estaba más caliente de lo que debería. Cheryl se lo había puesto a Mia en las manos en el vestíbulo con una solemnidad que no admitía réplica.

—¿Qué hay en el táper, ratoncita?, pregunté.

—Brownies —dijo Mia.

—¿Los has hecho tú?

—Los ha hecho Cheryl. Yo he lamido la cuchara.

—Eso cuenta.

—Contar es lamer la cuchara. Papá.

—Ratoncita.

—Lena ha dicho que viene a las once y media.

—Lena viene a las once y media.

—Tú has dicho a las once.

—Para nosotros. A las once y media para Lena. Tenía que pasarse por el estudio.

—¿Qué es un estudio?

—La habitación de Lena con los cuadros.

—¿Por qué tiene una habitación con cuadros?

—Porque pinta. Ratoncita, mira por la ventana. Hay un perro.

Miró por la ventana. No había ningún perro. Cuando decidió que le estaba mintiendo, ya habíamos doblado la esquina.

El arcén frente a la casa de Evelyn ya estaba ocupado (la furgoneta de Lara, un familiar que no reconocí), así que aparqué dos casas más arriba. Una bicicleta yacía de lado en el césped, con flecos rosas en el manillar. Un hombre dos casas más arriba regaba un jardín que no lo necesitaba.

La verja estaba abierta. Evelyn estaba delante, en unos vaqueros que nunca le había visto, sujetando una tablilla sin ningún motivo aparente.

—Alex.

—Evelyn.

—Mm.

—La ratoncita ha traído brownies.

—Ratoncita, dámelos. Los brownies van en la mesa larga con el mantel azul. No tropiecen con la manguera.

—No voy a tropezar.

—Tampoco con Biscuit. Biscuit está aquí.

—Cheryl ha traído a Biscuit.

—Cheryl todavía no ha llegado. Cheryl trajo a Biscuit y se fue a casa a buscar una ensalada.

Mia no dijo nada a eso y se fue a buscar a Biscuit.

El jardín era más grande de lo que sugería la fachada. En el rincón del fondo había un arce lo suficientemente viejo como para dar sombra a la mitad del espacio. Una mesa plegable larga ocupaba la terraza, cubierta con un mantel azul perfectamente planchado. Sillas plegables en dos filas escalonadas. Una barbacoa. Los niños corrían en círculo alrededor de un aspersor que nadie había colocado allí pero del que Hannah se había hecho cargo. Sara la había dejado de camino a su turno, porque alguien tenía que estar detrás de la barra del Anchor los sábados y ese alguien era Frank.

Chris estaba en la barbacoa con una espátula en una mano y una cerveza en la otra, contándole a Ben algo sobre un edificio que Ben había diseñado.

Ben estaba sentado en una silla plegable junto a la barbacoa, con una cerveza sin abrir, en chinos y una camisa blanca limpia.

A su lado, en la siguiente silla plegable, con un tobillo cruzado sobre la otra rodilla y una cerveza que ya llevaba medio bebida, había una mujer que no conocía.

—Alex —dijo Chris—. Trae al niño. Necesitamos una voz sensata.

—Mia está con Biscuit.

—Entonces tráete a ti mismo. Hola.

—Hola, Chris. Hola, Ben.

—Alex. —Ben me brindó con su cerveza—. Te presento a Sophia.

—Sophia, hola.

El apretón de manos fue más firme de lo que esperaba. Ella notó mi mirada y se encogió de hombros.

—Perdona. Modo reunión de obra. Soy arquitecta.

—Desde hace veinte años —dijo Ben.

—Ben y yo coincidimos en Cornell. Él estaba un curso por encima de mí. Me dejó copiar sus apuntes de estructuras en un semestre que no tendría que haber superado.

—Pero lo superaste.

—Porque Ben Thompson es muy generoso tomando apuntes.

Ben miró su cerveza. —Los superaste porque te los leíste.

—Me los leí porque Ben Thompson tiene una letra legible.

Él le sonrió a su cerveza. No levantó la vista. Sophia lo observó un latido de más mientras él no levantaba la vista, y luego se volvió hacia mí.

—Mia es tuya —dijo.

—Mia es mía.

—Ben me habló de Mia. El asma. Lo sentí mucho.

—Está mejor.

Ella asintió. —Ben me lo dijo. Dijo que tenías a alguien... dijo que en casa hay alguien que la cuida muy bien.

—Elena.

—Elena. Sí.

Lo dejó estar. Por eso me cayó bien. Me cayó bien de todas formas. Si debía preocuparme por el hecho de que estuviera allí, todavía no podía saberlo.

Linda Donovan se acercó desde la mesa de la comida con una fuente de algo verde en el brazo. El pelo castaño recogido hacia atrás. Una camisa de lino arremangada hasta los codos. De nariz se parecía a Chris.

—Alex Harrington —dijo. Depositó la fuente en la mesa entre Chris y yo.

—Linda Donovan.

—La hermana de Chris.

—La hermana mayor de Chris.

—¿Cuánto mayor?

—Dieciocho meses. Él siempre lo minimiza.

—No lo minimizo —dijo Chris sin apartar la vista de la barbacoa.

—Lo minimiza. Llevo encima las partidas de nacimiento por si alguna vez las necesitas.

No se sirvió nada del vino que había traído Sophia. Estaba en la ciudad durante el puente; sus mellizos estaban con su exmarido; Chris me lo había contado el martes en el Rusty Anchor, tres frases sin adornos.

Harper Jenkins llegó poco después por la verja, con una chaqueta vaquera y unas botas que aguantaban bien en el césped. Chris le hizo una seña para que se acercara.

—Alex. Harper Jenkins. Harper organiza eventos. Harper se encarga de vuestra fiesta del cierre en junio, si decides dejarla.

—Harper, hola. Todavía no he decidido si voy a celebrar nada.

—Por eso no estamos en una reunión —dijo Harper—. Tengo un sobrino en Emerald Tots. He venido por un perrito caliente.

—¿Cómo se llama tu sobrino?

—Lukas.

—Lukas, el de los náuticos.

—Lukas, el de los náuticos.

—Es un niño serio.

—Es un niño muy serio. No sabemos a quién ha salido. Su madre es un payaso.

Chris gritó desde la barbacoa: —La hermana de Harps lleva la panadería de la calle 45.

—Mi hermana va siempre con harina en el pelo. Su hijo lleva náuticos. El genoma es un misterio.

Se fue sin presentaciones hacia donde estaba Hannah, se agachó porque Hannah tenía el mando del aspersor, y en noventa segundos Hannah había decidido que Harper ya era suya.

La verja chirrió. Elena entró, con una camisa amarilla que no le había visto antes y el bolso de lino que se había llevado al estudio por la mañana; la correa le cruzaba el pecho en diagonal. Se detuvo en la verja para decirle algo a Evelyn que la hizo reír, y luego cruzó el césped en busca de Mia.

A mí todavía no me había buscado.

Primero encontró a Mia, que estaba sentada encima de Biscuit en el césped junto a Lily, mientras David se agachaba a su lado y les contaba algo sobre las orejas del perro. Elena se dejó caer al suelo junto a ellos en un solo movimiento. Mia rodó desde Biscuit directamente al regazo de Elena. Lily puso una mano en la rodilla de Elena y la dejó allí.

David levantó la vista y se acercó a mí.

—Esa es Elena.

—Esa es Elena.

—Creo que no nos hemos conocido todavía.

—No os habéis conocido. Ahora os la presento.

—No la traigas todavía. Está ocupada.

La observó. No dijo nada. Me había llevado al funeral de mi mujer con exactamente esa misma expresión. Hora y media por la I-5 casi sin decir una palabra.

—Alex.

—Sí.

—Me alegro.

—Sí.

—Alegrarme es la palabra correcta. La busqué de camino aquí, y la que encajaba era: alegrarme. Lily quería saber si podía llamarla Lena. Le he dicho que se lo preguntaras a Mia.

—Para Mia, todo el mundo puede llamarla Lena.

—Se lo digo a Lily.

No se movió. Siguió mirando a Elena.

—Tienes cara de hombre al que las mañanas le han cambiado —dijo en voz más baja.

—Han cambiado.

—Bien.

Volvió al césped y se sentó junto a Lily. Lily le dijo algo. Elena se rio. Mia, en el regazo de Elena, dijo: —Lena lo hace mejor —, algo que desde la terraza no podía oír, pero que la había escuchado decir tantas veces que me bastaba con leerle los labios.

En la terraza, con la cerveza que Chris me había puesto en la mano sin pedirme permiso, observé a Elena en el césped con mi hija, la hija de otro y el perro de otro.

La camisa tenía un amarillo que nunca antes había llevado. El pelo recogido, como lo llevaba en el estudio. Estaba sentada con las piernas cruzadas, Mia entre sus rodillas y Lily apoyada en su espinilla, las manos moviéndose con un gesto de pintora que las dos niñas seguían fascinadas, y se reían.

La quiero, pensé. Me bebí la cerveza.

Chris, desde la barbacoa, dijo algo estúpido. Lo dijo bastante alto para que se oyera en todas partes: —Alex. A esa tendrías que casarte.

Todo el jardín lo oyó. Linda Donovan dejó la cuchara de servir en la mesa de la comida. Sophia giró la cabeza tres grados hacia Ben y luego la volvió. Ben apretó la mano alrededor de su cerveza.

—Chris.

—¿Qué? Si es que soy un romántico.

—No eres ningún romántico. Estás en una barbacoa.

—El romanticismo ocurre en la barbacoa.

—Déjalo. Hoy no.

Me miró. No replicó. Asintió una vez y le dio la vuelta a las hamburguesas.

Ben no se había reído. Al cabo de un minuto interceptó mi mirada y ladeó un poco la cabeza: ven. Sophia se había ido a la mesa de la comida a hablar con Linda Donovan. La silla junto a Ben estaba libre, y crucé la terraza y me senté con él.

—Thompson.

—Harrington.

—¿Cómo va?

—Bien.

Esperó. Bebí de la cerveza que me había dado Chris. Al cabo de un minuto dije otra vez: —Va bien.

Asintió. Bebió por primera vez de su propia cerveza.

—Sophia —dije.

—Sophia.

—Cornell.

—Cornell.

Ben miró el césped. —Veinte años son mucho tiempo para conservar unos apuntes de estructuras.

—Ya me lo contarás.

—Sí.

Eso fue todo lo que se habló. Él miró el césped. Yo miré el césped. Mia estaba de pie ahora sobre las rodillas de Elena, con los brazos extendidos para guardar el equilibrio, explicándole a Lily con todo lujo de detalles cómo se es un árbol. Al otro lado de la terraza, Ethan había entrado por la puerta lateral y se había quedado con la mano en el poste de la verja un momento demasiado largo antes de entrar. Vio que Ben lo había notado. Asintió. No se acercó todavía. Se fue al arce del fondo del jardín y se sentó

con la espalda contra el tronco, y Evelyn salió un rato después con un vaso de agua, lo dejó en silencio en el césped a su lado y se marchó.

En la comida, tal como se había anunciado, no hubo catering. Linda Donovan había traído judías verdes con almendras. Harper había traído panecillos de la panadería de la calle 45 que dirigía la madre de Lukas. Sophia había traído la botella de vino, dicho: —Yo no cocino, yo abastezco —, y nadie le pidió cuentas por ello. Lara había traído una ensalada verde. Diego no había venido —cocina de sábado—, pero había mandado una sartén enorme de arroz con pollo con Maria, que apareció más tarde con la sartén en brazos junto con las disculpas de Diego y su propia opinión sobre las disculpas de Diego, y me expuso ambas cosas antes de siquiera decir hola.

—Dice que lo siente, Alex. Yo digo que es sábado, ¿qué esperaba? Digo además que esto es más pollo del que has visto en la vida en un jardín, y te lo vas a comer ahora mismo.

—Maria.

—Hola.

Me dio un beso en la mejilla. Cruzó el césped hacia su hermana. Elena la vio llegar y se levantó, y las dos se apoyaron la frente contra la frente durante medio latido. Luego Maria se sentó en el césped con Mia y Lily y se quejó en voz alta en spanglish de la temperatura del arroz.

Más tarde Mia se sentó en el regazo de Elena. Al poco rato se quedó dormida, los rizos de Mia apoyados en la clavícula de Elena, la mano de Elena en la espalda de Mia sin moverse. Elena vio que me había dado cuenta. Sacudió la cabeza una sola vez, ese medio gesto suyo —no la muevas todavía—, y yo volví a sentarme.

Durante un rato la conversación siguió a nuestro alrededor. Chris le contaba a Linda Donovan una historia sobre un edificio junto al que habían crecido y que ya no existía. Sophia y Ben se habían arrimado a la misma silla

plegable y no se tocaban, pero tampoco dejaban de no tocarse. Harper estaba en el césped con Hannah, que le estaba enseñando un baile. David comía queso. Maria estaba en el césped con Lily, que había decidido que Maria era una segunda Lena y se comportaba en consecuencia. Ethan seguía junto al arce. El vaso de agua lo había vaciado; solo le quedaba la cerveza en la mano, todavía intacta.

Al cabo de un rato Elena me hizo un gesto con la cabeza. Ahora. Crucé el césped y me agaché, pasé las manos por debajo de Mia y la alcé en brazos. Ella se acurrucó contra mí sin despertarse, la cabeza en el hueco de mi cuello, el puño aferrado a mi camisa. Elena se levantó a mi lado. Cogió el bolso de lino, su propio vaso y el vasito de zumo vacío de Mia, y cruzamos el césped juntos. Evelyn nos interceptó en la verja.

—Mm —dijo Evelyn.

—Gracias, Evelyn.

—Mm. Los brownies estaban buenos.

—Los ha hecho Cheryl.

Abrió la verja. Elena la sostuvo desde el otro lado. Salimos juntos a la calle, Mia pesada en mis brazos, como pesa una niña de tres años dormida. Caminamos las dos casas hasta el coche, el bolso de lino al hombro de Elena, la mano libre a medio centímetro de mi codo, sin tocarme, pero lista.

Elena abrió la puerta trasera sin que tuviera que pedírselo. Puse a Mia en la sillita, abroché el arnés y cerré la puerta. No se despertó.

En la acera Elena estaba de pie con la mano en la correa de su bolso.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

Me observó.

—Chris.

—Chris es Chris.

—Le oí. Linda Donovan también. Y Sophia.

—Me lo imaginaba.

—Estaba bien así, Alex.

—No lo estaba, pero se arreglará.

Me puso la mano en la nuca un momento. El pulgar cálido en mi nacimiento del pelo. Quise apoyarme en ella, pero no lo hice, porque Mia estaba a solo un metro en el asiento de atrás y el hombre de arriba en la calle seguía regando su jardín. Luego me soltó y subió al coche.

En el asiento del conductor me quedé sentado un minuto antes de arrancar. Mia dormía atrás. Elena miraba el móvil en el asiento del copiloto. Maria escribía en spanglish en minúsculas; podía leerlo en la boca de Elena.

—Maria —dijo.

—¿Qué dice?

—Dice que Diego dice que el pollo estaba bueno y que cocinar para ti es más fácil de lo que le había dicho.

—¿Y tú qué le habías dicho?

—Le dije que eres del tipo sándwich.

—Soy del tipo sándwich.

Levantó la vista del móvil. —Diego no cree en los tipos sándwich.

—Diego hizo el pollo sin conocer siquiera al tipo sándwich.

—Diego confía en Maria.

Arranqué el coche. En el retrovisor vi a Mia en su sillita, la boca levemente abierta. Arranqué.

Capítulo 17

Elena

El martes fue de los de siempre. Mia se había bañado, le habían leído un cuento y dormía, salvo por la página extra sobre la que llevaba negociando desde abril. En la cocina reinaba cierto estado de guardia; Alex había medio vaciado el lavavajillas y tenía un trapo de cocina colgado del hombro, y yo estaba sentada en la encimera frente a la segunda mitad de una copa de vino tinto, mientras el escurridor de pasta seguía en el fregadero porque ninguno de los dos había decidido de quién era esa tarea.

María había mandado un mensaje antes para preguntarme si ya había comido. Le respondí que sí, lo cual era verdad. No le dije que esa comida consistía en una rebanada de pan con mantequilla que me había tomado a las cuatro en el estudio, lo cual ella habría clasificado como *no has comido nada, Elena*.

El vino era un Chianti que Diego le había enviado a Alex el viernes en una bolsa de papel sin tarjeta. Se lo había puesto en la mano en silencio en el reservado de la esquina. La botella era para mí, porque Alex entre semana no bebía vino tinto. —Me encanta el tinto, solo que no lo combino con los correos electrónicos, mi amor.

—Agua de pasta —dijo Alex desde el lavavajillas.

—Ya lo veo. El escurridor y yo llevamos negociando desde las nueve.

—No es una queja.

—Solo una observación.

Le sonrió al cesto de los platos. En KEXP sonaba algo que no conocía.

El móvil estaba boca abajo en la encimera, junto al cuenco con la fresa blanda que llevaba dos días queriendo tirar.

El móvil sonó.

Lo di la vuelta. En la pantalla ponía CARLOS.

El reloj de la cocina tiene segundero. *Uno, dos, tres.* Descolgué.

—Elena.

La voz no había cambiado. Seis meses no habían sido suficientes para cambiarla.

—Carlos.

—Yo —

—No.

—Elena, solo —

—No.

Entré en el contacto, pulsé *Bloquear llamante*, confirmé la selección y dejé el móvil. Once segundos, decía el reloj.

Alex había dejado de vaciar el lavavajillas. El trapo seguía colgado del hombro. Escuchaba.

El vino de mi copa desapareció sin ceremonia. No por valentía. Por el vino.

—Era Carlos —dije.

—Bien.

—Mi ex.

—Bien.

—Tres años. Los Ángeles. No me pegó. Esa parte te la conté en marzo.

—Sí.

—Me fue haciendo pequeña. Durante tres años. Tomaba decisiones sobre mis amigos, sobre mi trabajo, sobre el color del vestido que llevaría a la boda de mi primo. Y yo se lo permití porque creía que eso era lo que significaba seguir juntos. Me fui en julio. Desde enero no había sabido nada de él. Acaba de llamar. He cogido el teléfono porque su nombre aparecía en la pantalla y quería saber si podía escuchar su voz sin hacer nada al respecto. He podido. He dicho que no. He colgado. He bloqueado el número.

Entonces hice una pausa. Alex no me interrumpió. Estaba apoyado en la encimera, con las palmas planas sobre ella, el trapo todavía en el hombro y la cabeza ligeramente ladeada.

—Necesitaba decírtelo —dije—, porque en este tipo de relación no tengo secretos.

Asintió. Cogió el trapo del hombro, lo dobló una vez y lo dejó en la encimera.

—¿Qué necesitas?

—Nada.

—Dímelo dentro de una hora si eso cambia.

—Lo haré.

Miró el móvil, pero no lo cogió. Me miró a mí y sostuvo la mirada un latido de más. Rodeó la encimera y me puso la mano en la espalda durante dos segundos. No me dio un beso en la cabeza. Volvió al lavavajillas.

El vino se había acabado. La botella estaba abierta y Diego la había elegido para Alex, así que me serví medio vaso más. El escurridor salió del fregadero, se aclaró y quedó boca abajo sobre el trapo junto a los fogones, que era desde el principio la respuesta a la pregunta de de-quién-es-esa-tarea.

—Alex.

—¿Sí?

—Puedes preguntarme cosas.

—Lo sé.

—Te lo diría. También te diría si hubiera cosas sobre las que necesitara pensar antes de contártelas. Pero puedes.

—De acuerdo.

Giró el botón del lavavajillas. La máquina emitió su suave zumbido de arranque, que sonaba como un suspiro.

—Dijo que lo sentía —dije después de un momento—. Por teléfono. No terminó la palabra. Dijo: *Lo*. Ese *lo* iba a convertirse en *lo siento*. Siempre era así. Antes lo decía los martes en la cocina, después de los domingos.

—Hm.

—Conozco ese hm.

—¿Cuál?

—El que significa que tienes algo que decir, pero esperas a que yo llegue sola a la conclusión.

—Exactamente ese.

—Di tú. Ya he terminado.

Le sonrió al suelo. Rodeó de nuevo la encimera, me cogió la mano, la giró con la palma hacia arriba, la sostuvo un segundo, la dejó y volvió al lavavajillas.

—Lo que tengo que decir —dijo— es que estoy enfadado con él por lo que te hizo, y esta noche no quiero ser útil en ese sentido, porque cuando te he preguntado has dicho que no necesitabas nada, y nada es lo que voy a darte.

—Alex.

—Te cuento cómo estoy por dentro para que sepas que está ahí. No voy a hacer nada con ello. No hacer nada es lo que hago.

—De acuerdo.

—De acuerdo.

El suspiro que solté fue más largo de lo que esperaba. El lavavajillas zumbaba. El móvil no volvió a sonar.

María llamó hacia las nueve.

El móvil sonó tres veces antes de que yo cogiera, porque quería estar haciendo otra cosa en el momento de descolgar. Iba a secar un plato. No había ningún plato que secar. Descolgué mientras sostenía la copa de vino.

—Hola —dije.

—Has comido.

—Pan. El pan es un alimento, María, antes de que empieces.

—El pan es una base. Ya te lo he dicho. ¿Qué comiste antes o después del pan?

—Ha llamado.

Hubo un silencio de un latido que pude escuchar a través del teléfono.

—Carlos —dijo ella.

—Carlos.

—¿Cuánto tiempo?

—Once segundos.

—Elena.

—Cogí el teléfono. Dije su nombre. Dije que no. Colgué. Bloqueé. Alex estaba aquí. Se lo he contado a Alex.

—Se lo has contado a Alex.

—Todo.

—Bueno.

—Hermana.

—Hermana.

—¿Cómo estás?

—Cansada. Pero bien. Estaba claro que llamaría en algún momento. Ha llamado. Tenía una respuesta preparada sin saber que la tenía preparada. La respuesta era no. Ahora voy a terminarme este Chianti, ver con Alex algo horrible en la tele e irme a la cama.

—¿Qué de horrible?

—Ese programa de cocina con el británico que grita.

—A Diego le encanta ese.

—A Diego le encanta porque así se siente europeo.

—Mm.

—María.

—Sí.

—No se lo cuentes a mamá.

—No tenía intención. No hasta que estés lista. ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Estará lista cuando llegue el momento. Yo no le cuento a mamá nada que no pueda incluir en su rosario.

—Gracias.

—De nada. Come algo de verdad. Te amo.

—Te amo.

Ella colgó primero.

El lavavajillas había llegado al segundo ciclo. Alex estaba en el sofá, con los pies con calcetines sobre la mesita de centro y el mando a distancia todavía sin coger.

Me acerqué con la botella y las dos copas, la suya y la mía, aunque había dicho que no combinaba el tinto con los correos electrónicos, porque los correos sobrevivirían al martes. Cogió la copa.

—No tienes por qué bebértelo.

—Pero lo haré.

—Diego se va a sentir muy satisfecho consigo mismo.

—Que le aproveche.

La manta azul era de Linda, pero Mia la deja en el sofá las noches en que no tiene frío, y desde abril eran la mayoría. La estiré sobre los dos. Nuestras rodillas se rozaron como se rozan las rodillas cuando ya no hay más que decir.

Encontró el programa de cocina. El británico le estaba gritando en ese momento a una chica joven que había salado demasiado una salsa.

Estuvimos once minutos mirando sin hablar. Alex se rió una vez de algo que dijo el británico. Yo me reí una vez de algo que respondió otro británico. La risa era suave. No era por el programa. Era por la habitación, que simplemente era una habitación; por el vino, que simplemente era vino; y por el móvil, que estaba boca abajo en la encimera y no estaba en ninguna de nuestras manos.

—Alex.

—¿Sí?

—Qué callado estás.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque hace una hora dijiste que no necesitabas nada, y yo dije que no te daría nada hasta que eso cambiara.

—Ha pasado una hora.

—¿Sí?

—Sí.

—Entonces tengo una cosa.

—De acuerdo.

Se giró un poco hacia mí en el sofá. El británico seguía gritando en la pantalla. Alex le quitó el sonido.

—Estoy orgulloso de ti —dijo.

—Para.

—¿Por qué no?

—Porque eso convierte esto en un gran momento, y yo no quiero un momento. Quiero un martes.

Se rió una vez, breve y en voz baja, dentro de su copa. Asintió.

—Martes —dijo.

Volvió a poner el sonido al británico. La chica joven rehízo la salsa. Le añadió nata. El británico describió la nata como cobardía. Alex dijo que era una buena palabra para eso, y yo dije que no, no lo era, y él dijo que no, tienes razón, no lo es, y el británico se volvió hacia otra víctima, y nosotros también le miramos.

Mia tosió una vez a través del interfono. Los dos nos quedamos quietos. La tos no fue a más. Volvió a convertirse en una respiración tranquila. Alex no puso la mano sobre el interfono.

Al cabo de un rato, mi cabeza estaba en su regazo, su mano estaba en mi pelo, y la dejó ahí.

—Estoy aquí —dijo después de otro buen rato.

—Lo sé.

—Dímelo mañana por la mañana si eso cambia.

—Igualmente.

Sonrió contra mi pelo. Noté la sonrisa. El británico en la pantalla silenciada estaba ahora en otra cocina con otra nata.

Cerré los ojos durante lo que me vendí a mí misma como un minuto.

Eran casi la una cuando me desperté. Mi mejilla estaba apoyada en su muslo, y la costura del pantalón de chándal había dejado una marca en mi cara. El televisor estaba apagado. La manta azul nos cubría a los dos. Alex se había dormido con la cabeza echada hacia atrás, su mano todavía en mi pelo, ahora muy suavemente.

No me moví. El minuto se fue alargando. Mia no tosió en el interfono. Alex respiraba sobre mí. El edificio hacía esos ruidos que hacen los edificios a la una de la madrugada, que casi siempre eran el ascensor encajando en una planta en la que no estaba.

Luego nos levanté a los dos. Fuimos juntos al dormitorio; la manta arrastraba por una esquina detrás de mí. Él me pasó el brazo por la cintura. Los dos móviles se quedaron boca abajo en la isla de la cocina.

Capítulo 18

Alex

La reserva era para las doce y media en un local de Mercer Island al que Susan llevaba años perteneciendo como socia. Servilletas de hilo en servilleteros. Una terraza con vistas a un puerto deportivo donde no había ningún barco porque era un miércoles de principios de junio y la gente que tenía allí sus embarcaciones estaba trabajando. Mia estaría en Emerald Tots hasta las cinco. Elena iba en el asiento del copiloto con un vestido que yo nunca le había visto, y llevaba los pendientes que María le había traído el domingo en una pequeña bolsita de terciopelo.

—Manteles —dijo Elena cuando cruzamos el puente.

—Servilletas de tela —dije yo.

—Dobladas en servilleteros.

—En forma de delfín, si eres cliente habitual.

—¿Tú eres cliente habitual?

—No.

—¿Susan?

—Sí.

Asintió en dirección al parabrisas. Tenía la mano sobre su propio muslo, no sobre el mío. Hoy no íbamos cogidos de la mano porque hoy no era un día para ir cogidos de la mano, y eso lo habíamos decidido cada uno por nuestra cuenta, en nuestras respectivas cocinas.

La decisión que había tomado esa mañana en la ducha era que no iba a llevarle la contraria a Susan en su propia mesa delante de Elena, porque hacerlo en su propia mesa delante de Elena le transmitiría a Elena que yo creía que necesitaba que alguien saliese en su defensa. Elena no necesitaba que nadie saliese en su defensa. Elena era la persona más serena que había cruzado nunca un puente a mi lado.

Mark estaba en la puerta. Llevaba corbata. Le dio un beso en la mejilla a Elena antes de que yo pudiera presentarlos, dijo *hijo, esta debe de ser Elena*, le explicó que era más guapa que el cuadro que Mia le había pintado el domingo pasado y la acompañó al interior con la mano en su espalda baja.

Susan ya estaba sentada a la mesa. Tenía las manos cruzadas sobre la carta, que no había abierto porque llevaba años pidiendo la misma ensalada Cobb, sin beicon y con queso azul extra. Se levantó a medias cuando Elena llegó a la mesa. No le tendió la mano.

—Elena.

—Susan. Muchas gracias por la invitación.

—Siéntese, por favor. La luz es mejor por este lado.

La luz era igual en los dos lados. Elena se sentó donde Susan señaló. Mark se sentó enfrente de ella. Yo me senté al lado de Elena. El orden en la mesa

era obra de Susan. La mesa era el territorio de Susan. La carta que Elena consultaba en ese momento pertenecía a Susan. Bebí el agua.

—¿A qué se dedica usted, Elena? —preguntó Susan cuando trajeron el pan.

—Soy pintora.

—Qué encantador. ¿Óleos?

—Sobre todo acrílico. Algo de técnica mixta. El sábado tengo una exposición en una galería de Pioneer Square.

—Qué encantador —repitió Susan, con el mismo tono de antes—. ¿Y se puede vivir de eso?

—A veces.

—Hm.

Mark dijo desde el otro lado de la mesa:

—Alexander me dice que expones diez cuadros. ¿Diez, hijo?

—Diez —dije yo.

—Once ya —dijo Elena, sonriéndole a Mark—. Mia me ha hecho uno.

Mark soltó una carcajada breve y queda.

—Vaya, es verdad.

—Tres figuras bajo las estrellas. Lo colgaré en la pared.

—Entonces tendré que ir a verlo —dijo Mark.

Susan pasó una página de la carta que no necesitaba leer.

—¿Cuánto tiempo lleva en Seattle, Elena?

—Casi un año. Vine el verano pasado y me quedé.

—No mucho tiempo.

—No.

—Hm.

Sirvieron las ensaladas. Mark empezó a contar algo sobre una visita al especialista de espalda que había ido bien. Habló de ello más tiempo del que había durado la consulta. El silencio era justo lo que necesitaba. Elena le preguntó a Mark qué tal le habían sabido a Mia las fresas del huerto. Mark se animó de verdad. Le fue nombrando las cuatro variedades y le describió cómo Mia se las había ido comiendo una a una. Elena se rió. Susan observó a Elena mientras se reía.

Hacia el final del plato principal, Susan dejó el tenedor. Colocó el cuchillo en el borde del plato.

—¿Cuáles son sus planes, querida?

Elena no me miró. Eso me alivió, y me llenó de orgullo.

—El sábado tengo una exposición —dijo—. Después, más exposiciones. Estoy trabajando en una serie que me gustaría terminar para noviembre.

—¿Y después?

—Más exposiciones, Susan.

—Hm.

Mark dejó el tenedor.

—Susan, el Cobb.

—El Cobb está bien, Mark.

—Nunca está bien sin más. Siempre les dices que está bien.

—Hoy está bien.

—Está tan bien —le dijo Mark a Elena con una pequeña mueca—, como estaba bien nuestra cena de aniversario en 2004. Susan pidió hablar con el encargado. Vino el encargado. El hombre escalfó el salmón en nuestra propia mesa.

Elena se rió. La risa era ligera y genuina y aterrizó exactamente donde Mark la había lanzado. Susan sonrió —a Mark, no a Elena—, cogió el vaso de agua y lo volvió a dejar sin beber.

Yo no dije nada. Estoy sosteniendo mal la posición, pensé. La seguí sosteniendo.

Café. Mark pidió uno descafeinado. Susan pidió uno solo. Elena pidió uno normal, lo que Susan registró sin comentarlo. El camarero, que conocía a Susan lo suficiente para no preguntar dos veces, no me trajo un cuarto.

—Mia vendrá a casa para su cuarto cumpleaños —dijo Susan, removiendo un café al que no le había añadido nada.

—Sí —dije yo.

—El primer fin de semana de septiembre. La tenemos el sábado y el domingo.

—Sí.

—El hermano de Mark sube desde California.

—Qué bien —dijo Elena—. Mia quiere mucho a David.

—Se llama Daniel.

—Daniel. Perdona. Mia me había hablado de un David en Seattle, y yo…

—No importa —dijo Susan.

No era un *no importa* del mismo modo en que la cena de aniversario de Mark no había estado *bien*, pero no dije nada. El camarero me trajo la cuenta. Susan alargó la mano. Se la dejé coger. Pagó en efectivo.

Después de comer salimos del restaurante. Mark abrazó a Elena en la acera durante tres segundos. Susan le rozó el hombro a Elena durante menos tiempo que eso y se volvió hacia el aparcacoches para que trajesen el coche.

—Conduce con cuidado, hijo —dijo Mark.

—Mark.

—Dile a Mia que la veremos en julio.

—Sí.

Me miró un segundo más de lo necesario y volvió junto a Susan, que ya estaba en el asiento del copiloto del Mercedes con las gafas de sol puestas. Le cerró la puerta. Siempre lo había hecho.

Por la I-90 hacia el oeste. El lago a ambos lados. Elena tenía las manos en el regazo. No puso la radio. No me miró. Durante casi tres kilómetros se quedó mirando el agua por la ventanilla del copiloto.

Se apartó de la ventana.

—¿Qué te dijo Susan antes sobre mí?

—Elena.

—Dímelo.

Las manos estaban en las diez y las dos del volante.

—Dijo: *Espero que seas prudente con la chica de repuesto, Alexander.*

Elena no se movió.

—El domingo en la acera, cuando fui a recoger a Mia. Hace tres semanas.

—¿Y?

—Le dije que no eras la chica de repuesto. Le dije que eras la mujer de la que estoy enamorado. Le dije que aprendería tu nombre antes de volver a ver a Mia.

—Tres frases.

—Tres frases.

—¿Y la comida?

—La llamé el martes. Tuvimos una conversación larga. La comida fue lo que ella pidió. Acepté porque quería que estuvieras en la misma habitación que ella. Pensé que si te conocía, reconocería lo que yo había reconocido.

—Y no me lo dijiste.

—No.

—¿Por qué?

Conduje un cuarto de milla antes de responder, porque la respuesta tenía que ser verdadera y no solo la que sonaría más suave.

—Porque pensé que podría arreglarlo con ella sin que tú supieras el alcance de lo que tenía entre manos.

Guardó silencio medio kilómetro. Pasamos la segunda salida después de Mercer Island. El lago por el lado sur era liso y gris.

Seguía mirando el agua.

—Llévame al estudio, por favor. No a casa.

—De acuerdo.

—Por favor.

—Sí.

No dijo ni una palabra más durante los dieciocho minutos que tardó el trayecto desde el puente hasta su edificio en Capitol Hill. Yo no puse la radio. No puse la mano en la palanca de cambios, donde a veces ella apoyaba la suya. Mantuve las dos manos en el volante, respeté el límite de velocidad y detuve el coche por completo en cada señal de stop de la Pine. Cuando paré frente a su edificio, ella ya tenía la mano en la puerta antes de que el coche se hubiera detenido del todo.

—Elena —dije.

Se detuvo.

—Lo siento.

Asintió. No me miró.

—Te quiero.

—Lo sé. Ese no es el problema.

Bajó del coche. Cerró la puerta. No la dio un portazo. Caminó hacia el vestíbulo; el vestido seguía arrugado del rato sentada y el bolso de lona le colgaba del hombro. Un vecino estaba junto a los buzones con un montón de correo y unas gafas de lectura encima de la cabeza. Le sujetó la puerta en silencio. Ella no miró hacia atrás al coche.

Me quedé sentado en el coche un minuto antes de arrancarlo.

El minuto se extendió. La radio se encendió cuando giré la llave. La apagué. Cogí el enlace de vuelta a la I-5 y fui a casa con mi hija, que estaba en calcetines en la puerta del apartamento de Cheryl con una galleta Graham en la mano y la lengua de Biscuit lamiéndole la muñeca.

—Papá.

—Ratoncita.

—¿Dónde está Lena?

—En su estudio. Está colgando los cuadros.

—Para la exposición.

—Para la exposición —dije, y la cogí en brazos.

—Vale.

Se dejó llevar a casa en brazos. Cheryl estaba en el marco de la puerta; ya le había quitado la correa a Biscuit porque Biscuit no iba a ningún sitio de todas formas.

—Cariño.

—Cheryl.

—¿Estás bien?

—No.

—Hm. ¿Quieres que me la quede otra hora? Puedes entrar un momento y sentarte.

—Estoy bien. Gracias. Ahora la necesito conmigo.

—Hm.

Cerró la puerta detrás de nosotros. Preparé la cena mientras el móvil estaba boca abajo en la encimera. Le leí a Mia un cuento sobre un conejo que había ido a algún sitio y había vuelto. La llevé a la cama. Bien entrada la noche me acerqué a la puerta de su habitación y la escuché respirar durante un minuto, como llevaba haciendo tres años, y su respiración era acompasada y el pequeño ventilador de su cuarto movía la cortina.

Pensé en llamar. No llamé.

Capítulo 19

Elena

El estudio aquel sábado por la mañana a las nueve tenía el aspecto que tiene un estudio cuando alguien ha dormido en él tres noches seguidas sin decírselo a nadie. Las persianas estaban bajadas. Los dos cuadros que llevaba desde el miércoles intentando salvar en vano descansaban sobre los caballetes de espaldas a mí y mirando hacia las ventanas, porque las ventanas eran el lugar desde el que los cuadros no podían verme, según había decidido. Pinceles en tres tarros sobre la mesa larga. Una lata de café con agua fría que había usado el jueves por la tarde y había olvidado vaciar, con amarillo de cadmio medio flotando gris en la superficie. Dos tazas de café en el aparador, una fregada, la otra servida después y sin beber. El colchón hinchable estaba en el suelo del cuarto de trabajo, con la manta verde y una almohada sin funda y un libro de bolsillo que Diego me había regalado en febrero y que nunca había abierto.

Me había alimentado de la bodega de la esquina de Pine con Bellevue. Un sándwich de queso el miércoles. Un sándwich de queso el jueves. Una manzana. Una bolsa de chips de plátano macho. Tres rebanadas de pan con mantequilla de la nevera del estudio. El trozo de pan dulce de Diego que había guardado en papel de aluminio para una emergencia. La emergencia había llegado el jueves a las tres de la tarde. No sé qué convierte un jueves a las tres en una emergencia. Había decidido que la incapacidad de cruzar la calle hasta la bodega debía contar como tal.

Alex había escrito dos veces. El primer mensaje el miércoles por la noche: *Lo que necesites. Aquí estoy.* El segundo el viernes por la mañana: *Mia ha preguntado dónde estás. Le he dicho que en el estudio. Ha dicho vale.* Había leído los dos en el minuto siguiente a recibirlos y no había respondido a ninguno. Había redactado un borrador de respuesta al segundo —*dile que la quiero*— y no lo había enviado, porque no quería que fuera él quien llevara esa frase hasta ella esa semana.

El mensaje de Maria llegó el sábado por la mañana a las ocho: *vengo con tamales no me digas que no*. No le había dicho que no. Le había escrito: *trae café*. Ella había respondido: *bueno*.

Entró con la llave que Diego le había mandado copiar dos meses antes en la ferretería de la Doce. Había pasado veinte minutos en el mostrador explicándole al hombre que hacía las copias por qué éramos una familia que necesitaba tres juegos de una llave. El hombre hizo tres. Yo tenía dos. Maria tenía una.

Entró con las zapatillas de correr con las que no había corrido desde 2019, los vaqueros doblados una vez, un sudadera de Diego que le llegaba hasta las rodillas. Dejó una bolsa de papel junto a los pinceles sobre la mesa larga. Puso un vaso de café para llevar delante de mí. Miró el cuadro del caballete de la derecha. Miró el cuadro del caballete de la izquierda. Me miró a mí.

—Hermana.

—Hola.

—Hueles a trementina.

—Lo sé.

—Eso es algo que dices cuando quieres que deje de preguntar. Pregunto igualmente. ¿Te has duchado?

—Sí.

—¿Hace poco?

—Sí.

—Bueno.

Sacó las cosas de la bolsa. Seis tamales envueltos en papel de aluminio. Un tarro pequeño de salsa verde que había hecho Diego. Una lima. Dos platos de cartón. Un rollo de papel de cocina, porque sabía que yo no tendría.

—Maria.

—Come.

—No tengo —

—Primero comer. Luego hablar.

Puso un tamale en un plato. Dejó el plato delante de mí. Desenvolvió el suyo con las manos y empezó a comer. La observé comer durante quince segundos. Luego desenvolvI el mío.

El tamale estaba caliente. La masa estaba en su punto. Un pelín demasiada manteca. Así los hace Diego.

—Se levantó a las seis y media para empezar —dijo Maria—. Dice que estos son con su masa, no con la de su abuela.

—¿Por qué?

—Porque la de su abuela es mejor y él es honesto contigo.

Me reí una vez, con la boca llena. Ella se rio también. Me puso la mano un segundo en la rodilla y la retiró.

Comimos sentadas en el suelo del estudio, con la espalda apoyada contra la mesa larga. No me preguntó nada. Yo no dije nada. Ella comió dos tamales en el tiempo que yo tardé en comer uno y medio. Se acabó la mitad que me había sobrado.

—Pinceles en tarros.

—Sí.

—Eso es nuevo.

—Tres tarros. Estoy trabajando en tres cosas.

—Dijiste dos.

—Me refería a los dos cuadros de los que no estoy segura. El tercero es algo que empecé el jueves porque no podía salvar los otros dos y pensé, bueno, si ya fracaso salvando dos, igual puedo empezar un tercero en el que fracasar.

—Sí.

—Es un limón. Un limón en una tabla de cortar de madera. No sé de qué va. Necesitaba pintar un amarillo que no fuera triste.

Ella lo pensó. —¿El limón está triste?

—El limón está bien.

—Bueno.

Se levantó. Estiró la espalda, la mano en los riñones, la barbilla hacia arriba. Se acercó a los caballetes. Miró el cuadro de la ventana de la cocina, el pequeño de Belltown que había traído al estudio el miércoles porque había estado pensando en retirarlo de la exposición.

—¿Qué?

—Este está bien, hermana.

—Es pequeño.

—Eso no es lo que hace malo a un cuadro.

—Ya lo sé.

—Creo que no lo sabes.

No respondí. Volvió, se sentó de nuevo a mi lado y apoyó su hombro contra el mío.

—Habla.

—No sé cómo.

—Sí que sabes. Siempre sabes cómo. Lo haces sonar como si no supieras, y luego lo haces de todas formas, y luego te disculpas por haber tardado tanto. Sáltate la parte de *hacerlo sonar como si no supieras*. Tenemos tamales.

—Vale.

Bebí el café. Miré los caballetes. Pensé en el miércoles.

—No le tengo miedo a Susan.

—Vale.

—No le tengo miedo a Alex. No directamente.

—Vale.

—Susan fue difícil. La comida. Pregunta a qué te dedicas como si preguntara cómo duermes. Me contuve. O eso creo, por lo menos.

—Te contuviste.

—¿Cómo lo sabes?

—Alex llamó a Diego el viernes.

—¿Qué?

—No dijo nada de la comida. Le preguntó a Diego si tenía una receta de tamales que pudiera enviarle, porque quería intentar hacerlos el domingo con Mia. El hombre llamó a mi marido un viernes por la tarde para pedir una receta de tamales y así tener algo útil que hacer mientras tú no estabas en su casa. Eso es algo que he decidido contarte.

Pasó un minuto.

—Vale.

—Entonces la comida.

—La comida fue — Susan eligió el restaurante. Eligió la mesa. Eligió el menú; yo ni siquiera abrí la carta. Me hizo tres preguntas. La tercera fue sobre mis planes. Alex no dijo nada. Mark lo intentó. Dos veces. Contó una historia sobre un salmón. Susan dijo Mm.

—Como mamá.

—Un Mm distinto.

—Sí.

—Y Alex no dijo nada porque había decidido de antemano —podía notarlo — que no me defendería en su mesa, porque defenderme en su mesa me habría indicado que él creía que yo necesitaba defensa. Y se equivocó. Y de camino a casa le pregunté qué había dicho Susan de mí antes de ese día, porque para entonces ya había entendido que algo se había dicho, y me lo contó. Me había llamado la sustituta. Tres semanas antes, en un bordillo en Mercer Island. Él le había respondido con tres frases. Le había dicho que aprendería mi nombre antes de volver a ver a Mia. Y luego no me había dicho nada durante tres semanas.

Ella escuchaba.

—Llévame al estudio, por favor. No a casa. Eso fue lo que dije. Me llevó. Se fue. No llamó. Escribió el miércoles por la noche. Escribió el viernes. No respondí.

—Vale.

—Eso fue la comida, entonces.

—Eso fue la comida.

El radiador crujió, como cruje un radiador un sábado a las nueve y cuarto, porque el conserje del edificio vuelve a subir la calefacción a las nueve. Maria no llenó el silencio. Lo dejó ser silencio.

—Ahora la parte que todavía no has dicho en voz alta.

—Maria.

—La parte.

—No le tengo miedo a él. Le tengo miedo a lo fácil que sería dejar de notar las cosas. No me contó que me había llamado la sustituta. Es una pequeñez.

Es una pequeñez, Maria. Carlos estaba hecho de pequeñeces. Tres años de pequeñeces que le dejé pasar porque pensaba que así es como uno se mantiene en una relación. Al final era una persona que le dejaba elegir el vestido. Le dejé elegir el vestido para la boda de nuestro primo. Le dejé decidir de qué color vestiría mi propio cuerpo ante nuestra familia.

—Me contaste lo del vestido.

—Ya sé que te lo conté.

—En enero. En mi sofá.

—Lo sé.

—Vale.

—Y no es lo mismo. Sé que no es lo mismo. Alex no es Carlos. Ni siquiera es una versión ligeramente modificada de Carlos. Es lo contrario de Carlos en casi todos los sentidos que importan. Pero no sé cómo explicarte que lo que me da miedo no es él. Lo que me da miedo soy yo misma.

Ella lo escuchó todo. No me interrumpió ni una sola vez.

Cuando terminé, cogió mi mano. La sostuvo diez segundos. No apretó.

—Hermana. Escúchame. No te lo contó porque quería protegerte. Eso no es lo mismo que silenciarte.

El radiador crujió de nuevo.

—Lo sé. Pero necesitaba sentir las dos cosas.

Maria esperó.

—Carlos siempre me ocultaba pequeñeces. Necesitaba que mi cuerpo lo sintiera, aunque mi cabeza conozca la diferencia.

—Vale.

—Y Alex escribió el miércoles y el viernes y no apareció en el estudio. No intentó arreglarlo un martes con flores. No llamó a mi hermana. Escribió dos veces y me dejó espacio. Eso significa algo.

—Significa algo.

—Significa mucho.

—Bueno.

No dijo nada más. No me dijo que volviera a casa. No me dijo que le llamara. Cogió el papel de aluminio de su tamale, lo dobló por la mitad, lo volvió a doblar, lo dejó en el plato. Bebió un sorbo de su café. Me observó mientras yo la observaba a ella.

—No me estás diciendo qué tengo que hacer.

—No.

—¿Por qué?

—Porque ya sabes lo que tienes que hacer. Solo tienes que hacerlo a tu propio ritmo para que cuente.

—Mamá me diría qué tengo que hacer.

—Mamá te diría qué tienes que hacer en español para que no puedas llevarle la contraria. Yo te lo regalo en inglés. De nada.

Eso me hizo reír, la primera risa desde el miércoles por la mañana antes del puente. Salió húmeda. Me pasó una servilleta de papel.

Se comió la lima.

—Maria.

—¿Qué?

—Te has comido la lima.

—Había que comérsela.

—Maria, la lima era para los tamales.

—La lima era para los tamales hasta que me olvidé de que la salsa verde estaba en la bolsa.

—¿Dónde está la salsa verde?

—En la bolsa.

Se levantó. Sacó la salsa verde de la bolsa. La puso en el plato. Se sentó de nuevo. Desenvolvió otro tamale y se lo comió con la salsa.

—Por eso no podemos tener cosas bonitas.

—Hermana, tú puedes tener cosas bonitas. Solo que no puedes compartirlas conmigo.

Nos reímos. El radiador crujió de nuevo. La luz del estudio a las diez de la mañana a finales de primavera entra plana y blanca por las ventanas de arriba, porque el edificio del otro lado del callejón le roba el ángulo al sol. Había pintado esa luz en el cuadro de la ventana de la cocina, en los

rincones. Ese era el lugar en el que Maria había estado mirando cuando dijo que estaba bien.

Se quedó.

No dijo que se quedaba, y yo no pregunté. En algún momento fue al cuarto de trabajo y se tumbó boca arriba en el colchón hinchable, el móvil sobre el pecho, y se quedó allí una hora, y yo pinté. El cuadro de hoy era el limón. Añadí una línea gris verdosa en el borde de la tabla de cortar que el limón había necesitado desde el jueves. No había visto la línea hasta el sábado por la mañana a las once, con mi hermana en el colchón hinchable del cuarto de trabajo.

Se levantó a la una. Me obligó a comerme otro tamale. Hizo café en la placa eléctrica, a la manera equivocada, con demasiado poso. Lo bebió igualmente. Miró el limón.

—Mejor.

—Sí.

—¿Verdad que está mejor?

—Está mejorando.

—Sí.

Leyó algo en el móvil durante una hora. A las tres salió a dar una vuelta a la manzana, porque dijo que necesitaba caminar y que no se sentiría bien hasta que lo hiciera. A las tres y veinte volvió con una bolsa de almendras con chocolate de Trader Joe's, porque Trader Joe's estaba técnicamente de camino si se da una vuelta a la manzana. Nos comimos las almendras.

A las cinco dijo: —Me voy a las seis.

—Vale.

—Me voy a las seis porque Diego está haciendo pozole y quiere que yo pique el cilantro, porque dice que el mío está bien picado y el suyo no, que es algo que él dice sobre el cilantro.

—Vale.

—Puedes venir.

—A lo mejor voy mañana. Esta noche me quedo aquí.

—Vale.

No insistió más.

A las seis se puso el sudadera de nuevo. Me dio un beso en la coronilla. Me puso la mano dos segundos en la mejilla. No dijo nada sentimental.

En la puerta: —Hermana.

—Sí.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Se lo diré a mamá. Cuando tú me lo digas. No antes.

—Pronto.

Se fue.

Pinté hasta las nueve. Luego me comí el último tamale, frío, de pie junto al fregadero. Me tumbé en el colchón hinchable del cuarto de trabajo. Me quedé mirando el techo. No lloré. Llevaba desde el miércoles sin llorar por principio. Ya no estaba segura de cuál era ese principio.

Hacia las once llegó el sueño. El estudio se quedó en silencio con el último chasquido del radiador, y siguió en silencio.

La mañana del domingo empezó a las siete y media con una luz plana y gris. Hice café en la placa eléctrica. Me lo bebí en el colchón hinchable, con el móvil en la mano un minuto, y luego le llamé.

Descolgó al segundo tono.

—Ven a buscarme al estudio.

—Vale.

—En una hora.

—En una hora —dijo él. Oí la cocina de fondo, el abrir y cerrar de la nevera.

—Trae a Mia.

—Sí.

—Vale.

—Vale —dije, y colgué.

Los pinceles seguían en los tres tarros donde los había dejado. Los llevé al fregadero. Los lavé como me había enseñado mamá cuando yo aún no sabía que tenía otro nombre además de mamá: con las cerdas hacia abajo, bajo el agua fría del grifo. Los sequé con el trapo. Los volví a poner en los tarros con el mango hacia abajo.

El limón estaba en el caballete. No estaba terminado. Estaba bien.

Capítulo 20

Alex

Era un miércoles de mediados de junio. Había pasado todo el día sentado en el escritorio y se haría tarde. El cierre de la Serie D era el viernes. Renata me había entregado antes el documento con el calendario y me había pedido que lo revisara antes de que volviera de la pausa del mediodía. Lo había revisado. Estaba a punto de enviarle las anotaciones por correo electrónico.

Sonó el móvil.

Elena.

—Carlos ha venido al estudio.

Me levanté.

—¿Dónde está ahora?

—Se ha ido. Se marchó cuando le dije que llamaba a la policía. Están de camino.

—¿Estás herida?

—No.

—¿Ha entrado?

—No. Abrí la puerta porque pensé que era UPS. Estaba en el pasillo. La cerré. Eché el cerrojo. Llamé al número de emergencias. Te he llamado a ti.

—Veinte minutos.

—Bien.

—Quédate en línea con la central hasta que lleguen.

—Lo haré.

—Elena.

—Sí.

—Te quiero. Voy para allá.

—Te quiero. Conduce con cuidado.

Colgó.

De camino al ascensor me detuve en el escritorio de Renata.

—Tengo que irme.

—¿Qué ha pasado?

—El ex de Elena se ha presentado en su estudio.

—¿Ella está—

—Está bien. Voy hacia allá.

—Yo me encargo de la reunión de las cuatro y media. Me encargo del viernes. No pienses en el viernes hasta el lunes.

—Renata.

—Alex. Ve.

En el aparcamiento subterráneo me quedé sentado contando hasta tres antes de arrancar el coche. Luego arranqué.

David cogió al segundo tono.

—Carlos se ha presentado en el estudio de Elena. Ella lo ha gestionado. Voy de camino.

—¿Dónde está Mia?

—En la guardería.

—La recojo a las cinco. Estoy más cerca.

—David.

—No empieces a discutir. La llevo a casa de Cheryl. Cheryl lleva en alerta desde marzo por si uno de nosotros la necesitaba, y se alegrará de que sea yo.

—De acuerdo.

—Llámame cuando sepas cómo está Elena.

—Lo haré.

—Alex.

—¿Sí?

—Ve.

Colgó.

Maria llamó antes incluso de que hubiera salido del aparcamiento.

—Voy para allá.

—Ella me quiere a mí allí.

—Nos quiere a los dos. Solo que todavía no lo sabe. En una hora estoy. Diego está llenando un tarro con sopa ahora mismo. Me sentaré en el sofá. No hablaré. Me iré cuando ella me diga que me vaya.

—Maria.

—Dile que voy. Para que no se asuste cuando oiga mi llave en la puerta.

—Lo haré.

—Alex.

—¿Sí?

—Gracias por ir tú primero.

—Sí.

Colgó.

La 99 North estaba despejada. Aparqué dos manzanas al sur de su edificio. La zona de carga estaba ocupada. Dos agentes salían del vestíbulo cuando yo entraba. El más alto asintió con la cabeza. Yo asentí. Me sostuvieron la puerta.

Llamé una vez a la puerta de su estudio, porque un mes atrás me había pedido que llamara una vez, aunque supiera que la puerta estaba abierta. Entré.

Estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared bajo las ventanas. Las rodillas recogidas. Los brazos rodeando las rodillas. El cuadro del limón estaba en el caballete pequeño. El cuadro más grande estaba dado la vuelta hacia la pared. El pelo, recogido con un lápiz. Llevaba la camisa amarilla que había tenido puesta el domingo en casa de Diego.

Me miró. Me senté a su lado en el suelo, hombro con hombro.

—Hola.

—Hola.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Dime qué necesitas.

—No estar sola por un rato.

—De acuerdo.

—Viene Maria.

—Lo sé. Me ha llamado.

—Claro que sí.

—En una hora. Con sopa.

—Por supuesto.

Apoyó la cabeza en mi hombro. El radiador chasqueó. Un coche pasó por la Doce con el bajo retumbando.

Me fue contando despacio lo que había pasado. Él había llamado al timbre. Ella no había abierto. Había vuelto a llamar. Alguien en el edificio le había abierto la puerta. Había llamado a la suya. Ella había abierto porque esperaba al mensajero de UPS con un lienzo. Él estaba en el pasillo con una mochila. Había dicho *Elena*. Había dicho *he venido a hablar*. Había dicho *solo cinco minutos*. Ella había dicho *no* y *vete* y *llamo a la policía*. Había cerrado la puerta. Echado el cerrojo. Llamado al número de emergencias desde la cocina. Se había quedado en línea. La agente Tran le había preguntado si quería solicitar una orden de alejamiento. Ella había dicho *sí*.

—¿Ha visto a Mia?

—¿Qué?

—¿Ha visto su cara alguna vez? ¿Fotos, algo así?

—No.

—Bien. Asunto cerrado.

—¿Por qué?

—Porque si lo hubiera hecho, necesitaría saber en qué días tengo que extremar las precauciones. Como no es así, no necesito saberlo.

Giró la cabeza para mirarme. Tenía los ojos enrojecidos.

—Alex.

—¿Sí?

—Eres un buen padre.

—Sí.

—Eres un buen hombre.

—Te quiero.

—Lo sé. Te quiero. Voy a estar bien. Estoy bien. Solo necesito quedarme aquí sentada.

—Quédate aquí.

—¡Te quedas!

—Me quedo.

El radiador chasqueó. Al otro lado del callejón, una mujer llamó a su perro dos veces. A la segunda, el perro vino.

Al cabo de un rato dije: —Quiero ser sincero sobre algo.

—De acuerdo.

—Estoy enfadado. Esta noche no voy a hacer nada con ese enfado. Solo te lo digo para que no te preguntes por qué.

—De acuerdo.

—Porque no has dicho nada cuando te he preguntado. No va contigo.

—Bueno.

Se rió. Sonó húmedo.

La llave de Maria sonó en la puerta a las seis y doce. Traía la sopa de Diego en un tarro dentro de una bolsa de papel, y una bolsa de bagels de la tienda de Pike. Entró. Dejó la sopa en la encimera. Se sentó en el suelo al otro lado de Elena. No dijo nada durante un buen rato. Luego miró hacia el cuadro del limón en el caballete pequeño.

—Hermana. El limón está bien.

—Sí —dijo Elena.

—Diego te manda un beso.

—Dile gracias por la sopa.

—Dice que no le des las gracias. —Maria puso la bolsa de papel con los bagels en el suelo entre nosotros.— Dice *cómetela*.

—Eso es muy de Diego.

—Es Diego.

Una pausa.

—Lily te ha hecho una tarjeta —dijo Maria—. Lily me ha hecho una tarjeta.

—Lily les hace tarjetas a todos. Hay un sol. El sol no ha quedado muy bien. La intención era excelente.

Elena se rió, húmedo y tembloroso y de verdad, y algo se aflojó en mi pecho.

Comimos la sopa de Diego en el suelo del estudio con tres cucharas y el tarro entre nosotros. Maria había traído las cucharas. También había traído sal, un limón y un cuenco pequeño, y lo había extendido todo ante nosotros en el suelo. Elena comió. Yo comí. Maria comió.

Al cabo de un rato Maria se levantó.

—Me voy ya. Diego me hace un chile relleno. Está triste de que lo haya abandonado.

—Maria.

—Te amo, hermana. Llámame mañana por la mañana. O no. Ya te llamo yo.

Le dio un beso a Elena en la frente. Me dio un beso a mí en la frente. Se fue.

Más tarde llamó David.

—Mia está con Cheryl. Ha comido macarrones con queso. Ha preguntado dónde estabas. Cheryl le ha dicho: *Papá está esta noche con Lena*. Mia ha dicho: *Bien*.

—Dale las gracias a Cheryl.

—Cheryl quiere que mañana le lleves flores del supermercado. No las baratas. Me ha dicho que te lo transmitiera palabra por palabra.

—Dile a Cheryl que sí.

—Buenas noches, Alex.

—Buenas noches.

Después de la llamada, Elena se levantó del suelo, fue al caballete más grande y le dio la vuelta. Cogió un pincel del vaso del centro. Pintó una línea gris verdosa en el borde inferior de lo que yo tomé por una ventana o un tejado. Los hombros bajaron medio centímetro.

Yo estaba sentado en el sofá con el portátil y le mandé a Renata tres pequeñas correcciones en el documento del calendario. Antes me había escrito: *Resuelto. Ve.* Le escribí *Gracias* y dejé el móvil boca abajo.

Elena pintó. Dos veces le habló al cuadro en español. El radiador chasqueó. La luz en las ventanas pasó del blanco al gris.

Al cabo de un rato dejó el pincel. Lo lavó. Lavó otros dos que no había usado. Se acercó al sofá y se tumbó con la cabeza en mi regazo. Mi mano se deslizó entre su pelo.

—Alex.

—¿Sí?

—Gracias por haber hecho la pregunta sobre Mia.

—Sí.

—Maria la habría hecho mañana. Esta noche la has hecho tú.

—Sí.

—Era lo que necesitaba.

—De acuerdo.

Se incorporó. Sacó el colchón hinchable del cuarto de trabajo y lo extendió en el suelo del estudio, entre la mesa larga y el sofá. Lo tendió con una sábana, puso una almohada y dejó el edredón verde al pie. Se lavó los

dientes en el fregadero de la cocina. Apagó la luz del techo. La lamparita pequeña de la mesa larga la dejó encendida.

—¿El sofá? —pregunté.

—El colchón. Los dos.

—Es una cama de una plaza.

—Nos las apañamos.

Nos las apañamos. El colchón era demasiado pequeño. Mis pies sobresalían por el borde. Su cara descansaba sobre mi clavícula. Su mano reposaba en mi pecho.

—Alex.

—Sí.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—Duerme.

—De acuerdo.

El radiador estaba apagado. Fuera, en la Doce, el autobús bajó la cuesta y redujo una marcha al llegar a la esquina. La respiración de Elena se fue acompasando, y al cabo de un rato también la mía, y me dormí.

Capítulo 21

Elena

Mamá llamó el viernes por la mañana a las siete, que en Los Ángeles eran las cinco. No me había llamado tan temprano desde aquel julio en que dejé a Carlos. Me senté en el suelo del estudio con la espalda apoyada en la mesa larga, los calcetines sobre el cemento, el pincel atravesado sobre la rodilla, y escuché los diez segundos de respiración contenida que siempre dejaba pasar antes de decir mija. Me hizo una pregunta. ¿Es bueno contigo? Dije que sí. ¿Y con la niña? Dije que mucho. Esperó tres tiempos. Luego lo dijo como lo había dicho aquel julio, cuando le conté que dejaba a Carlos —en voz baja y sin lástima—: Respira y haz tu trabajo, mi cielo. Yo rezo lo demás. Respira y haz tu trabajo. Por lo demás, yo rezo.

Lloré una sola vez, una lágrima que me resbaló por una mejilla sin que la cara se me moviera. Mamá oyó cómo se me cortaba el aliento y no dijo nada. Llámame mañana en la noche, dijo. Después del show. Llámame mañana por la noche, después de la exposición. Colgó ella primero, como siempre.

Después de la llamada pinté durante una hora sin pensar en lo que pintaba. Antes de las nueve había terminado una de las dos piezas con las que llevaba tres semanas luchando —la pequeña con la ventana de la cabaña, en cuyo cristal el lago se reflejaba en un ángulo que no tendría que haber sido posible pero lo era— y contemplé la otra, la más grande, el puente de la

salida de la I-90 con la lluvia en el parabrisas, y decidí, sentada en el suelo con mi café en el vaso de cartón de la bodega, que esa no iría a la exposición.

El SMS de María llegó mientras embalaba el cuadro de la cabaña. *Mama está bien. Dijo que sonabas serena. te amo. Pásate después del show cuando quieras, diego hace birria todo el fin de semana de todas formas.*

Entregué el cuadro de la cabaña en la galería antes de comer, junto con los otros nueve que el amigo de Marisol me había embalado el martes, y le dije a la propietaria que el cuadro de la I-90 quedaba fuera y que el undécimo hueco estaría cubierto mañana por la mañana. No preguntó por qué. Lleva demasiado tiempo siendo galerista para eso.

Por la tarde llegué al penthouse. Marcus sujetó la puerta sin levantar la vista y dijo: —Ms. Ramirez. Alex había escrito antes —*Mia y yo en el acuario, en casa a las cuatro, conduce con cuidado*— y yo había respondido con lo único que jamás he conseguido escribir desde un ascensor en marcha: *ok*. Abrí con la llave del gancho y entré, dejé la comida que había recogido en el vietnamita sobre la encimera y me quedé un minuto junto a la isla de la cocina sin saber qué hacer con las manos.

Luego empecé a merodear. Recorrí la cocina a zancadas, como llevo recorriéndola desde que tenía diecinueve años, talón con punta a lo largo del borde de la encimera, la mano izquierda apoyada en el canto como contrapeso. Llevaba su camisa de franela puesta, porque en el estudio no había cogido ropa suficiente y el martes la había descolgado del gancho de su armario sin devolverla. La camisa de franela no me daba tanto la sensación de estar esperando como la de ya estar allí, que era exactamente el problema.

A las cuatro y once según el reloj de la cocina se abrió la puerta. Mia entró la primera, con ese apretón firme en la cremallera de su propia chaqueta que delataba su convicción de ser lo bastante mayor para los botones. Llevaba un papel enrollado en el puño, como un tique que hubiera ganado.

—Lena.

—Mia —dije.

—Te he hecho algo.

—¿Sí?

—Es para tu exposición. Lo hice en casa de Cheryl.

Alex entró detrás de ella, con la bolsa de los niños al hombro y la mirada puesta en mí, en la camisa de franela, y en la cocina que tenía detrás. Se quedó en el umbral. Le señalé el banco con la cabeza. Dejó la bolsa.

—A ver, mija.

Trepó al taburete de la isla y desplegó el papel sobre el mármol con ese alisado pausado y a dos manos que había aprendido mirándome. Lo sujetó por una esquina con el salero y por la otra con el codo, y me miró esperando ser vista.

Tres figuras en una colina bajo un cielo. El cielo era cera bajo el pigmento, de modo que las estrellas brillaban a través de la oscuridad —capas de cera sobre rotulador de las clases de Tessa—. Las estrellas eran irregulares, porque las estrellas lo son. Ninguna de las figuras tenía manos. Las manos son difíciles. La figura grande tenía el pelo oscuro, pintado con el rotulador azul marino que ella llama el azul oscuro, no el azul claro. La figura pequeña tenía rizos. La figura del medio llevaba amarillo, porque el miércoles yo había llevado amarillo cuando me preguntó cuál era mi camisa favorita y respondí que la amarilla, dato que ella había tomado nota.

Las figuras sonreían.

Sujeté el dibujo por las esquinas y me eché a llorar.

—No llores, Lena. Te he pintado feliz.

—Soy feliz, mija. Por eso lloro —dije, y me reí al mismo tiempo.

—Por eso —dijo ella, y bajó del taburete. Trepó al sillón de cuero con un puñado de galletas de pez que evidentemente había guardado en el bolsillo de la chaqueta desde el acuario.

Alex no se había movido del umbral, salvo para dejar la bolsa. Observó cómo Mia comía las galletas en el sillón. Rodeé la isla y me quedé frente a él, con las manos sobre la encimera.

—Alex.

—¿Sí?

—Ven aquí.

Se acercó. Se detuvo en la esquina de la isla, con la mano sobre el canto de mármol, a un centímetro de la mía, sin tocarme. Así llevaba parado desde el domingo, y yo había decidido que podía vivir con ello, porque era lo que parecía cuando alguien preguntaba.

—Ya lo sabía en la mesa, mientras estaba equivocado —dijo—. Seguí con el almuerzo de todas formas. Lo siento todo. —Soltó el aire—. Me equivoqué con lo de Susan. Esperaré el tiempo que necesites.

El pequeño discurso que había ensayado ayer ante el espejo del baño del estudio quedó sin usar. Lo tenía en la cabeza. No lo pronuncié.

—No tienes que esperar.

Me miró.

—Solo necesitaba que te disculparas. Ya lo has hecho.

No dijo *es todo*, ni dijo gracias, ni puso su mano sobre la mía. Asintió. Soltó el aire.

Durante tres tiempos apoyé mi frente contra la suya.

—¿Lo llevas a la exposición? —preguntó entre mi pelo.

—Ya está en la exposición.

—¿En serio?

—Es el undécimo cuadro.

Mia desde el sillón de cuero, con migas en la barbilla y el libro del conejo que había cogido de la estantería sin que me diera cuenta: —Once es más que diez, Lena.

—Sí, Mia. Lo es —dije por encima de la isla, sonriéndole por encima del salero.

—Papá. Once es más que diez.

—Lo es, Mia. —Alex se volvió hacia ella.

—La exposición de Lena tiene once. —Mia levantó todos los dedos y un pulgar y asintió ante su propio recuento.

—Así es. Porque tú has hecho el undécimo —dije.

Pasó una página del libro del conejo, que aún no sabía leer pero que, según las estadísticas domésticas, se sabía de memoria hasta la página seis.

Cenamos la comida vietnamita en el sofá. Alex en un extremo, Mia en el centro de rodillas con su cuenco sobre el cojín delante de ella, yo en el otro extremo con las piernas sobre su regazo, porque en la cocina había decidido que podía. El dibujo se quedó sobre la isla bajo el salero. No lo quité para llevarlo a un sitio más seguro. Mia lo había puesto allí. Se daría cuenta si lo movía. Al día siguiente se iría de viaje.

Mia se quedó dormida apoyada en las costillas de Alex; el cuenco se le inclinó en la mano. Él se lo retiró. No la movió. Yo eché la cabeza hacia atrás sobre el respaldo del sofá, miré al techo y tomé la clase de respiración que había olvidado tomar desde el miércoles.

—Elena.

—Mm.

—Te quiero.

—Lo sé. Yo también te quiero.

Puso su mano sobre mi tobillo. Yo la cubrí con la mía.

Capítulo 22

Alex

La galería de la esquina de First con Yesler era de Margaret Lin — Margaret, que le había cedido a Elena la pared larga y la pared del rincón y le había dejado decidir dónde iría el undécimo cuadro. Las tres figuras bajo las estrellas de Mia colgaba a la altura de los ojos de un niño, entre el cuadro del porche de la cabaña y el cuadro de la ventana de la cocina, y debajo había una pequeña tarjeta impresa que decía: *Once, de Mia Harrington, 3 años, cedida en préstamo por la artista.* Margaret se había reído cuando Elena le preguntó por la tarjeta. Esta noche no se reía.

Guardaba una pequeña tablero de corcho en recepción para las tarjetas de confirmación que habían llegado antes; la de Eleanor era la de Greenwich, escrita con pluma estilográfica.

Llegamos pronto. La exposición abría a las seis y media. Mia con el vestido azul marino que ella misma había elegido el fin de semana pasado en el Macy's del centro, de la mano de Elena en la acera, con la manta azul de Linda sujeta en el otro codo porque en la galería haría frío y Linda se lo había dicho ayer por teléfono desde Portland. Elena con un vestido verde que yo no le conocía. Un resto de pintura bajo una de sus uñas que no había conseguido quitarse en la ducha.

Mi teléfono estaba en el bolsillo de la chaqueta con la pantalla hacia abajo. Renata había dicho a principios de semana que esta noche no me dejaría mirarlo, y yo le había dicho que no lo haría, y los dos lo habíamos dicho en serio.

Maria y Diego fueron los primeros en llegar, porque Maria había dicho que así sería. Hector se quedaba con la cocina ese sábado; Diego ni lo había discutido. Diego traía una bandeja tapada que le entregó a Margaret con dos frases que yo no entendí y una mano en su hombro. Margaret recogió la bandeja. El rostro de Margaret hizo algo que no había hecho en toda la tarde. Diego había traído pan dulce.

Diego dejó la bandeja y se dio la vuelta.

—Alejandro.

—Diego.

—Tienes cara de padre en la función del colegio de su hijo.

—Es bastante exacto —dije.

Diego me apretó el hombro una vez.

—Bien. Ponte donde ella pueda verte desde el otro lado de la sala.

Maria le dio a Elena dos besos y luego uno en la frente, le sostuvo la cara entre las manos un momento y después se fue a mirar el cuadro del porche de la cabaña, con la mano todavía en la de Diego.

Unos minutos después de la apertura entraron los chicos juntos. Ben con americana, Chris con una camisa que había planchado, David con su camisa buena de cuello que no había manera de que quedara plano, Ethan con la chaqueta que había llevado dos años atrás a la boda del hermano de David. Se acercaron a la mesa del bufé donde yo estaba y formaron un semicírculo.

—¿Estás bien? —preguntó Ben.

—Sí.

—¿Ya te ha mirado?

—Dos veces. En unos treinta segundos volverá a mirar.

—Bien. —Ben dio un trago a su cerveza.

Chris miró por encima de mi hombro hacia Elena en recepción.

—Harrington —dijo—. Esa mujer es pintora.

—Sí.

—No me dijiste que de verdad sabe pintar. Me dijiste que pinta. Hay un *pinta algo de vez en cuando* y hay un *es pintora*.

—Te lo dije.

—No me dijiste suficiente.

David me puso la mano plana en el hombro un segundo y la retiró. Ethan me miró sin decir nada, y yo le miré a él, y los dos entendimos lo que los dos entendíamos.

—Margaret tiene pan dulce —dije.

—¿Qué es el pan dulce? —preguntó Chris.

—Bollería mexicana —dijo Ethan—. Concha, esas con la cobertura en forma de caracola.

—¿Por qué hay eso en una inauguración de noche?

—Porque lo ha traído Diego, Harrington.

—Claro que lo ha traído Diego. Claro que Diego conoce a la única mujer en Seattle que inaugura su galería con una bandeja de conchas en la mesa del bufé.

David se acercó a la mesa del bufé y atacó el queso. Chris dijo —Voy a buscar a mi hermana— y se dirigió a la puerta, porque Linda Donovan había entrado detrás de ellos y buscaba dónde colgar el abrigo. Ben se quedó.

—¿Dónde está Sophia? —pregunté.

—De camino. Reunión de proyecto hasta las cinco.

—Bien.

—Sí.

Se bebió la cerveza.

Joe y Linda llegaron poco después, tarde para los estándares de Joe, porque Joe se había negado a salir de Portland antes de por la tarde por si el tráfico en la I-5 era tal como Joe se esperaba del tráfico en la I-5. Linda con un vestido azul que yo no le conocía. Joe con una camisa que él mismo había planchado esa mañana, cosa que yo sabía porque me lo había contado dos veces por teléfono esa mañana. Los presenté junto al cuadro del porche de la cabaña, que era donde estaba Elena cuando entraron.

—Mamá. Papá. Esta es Elena.

Linda cogió las manos de Elena entre las suyas y durante tres segundos no dijo nada, y luego dijo —Llevo tres meses queriendo conocerla—, que era la verdad, y Elena se rió brevemente y dijo —Yo también llevaba tiempo queriendo conocerla.

Joe le estrechó la mano a Elena. Dijo —Elena—. Le sostuvo la mano. La soltó. Miró el cuadro de la pared que había detrás de ella. Dijo —Es la cabaña—. Dijo —La veranda la ha pillado usted bien—. Se fue hacia la mesa del bufé.

Elena me miró. Yo miré a Elena. Ninguno de los dos dijo nada, porque Joe había dicho lo que importaba.

Susan y Mark llegaron después de Joe y Linda. Susan con perlas.

Susan recorrió la sala despacio sin tocar nada. Se detuvo ante el cuadro de la ventana de la cocina y lo contempló durante un buen rato. Fue al cuadro del porche de la cabaña y lo contempló durante menos tiempo. Fue al cuadro de Mia.

Se quedó mucho tiempo ante el cuadro de Mia.

Mark estaba tres pasos atrás, con la mano al costado, sin mirar a Susan. Me miró a mí una vez desde el otro extremo de la sala.

Susan se dio la vuelta. Cruzó la galería hacia Elena, que estaba en recepción con Margaret firmando algo para un comprador al que yo no conocía. Eleanor Hale, cuya llegada no había advertido, se hizo a un lado y dejó sitio sin que nadie se lo pidiera.

Susan se quedó frente a Elena.

—Elena.

—Susan.

—Siento lo que dije. Mia la adora. Con eso me bastaba.

Elena dejó el bolígrafo.

—Gracias, Susan.

La mano de Susan rozó el hombro de Elena y desapareció. Susan fue hacia Mark. Mark le puso la mano en la espalda. Se dirigieron a la mesa del bufé.

De camino, había decidido no sacar el tema de la disculpa con Susan esta noche, porque la cara de Elena cuando Susan había entrado me había dicho que la disculpa de Susan a Elena no era asunto mío. Me mantuve en eso. Susan no me miró. Mark lo hizo una vez y asintió una vez, y eso era Mark.

Eleanor con un abrigo del color de la piedra mojada que yo recordaba porque Elena lo había descrito por teléfono después de su visita al The Edgewater. Un estuche de plumas de cuero en la mano izquierda. El pelo blanco peinado de tal manera que alguien había tardado cuarenta y cinco minutos en arreglárselo. Daniel estaba con el nuevo nieto en Pittsburgh. Elena le había dicho dos días antes que vendría sin él.

Se movió desde recepción hasta el cuadro de la ventana de la cocina y estuvo un minuto entero delante de él. Luego volvió a recepción y firmó el formulario de Margaret con una pluma estilográfica del estuche de cuero, la misma mano que había rellenado la tarjeta para el tablero de corcho. Margaret parpadeó. Eleanor volvió a meter la pluma en su estuche y el estuche en su bolso, fue al cuadro de Mia y le puso la mano sobre la mano a Elena un segundo, cuando Elena se acercó a su lado.

—Daniel le ha enviado una tarjeta —dijo Eleanor—. Está en su apartamento. Insistió. Le dije que no estaría en su apartamento al menos en una semana.

—Dígale que gracias.

—Ya lo sabe.

Se fue a la mesa del bufé.

Cheryl llegó en algún momento después de Eleanor con Biscuit atada a una correa que Biscuit no necesitaba. Biscuit se sentó en el suelo de cemento, apoyó la cabeza en el pie de Mia y no se movió. Cheryl le dijo —Cariño—

a Elena y —Cariño— a mí y —Buena chica— a Mia, se apostó junto a David en la mesa del bufé y se puso a comer queso.

Marcus llegó tarde con ropa de calle, con un abrigo que nunca le había visto porque nunca había visto a Marcus sin uniforme. Se había quitado la corbata. Entró por la puerta de la galería, miró a Elena al otro extremo de la sala y dijo —Ms. Ramirez.

Elena giró la cabeza.

—Marcus.

Le hizo un gesto de asentimiento. Me lo hizo a mí también. Se quedó en la puerta el resto de la noche.

A mitad de la velada la sala había encontrado su ritmo. Sophia había llegado y estaba con Ben junto a la puerta; los dos no se inclinaban exactamente el uno hacia el otro, pero tampoco mantenían exactamente distancia. Chris estaba ante el cuadro del porche de la cabaña con Linda Donovan, con la mano en su propio cuello. Se dio la vuelta cuando Elena pasó con Mia en la cadera y le dijo algo que yo no entendí. Elena se rió brevemente y le puso la mano libre en el brazo, y Mia levantó la mejilla de la clavícula de Elena para mirar a Chris y la volvió a apoyar. Chris se quedó con la mano en el cuello. David estaba con Joe en la mesa del bufé; los dos estaban enzarzados en un desacuerdo en voz baja sobre un embutido que Joe había catalogado como no del todo correcto y David como posiblemente de origen polaco. Mia iba en la cadera de Elena, con la mejilla apoyada en la clavícula de Elena, y llevaba la manta azul sobre los hombros, que Linda le había puesto sin preguntar.

Elena se acercó a la mesa del bufé a rellenar un vaso de agua.

Joe dejó su plato. Joe le puso la mano en el hombro a Elena. No dijo nada. La dejó allí dos segundos y medio, luego recogió el plato y se fue junto a Linda, donde se quedó de pie en silencio a su lado. Linda le miró. Linda miró a Elena. Linda asintió una vez hacia su plato.

Elena no me miró. Rellenó el vaso de agua. Volvió por la galería con Mia en la cadera hasta el cuadro del porche de la cabaña.

Me quedé un minuto en la mesa del bufé.

Era feliz.

Más tarde llevaba a Mia en brazos, con la mejilla pegada a mi clavícula y la manta azul de nuevo sobre los hombros, porque se la había cogido a Elena para que Elena pudiera hablar con Margaret de algo con una tablilla. Mia me contaba el cuadro del lago sin mirar el cuadro.

—El lago está en el cuadro, papi.

—Sí, Mia.

—¿Lo has hecho tú?

—Lo ha hecho Lena, Mia.

—¿Estuvo Lena en el lago?

—Sí, Mia. Conmigo.

—Y conmigo.

—Tú ese fin de semana estabas en casa de la abuela.

—Ah.

Se quedó pensando. Apretó la mejilla con más fuerza contra mi clavícula.

—Lena pintó el lago desde la veranda.

—Sí.

—Yo me pinté a mí en el once.

—Eso hiciste, Mia.

—Es un cuadro de nosotros.

—Sí, Mia.

Cerró los ojos.

Hacia las nueve la sala se había vaciado. Joe y Linda en el banco junto a la ventana. Susan y Mark con los abrigos puestos junto a la puerta. Los chicos en la mesa del bufé, donde habían pasado casi toda la noche. Eleanor firmando una última cosa para Margaret. Cheryl en el banco, con la cabeza de Biscuit en su regazo. Marcus en la puerta.

Encontré a Elena frente al cuadro del porche de la cabaña. Contemplaba la veranda con la luz cayendo de lado a través de la barandilla y la piedra en el borde de la barandilla que Mia le había dado en mayo y que ella había pintado en el cuadro hasta bien entrada la madrugada. Había usado el pincel pequeño. La semana pasada en el coche me había hablado del pincel pequeño.

No se dio la vuelta cuando me acerqué por la derecha y le puse la mano en la espalda, donde había querido ponérsela desde hacía una hora pero no había podido por la gente que había en la sala. Se recostó un milímetro contra mi mano.

—De esto te vas a acordar —dije.

—Lo sé.

Guardó silencio un momento.

—Alex.

—¿Sí?

—Está dormida.

—Sí.

—El cuadro está vendido.

—¿Cuál?

—A Eleanor.

—Sí. Lo he visto.

Giró la cabeza ligeramente. Sin mirarme. La mejilla a unos centímetros de mi hombro.

—Voy a llorar en el coche.

—De acuerdo.

—Cuando Mia esté en la cama.

—De acuerdo.

—Ahora no.

—De acuerdo.

Mia, dormida en mi brazo, dijo —Lena— contra mi clavícula sin despertarse.

Elena se rió una vez en voz baja y se quedó donde estaba, y simplemente nos quedamos allí.

Capítulo 23

Elena

El jadeo comenzó a mitad de una palabra.

Alex tenía a Mia en la cadera, y Mia le estaba contando a Cheryl lo del cuadro del lago —ese cuadro en cuya creación no había estado presente, porque yo lo había pintado en mayo en la cabaña; pero Alex le había contado la historia tantas veces que ya la transmitía como si fuera un recuerdo propio. Estaba justo en el momento en que había una piedra sobre la barandilla del porche. *Papi y Lena estaban en la cabaña y el porche tenía una piedra y la piedra era* —, y en la palabra *era* el aire de su voz se volvió fino, y Cheryl dijo —Cariño—, y yo ya alargaba la mano hacia el bolsillo pequeño con cremallera de mi bolso, donde estaba el inhalador. Lo había comprobado dos veces en el taxi desde que habíamos salido del penthouse.

Cheryl puso dos dedos sobre el pecho de Mia. Cheryl tiene poco más de sesenta años. Cheryl había tenido a Mia en brazos por primera vez cuando Mia tenía once días.

—Está empezando —dijo Cheryl.

Dos pulsaciones. Contar hasta cuatro. Otras dos.

—Id —dijo Cheryl.

Alex no dijo nada. Alex me miró, yo miré a Alex, y los dos nos dirigimos rápidamente hacia la puerta sin que pareciera un pánico.

Maria estaba a mi lado, con las llaves del coche ya en la mano. —El coche está en Yesler. A dos manzanas. Voy a buscarlo y os espero fuera.

—Sí —dijo Alex.

Joe tenía su abrigo. Linda tenía su móvil. —Joe va a buscar nuestro coche y os seguirá —me dijo Linda al oído, me apretó el codo una vez y desapareció.

Susan —no me había dado cuenta de que había cruzado la sala desde la puerta donde ella y Mark habían pasado los últimos diez minutos poniéndose los abrigos— le dijo a Margaret: —Yo cierro aquí. Ve. —Se estaba quitando el abrigo mientras lo decía. Margaret, que no había planeado marcharse de una exposición que acababa de inaugurar, miró a Susan, nos miró a nosotros, volvió a mirar a Susan y le tendió una carpeta con pinza. Susan cogió la carpeta.

Mark le puso la mano en el hombro a Alex un segundo al pasar, dijo —Hijo —, y eso fue todo. Luego volvió junto a Susan para ayudarla a cerrar.

Le cogí a Mia de los brazos a Alex porque él necesitaba las manos para la puerta. La manta azul seguía sobre sus hombros. La mejilla caliente contra mi clavícula. La respiración superficial. La mano en mi pelo.

Otras dos pulsaciones en el ascensor. Contar hasta cuatro. Otras dos.

Margaret había bajado con nosotros y estaba en la acera sin abrigo hasta que el coche de Maria dobló la esquina.

Cuando Maria apareció, el jadeo había dejado de sonar amenazador y era solo un jadeo —regular, trabajoso, pero sin empeorar.

Maria no dijo nada durante el trayecto. Alex no dijo nada durante el trayecto. Yo iba detrás con Mia contra mi pecho, notaba su espalda en el hueco de mi brazo y le contaba las respiraciones mientras los edificios pasaban al otro lado. Maria sabía qué calles tomar a esa hora.

Llegamos al Children's en doce minutos.

La doctora Patel nos recibió en urgencias. Llevaba las gafas de leer colgadas de la cadena de perlas y un vestido azul marino en el que nunca la había visto; había estado en alguna cena y había venido directamente desde allí.

Auscultó a Mia, contó, escribió algo en el historial.

—Está bien —dijo Patel—. Está sobreestimulada. Otras dos horas de observación y luego lleváosla a casa.

Alex hizo un sonido que no era ninguna palabra. Yo hice un sonido que no era ninguna palabra. Patel actuó como si no nos hubiera oído a ninguno de los dos.

Puso la mano sobre el pie de la cama.

—Lo estáis haciendo muy bien —dijo.

Se fue.

Alex se sentó en la silla junto a la cama, se tapó la cara con las manos durante diez segundos, luego las apartó y puso una mano sobre el pie de Mia a través de la manta. Mia abrió los ojos. Mia dijo —Papi—. Mia volvió a cerrar los ojos.

Yo me senté en la otra silla. Puse mi mano en la rodilla de Alex. Él puso la suya sobre la mía.

Maria entró con dos vasos de café de la máquina de la sala de espera. El café era malo. Maria conocía la máquina.

—Joe y Linda están en el vestíbulo —dijo Maria—. Linda está sentada en el sillón. Joe está de pie.

—Diles que pueden irse —dijo Alex.

—Ya se lo he dicho. No se van.

—Bien.

Maria me puso la mano en la cabeza un momento, como lo hace desde que tengo cuatro años, y se sentó en el suelo con la espalda contra la pared, porque solo había dos sillas para los tres.

Durante un rato no hablamos.

En algún momento Maria dijo: —Tu madre va a estar muy orgullosa de ti. La llamas mañana.

Yo no dije nada, porque si hubiera dicho algo habría empezado a llorar, y no quería llorar aquí en la habitación, delante de Mia, que se habría dado cuenta. El llanto lo guardo para después; así lo hago desde pequeña, y no iba a empezar a romper esa costumbre esta noche en una silla de hospital.

Maria, que me conoce desde que nací, no preguntó más.

Tenía miedo. Había tenido miedo desde que el jadeo había comenzado a mitad de una palabra, y no había dejado de tenerlo, aunque Patel había dicho que todo estaba bien y lo decía en serio. El miedo duraría otras tres o cuatro horas. Eso lo sabía. Aguantarlo era el verdadero trabajo.

Alex me observaba. Alex dijo: —En el coche puedes llorar.

—Sí.

—Bien.

Me apretó la mano una vez. Yo se la apretté a él.

Mia durmió las dos horas enteras. La enfermera vino dos veces, la auscultó, escribió algo en el historial y no dijo nada que yo necesitara entender. Patel regresó al final de la segunda hora, la escuchó una vez más y dijo: —El aburrimiento es bueno. El aburrimiento es medicina. Lleváosla a casa.

—El aburrimiento —dijo Alex.

—El aburrimiento —dijo Patel.

Salió.

Sacamos a Mia envuelta en la manta. Joe y Linda estaban en el vestíbulo, porque Joe había pasado dos horas y media sin sentarse y Linda no le había obligado a hacerlo. Joe le puso la mano en la nuca a Alex dos segundos y apretó brevemente. Linda le besó la frente a Mia a través de la manta.

—Estamos en el Mayflower —dijo Linda—. Nos vemos mañana. No venimos a las ocho.

—A las diez —dijo Alex.

—A las diez.

Maria nos llevó a casa —más despacio de lo necesario, porque Mia iba tumbada en el asiento trasero sin sillita y ninguno de nosotros quería despertarla. Joe y Linda nos siguieron y giraron por Madison. Mia iba en el asiento trasero entre Alex y yo, con la cabeza en el pecho de Alex y los pies en mi regazo. La mano en mi pelo.

Puse mi mano en la rodilla de Alex. Él puso la suya sobre la mía.

En algún punto de Westlake, con los ojos cerrados y la respiración acompasada, Mia cantó —en voz baja, dos versos, contra la tela de la camisa de Alex—. *Estrellita, dónde estás. Quiero verte titilar.* Los dos versos los cantó bien. El tercero ya no lo cantó.

Miré a Alex. Alex miraba por la ventana. Los ojos de Alex estaban húmedos. No fingió que no lo estaban.

Maria desde el asiento delantero, en español, tan bajito que casi no lo oí: *Mija. Esta familia.*

Marcus estaba en la puerta del vestíbulo de Belltown cuando llegamos —todavía con el abrigo que había llevado en la galería. Alex le había escrito desde el hospital hacía una hora, cosa que yo no sabía hasta que Alex me lo contó en el coche. Marcus sujetó la puerta del ascensor. Miró a Mia, que dormía en el pecho de Alex. Me hizo un gesto de asentimiento y no dijo ni una palabra.

Maria subió con nosotros. Maria dejó la bolsa de Mia sobre la encimera de la cocina. Maria recorrió el pasillo y asomó la cabeza en la habitación de Mia, en la de Alex y en el cuarto de invitados, luego volvió a la cocina y dijo: —Me voy ya. Diego está abajo. Ha traído sopa.

—Dile que gracias.

—Se lo digo.

Me besó en la frente. Le besó a Alex en la frente, algo que no había hecho nunca. Se fue.

Alex llevó a Mia a la cama. Yo me quedé en el marco de la puerta. La tumbó boca abajo, con un brazo echado sobre la cabeza, como duerme ella. Le metió a Dave, el oso, bajo la mano. Colocó el conejo a su lado. Le subió la manta hasta los hombros. Estuvo un rato junto a la cama —no conté cuánto— y luego vino hacia la puerta, donde estaba yo.

No dijo nada. Me puso la mano en la parte baja de la espalda. Estuvimos medio minuto en el marco de la puerta mirándola dormir.

En la cocina, la sopa de Diego esperaba en una olla tapada sobre la encimera, con un trozo de cinta de carrocero en la tapa, y en ella, con la letra de Diego: *Caldo. Estet.*

Entonces lloré. Lloré en la cocina, con los brazos de Alex a mi alrededor y su barbilla sobre mi cabeza, y lloré un rato, y luego paré, y luego nos comimos la sopa de pie porque ninguno de los dos quería sentarse.

Alex puso el cuenco en el fregadero.

—¿A la cama? —dijo.

—Sí.

Me cogió la mano.

—¿Juntos?

—Sí.

Fuimos al dormitorio, pasando por delante de la puerta abierta de Mia, de donde llegaba su respiración acompasada; me detuve, escuché tres respiraciones y luego seguí adelante.

Capítulo 24

Alex

Preparé la masa con la receta de Linda, copiada en una tarjeta del cajón de la cocina que lucía una mancha de café de diciembre y una corrección a lápiz con la letra de Joe: *No pongas tanta sal.* Había sacado la tarjeta del cajón porque Mia se había despertado temprano y había pedido tortitas sin más preámbulos, y porque Patel había dicho nueve horas antes en un pasillo del hospital: *Un fin de semana tranquilo; el aburrimiento es medicina.* Y un domingo con tortitas para desayunar cae claramente del lado aburrido de la línea.

Mia estaba sentada en su taburete, el conejo de terciopelo apoyado contra el salero. Le leía en voz alta desde el libro. Las tortitas todavía no eran tortitas. Eran un cuenco lleno de masa al que no alcanzaba a asomarse desde su taburete, y aun así les leía, según la teoría de que podían oírla desde dentro del cuenco.

—Ya llevaba mucho tiempo siendo de verdad —dijo.

—Hm.

—Papi. Aquí no se dice hm.

—Ratoncita. Lo siento. ¿Qué digo entonces?

Se lo pensó. —Dices oh.

—Oh.

—Exacto.

La placa de la cocina chasqueó al encenderse bajo el cazo pequeño.

Joe y Linda iban a venir a las diez. Lo habíamos acordado la noche anterior tarde en el vestíbulo del Children's, después de que Patel se marchara y Joe llevara horas sin sentarse. Linda había dicho *no venimos a las ocho*, y yo había dicho *a las diez*, y Linda había dicho *a las diez*, y Joe no había dicho nada. Joe había estado de pie todo el tiempo. Tres horas de la mañana antes de que llegaran. Tres horas para hacer tortitas a mi hija, dárselas de comer, ducharme y no tener el aspecto de alguien que no ha dormido.

En la nevera colgaban dos cosas nuevas.

La primera era el cuadro de Mia *Tres figuras bajo las estrellas*, sujeto con el imán del tomate a la altura de los niños. Había llegado de la galería enrollado en papel de seda, y yo lo había colgado antes de acostarme porque me lo había propuesto en el ascensor.

La segunda era una fotografía en un marco pequeño que Susan me había entregado en la galería sin hacer ningún aspaviento, y que no abrí hasta que Mia estaba en la cama. Mia con catorce meses en el porche de Mercer Island, con un vestido de verano amarillo, la mano en la barandilla, mirando algo fuera del encuadre que yo no recordaba. El marco colgaba ahora cinco centímetros al lado de las *Tres figuras*, sujeto con el imán redondo que tenía forma de sol.

Mia desde su taburete, sin apartar la vista del conejo: —Papi. Lo amarillo es nuevo.

—La abuela lo trajo. Lo llevaba en el bolso toda la noche.

—Hm.

—Ratoncita.

—¿Qué?

—La abuela te quiere. Hoy te lo va a decir por lo menos seis veces.

—Ya lo sé, papi.

Pasó la página.

Elena salió del dormitorio con mi camiseta y unos leggings, el pelo recogido. Bajo una uña tenía una mancha de pintura que no había conseguido quitarse en la ducha, porque todavía no se había duchado. Se había duchado la mañana anterior y luego había ido a la galería y luego al Children's, y la mancha era más antigua que todo lo que había pasado en las últimas doce horas.

—Tortitas —dijo.

—Tortitas.

—Estás cocinando.

—Eso hago.

Vino a colocarse detrás de mí y me rodeó la cintura con los brazos. Apoyó la mejilla entre mis omóplatos. Olía al jabón del baño y un poco al interior del coche de Maria.

—Fin de semana tranquilo —dijo contra mi espalda.

—Fin de semana tranquilo.

—Patel es un milagro.

—Lo es.

—Se lo dije al salir.

—Eso no es verdad.

—Que sí. Hizo esa cosa con las gafas.

—Siempre hace eso.

Mia desde su taburete, con el conejo en el regazo: —Lena. Mamá hace tortitas en mi sueño.

Las manos de Elena en mi cintura no se movieron. No apartó la cabeza de mi espalda. Dijo: —Lo sé, mija. Me lo contaste.

—Papi las hace ahora.

—Ya lo veo.

—Están bien.

—Tienen buena pinta.

Mia, habiendo emitido su veredicto, volvió a centrarse en el conejo. *Ya llevaba mucho tiempo siendo de verdad.* La habitación retuvo el momento.

Elena me soltó la cintura y fue al armario a coger los platos. Sacó tres. Los puso sobre la isla de la cocina. Sirvió café para los dos y dejó mi taza a mi izquierda sobre la encimera sin preguntar cómo lo tomaba, porque eso lo sabía desde hacía tres meses y desde hacía dos ya no necesitaba preguntar.

—Joe y Linda a las diez —dije.

—Ya lo sé.

—Te lo dije.

—Me lo dijiste. Anoche. En el ascensor.

—¿Eso hice?

—Sí. Me lo dijiste tres veces.

—Lo siento.

—No hace falta. Fue una noche larga.

Un cuarto de taza de masa cayó en la sartén. La tortita empezó a burbujear. Esperé al segundo anillo de burbujas y la di la vuelta. La parte de abajo tenía el color adecuado. La receta de Linda es indulgente.

—Lena —dijo Mia—. Quiero la primera.

—Siempre quieres la primera, ratoncita.

—Ya lo sé.

—Es la que se quema. Es la de prueba.

—Quiero la de prueba.

—Está bien.

La tortita de prueba salió de la sartén a un plato y se deslizó por la isla. Mia se la comió de pie sobre su taburete con las dos manos y mucha atención.

Entró la segunda. Burbujas. La vuelta.

—Te quiero —dije.

—Yo también te quiero. Las tortitas se están quemando.

Las tortitas se estaban quemando, un poco, por un borde, donde habían estado un momento de más mientras yo lo decía.

Los dos nos reímos.

Mia desde su taburete, con el libro en el regazo y un trozo de tortita en el moflete como una ardilla: —Papi ahora se ríe más.

El conejo estaba boca abajo en su regazo. Una miga de tortita se le había pegado en la barbilla.

—Sí, ratoncita —dije—. Es verdad.

Asintió. Puso el conejo del derecho. Encontró la página. Siguió leyendo.

Elena, con su café apoyada en la encimera, miraba cómo la tercera tortita entraba en la sartén.

—A esta también la vas a dejar quemar —dijo.

—Soy un hombre bajo presión.

—Solo tienes una tarea.

—Tengo dieciocho tareas. Estoy haciendo triage.

—Triage no es una palabra para esta cocina.

—Está en la agenda.

—Yo no miro la agenda.

—Eso ya se ha observado.

Ella se rió de mí, y yo me reí de que ella se riera de mí, y la tercera tortita se doró como debía porque volví a prestar atención a la sartén. La tortita se deslizó al plato. Elena se la comió de pie en la isla. Maria había mandado un mensaje el viernes y lo había llamado *café de cuñadas*. Elena me lo había leído en voz alta en la bañera, el móvil sobre el tapete de baño, los dos riendo.

Soy feliz, pensé.

Sonó el telefonillo. Marcus desde abajo, con su voz de domingo: —El señor y la señora Harrington están aquí para usted, señor Harrington.

—Que suban. Gracias, Marcus.

—Por supuesto, señor.

Mia se bajó de su taburete de un salto, el conejo bajo el brazo, y fue hacia la puerta. La manta estaba en la silla, donde Mia la había dejado caer la noche anterior, y Mia se detuvo de camino a la puerta, la recogió y la arrastró tras de sí, porque Linda estaba abajo en el ascensor y Linda quería verla.

La sartén aterrizó en el fregadero. Elena ya estaba sirviendo café para dos tazas más.

—Tortitas para todos —dije.

—Tortitas para todos.

—Tortitas calientes para Babcia.

—No se lo digas a Joe.

—Si Joe está haciendo la dieta de la col.

—Joe no está haciendo ninguna dieta.

—Joe va a comerse tres.

—Joe va a comerse cuatro.

El ascensor emitió su suave ping en el pasillo. Mia, en la puerta, con el libro bajo el brazo y restos de tortita en la barbilla, gritó —¡Babcia!— hacia el corredor. La voz de Linda llegó desde algún punto del pasillo. La voz de Joe la siguió, grave: *Pero si está mi niña.*

Elena me puso la mano en la espalda, entre los omóplatos. La dejó ahí.

—Ve —dijo—. Yo me encargo del café.

Fui.

Epílogo

Elena

Frank había cortado la calle lateral con dos caballetes y un cartel escrito a mano. *ACTO PRIVADO.* La palabra *PRIVADO* la había subrayado dos veces. Las mesas de picnic ya estaban fuera; el grupo de padres las había sacado de la parte trasera de The Anchor una hora antes de que Frank les permitiera sacar la comida.

Era el sábado anterior al Día del Trabajo. Mia cumpliría cuatro años el martes.

Había traído las ciruelas de Maria en un cuenco porque Maria me lo había dicho.

Sara llevaba vaqueros.

Maria lo vio antes que yo. Me puso la mano en el antebrazo junto a la mesa larga donde Linda estaba sirviendo el repollo con manzanas.

—Sara lleva vaqueros.

Miré. Vaqueros negros, camiseta blanca, un delantal que ni siquiera se había molestado en atarse.

—¿Has visto algo así alguna vez?

—No.

—Frank va a tener un infarto.

—Frank está bien.

Frank estaba de pie junto a la puerta lateral de The Anchor con un dedo levantado en dirección a cuatro hombres que sacaban una tercera mesa de picnic.

Mia estaba sentada sobre los hombros de Joe, agarrada a sus orejas. Un vestido azul marino con ribete blanco en el cuello, unos zapatos que costaban más que mis pinceles. Desde las seis de la mañana le había estado contando a todo el mundo que su cumpleaños estaba a la vuelta de la esquina y que aquello era casi como una fiesta, solo que sin la tarta.

—Babcia —anunció desde los hombros de Joe—. Ahí está el repollo.

—Ahí está el repollo, mija —dijo Linda sin darse la vuelta.

—Babcia.

—Sí.

—El repollo con manzanas no es para mí.

—Lo sé, mija.

—Las ciruelas de tía Maria son para mí.

—Las ciruelas de tía Maria son para todos, ratoncita —dijo Maria.

Mia lo consideró. —Bueno —dijo, y Joe la llevó más allá del repollo hasta la mesa donde Susan acababa de dejar una fuente de cristal con ambas manos.

La ensalada de patatas no me la esperaba.

Susan la puso junto al repollo. Levantó el papel de aluminio con el mismo cuidado con el que se levanta el papel de algo que has llevado dos horas en brazos. Patatitas rojas, eneldo, mostaza amarilla. Nunca había visto a Susan echarle mostaza amarilla a nada.

Alex se puso a mi lado. No lo había oído llegar.

—Es la receta de Claire —dijo en voz muy baja. Luego se acercó a Susan y le puso la mano sobre el hombro durante dos segundos antes de decir algo.

—Susan —dijo Alex.

—Alexander.

La voz de Susan se quebró de esa manera pequeña que no se había quebrado en junio en la galería. No le miró. Alisó el papel de aluminio.

—Gracias —dijo Alex.

—Hm.

Me di la vuelta. Maria, que no se había separado de mi lado en toda la mañana porque Maria conoce los sábados, me tendió en silencio un vaso de agua fría.

—Bueno.

—Bueno.

—No llores ahora.

—No lloro.

—Sí lloras. No lo hagas.

—Bueno.

Me puso el pulgar bajo el ojo y apretó una vez con firmeza.

—Luego.

—Luego.

El grupo fue llegando de cuatro en cuatro y luego de cinco en cinco. Ben vino con Sophia, que desde el cuatro de julio había pasado la mayoría de los fines de semana en Seattle. Chris vino con su hermana Linda Donovan, que llevaba aquí desde el jueves y le decía a todo el mundo que venía a visitar a su hermano. David vino con Lily en la cadera y el patito azul de Lily bajo el brazo. Ethan vino solo.

Se dirigió hacia The Anchor por un camino que le llevaba a pasar junto a la mesita donde Harper había dejado una caja de pastelería de la tienda de la Cuarenta y cinco. No la vio hasta que ya había pasado casi de largo. Harper le llamó por su nombre. Ethan se detuvo.

Maria también lo vio. Nos cruzamos esa mirada por encima de las mesas de picnic. La misma mirada que nuestra madre nos había quitado en un Día de Acción de Gracias, cuando tía Vicky contó por tercera vez la historia del conjunto de mariachis. No nos reímos. Solo nos cruzamos la mirada.

Ethan sonrió.

No para mí. No para Maria. Sino para Harper, que sostenía una caja de cartón marrón en una mano y un trozo de babka de chocolate en la otra. Era la primera vez en catorce semanas que le veía sonreír.

—Mija —dijo Maria a nadie en particular—. Esto es una serie de muchas temporadas.

Ben y Sophia estaban al otro extremo de la calle, cerca del caballete, mirando algo en el móvil. Ben se reía. Desde marzo, quizá le había visto reírse tres veces. Ahora se reía con la cabeza gacha y los hombros sacudiéndose, y Sophia le miraba reírse sin acercarle el móvil para que lo hiciera otra vez.

Alex se acercó a mí con dos cervezas de la nevera portátil.

—Mírales —dijo Alex.

—Ya les veo. Les llevo viendo dos fines de semana.

—¿Cuánto tiempo llevan?

—Desde el Cuatro. Ahora dos fines de semana, quizá tres.

—No me habías dicho nada.

—Te lo digo ahora. No era mi lugar contarlo la primera.

—Eso no es lo mismo que decírmelo.

—Mm.

Me tendió la cerveza. Me bebí un tercio de pie, algo que no hacía desde los veinticuatro años, y Alex lo observó en silencio hasta que dijo: —Mia se va a caer de Joe de un momento a otro.

Casi lo hizo. Joe la bajó antes de que ocurriera. Ella corrió hacia mí por su propio pie y llegó al banco con la mano extendida para pedir una ciruela.

—Una ciruela.

—Dos ciruelas.

—Una ciruela, ratoncita.

—Una ciruela y un mordisco de la tuya.

—Trato hecho.

Se subió a mi lado. Se comió primero la ciruela, inclinada sobre la mesa, apoyada en los codos.

Sara se acercó con un plato. Una hamburguesa cortada por la mitad. Un pepinillo en vinagre, partido. Y debajo de una de las mitades, una mitad más pequeña, porque Sara había vuelto a cortar la segunda mitad por la mitad, como llevaba haciendo los martes desde que cualquiera en nuestra mesa podía recordar. Dejó el plato delante de Alex.

—Sara —dijo Alex.

—Sí.

—Llevas vaqueros.

—Frank ha dicho que puedo.

—Hm.

—Dijo que era un acto privado. Dijo que acto privado significa que no hay que llevar zapatos de trabajo.

—Hm.

Sara me miró. —Es un alivio, Lena.

—Me lo imagino.

Se fue.

Alex cogió la hamburguesa. Se comió la primera mitad. Se comió la segunda mitad. Cogió la mitad del pepinillo y se la comió. Cogió la mitad más pequeña —la que Sara había cortado para él tres meses antes, al darse cuenta de que dejaba la segunda mitad entera— y se la comió también, sin mirar.

Chris lo vio.

Estaba sentado dos mesas más allá con su hermana y lo observaba. No dijo nada. Puso las dos manos planas sobre la mesa de picnic. No lo verbalizó. Miró a su hermana. Ella le miró. Retiró las manos de la mesa y cogió su cerveza.

Alex terminó el pepinillo sin darse cuenta.

Pero yo sí lo vi, con un hueso de ciruela en una servilleta dentro del puño y el codo de Mia sobre mi muslo. También Maria, desde el otro lado de la mesa, fingiendo hablar con Diego sobre un tomate. También Linda Donovan, la hermana mayor de Chris, que le conoce desde hace más tiempo que nadie.

Le quería. Le quería así, sentado ahí comiéndose la mitad más pequeña sin saber que cuatro personas le habían estado mirando.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex.

—Nada.

—Estás poniendo cara.

—Estoy comiendo una ciruela.

—Le estás poniendo cara a la ciruela.

—La ciruela y yo somos muy felices juntas.

—Elena.

—Luego —dije.

Lo dejó estar. Desde junio había dejado estar muchas cosas.

Hacia las seis la calle se había vaciado. Joe y Linda estaban sentados en la mesa del repollo; Joe se comía el repollo de Linda con su tenedor, del plato de ella, porque él ya había acabado el suyo. Susan había vuelto a la mesa de la comida y levantaba el papel de aluminio para enseñarle a Mark cuánto quedaba, que ya no era mucho. Mark le puso la mano en la parte baja de la espalda y dijo algo. Susan dijo: —Hm.

Diego estaba con Sophia en un rincón bajo el alero de The Anchor contándole lo de un cocinero de Ciudad de México que le había puesto el nombre de su ex mujer a una salsa. Sophia se reía de la manera que Maria me había pronosticado para el caso de que algún día llegara a conocer a Diego. Ben la miraba reírse desde una distancia prudente.

Ethan no había vuelto. Harper tampoco. Maria, en un desvío por mi banco para coger otra ciruela, había informado de que estaban sentados en el bordillo con la caja de babka entre ellos, y que Ethan había dado las gracias dos veces en cinco minutos. —Eso —dijo Maria— son muchas palabras para él.

Mia estaba sentada en mi regazo.

Se había subido antes, cuando el banco se le había hecho demasiado alto, y se había negado a echarse la siesta en la manta que Linda había extendido en el césped, porque la manta era para siestas y aquello era una fiesta, y las siestas y las fiestas eran dos cosas distintas, Lena. En su lugar, se había subido a mi regazo con un hueso de ciruela en el puño y había anunciado que se iba a quedar sentada conmigo y que no iba a dormir en absoluto.

Enseguida se quedaría dormida.

Señalaba a la gente.

—Familia —dijo señalando a Joe.

—Familia —dijo señalando a Linda.

—Familia —dijo señalando a Maria, que en ese momento llevaba un trozo de birria de la cazuela de Diego hacia él, porque Diego todavía no había comido nada.

—Familia —dijo señalando a Susan.

Susan no la vio. Pero Mark sí. Le puso la mano en el codo a Susan. Susan se dio la vuelta. Mia volvió a señalarla. Susan, con un trozo de papel de aluminio en la mano y la ensalada de patatas entre ella y la mesa, levantó la mano hacia Mia con la palma hacia fuera, como si saludara desde lejos. Mia le devolvió el saludo.

—Familia —dijo Mia con satisfacción señalando a Alex, que estaba en la puerta de The Anchor intentando pagarle a Frank una cuenta que Frank no quería aceptar.

Frank no la aceptó. Alex había sacado su tarjeta. Frank levantó el dedo. Chris ya estaba al codo de Alex con su propia tarjeta diciéndole algo que yo no podía oír y a lo que Alex, a juzgar por cómo inclinaba la cabeza, no podía oponerse. Frank cogió la tarjeta de Chris. Alex volvió a guardarse la suya en el bolsillo. Chris dijo algo más. Alex respondió algo. Chris se rió.

Alex volvió a mi banco con las manos vacías.

—Chris —dije.

—Ya lo he visto.

—Solo estaba esperando el momento.

—¿El momento de qué?

—Me lo dijo en abril —dijo Alex—. Tráela la próxima vez. En mi cabeza te he traído aquí desde hace cuatro meses.

—Me has traído de verdad.

—Eso he hecho.

—Ha pagado.

—Ha pagado —dijo Alex.

—Alex.

—¿Sí?

—Tres meses, dije. En aquel entonces, en la sala de arte. No más.

Me miró. No hizo cuentas; ya las había hecho hacía tiempo.

—El contrato venció en junio —dijo.

—Lo sé. Ninguno de los dos lo ha rescindido.

—Ninguno de los dos lo hará.

—Bueno.

Se sentó en el banco. Mia, en mi regazo, extendió la mano sin mirar, le dio una palmadita en el lado del muslo y luego cogió la tela con la mano y se aferró a ella.

Alex puso el brazo detrás de mí sobre el respaldo del banco.

No me puso la mano en el hombro. No la puso sobre los rizos de Mia. La dejó simplemente apoyada en el respaldo.

Al otro lado de la calle, Ben dijo algo que hizo reírse a Sophia con tanta fuerza que se llevó la mano a la boca. Él no la miró. Tenía la vista fija en el caballete.

Alex vio que yo lo veía. Yo le vi mirarme.

Alguien había sacado una guirnalda de luces y la estaba colgando de un gancho sobre la puerta de The Anchor. Frank, desde el umbral, levantó el dedo sin dirigírselo a nadie en particular. Sara, en su banco, levantó el suyo en respuesta.

—Familia —dijo Mia contra mi pecho, con los ojos cerrados.

Alex movió la mano del respaldo hasta la mía, que descansaba sobre la espalda de Mia. La tapó sin mirar.

La boca estaba abierta junto a mi clavícula. La palabra seguía dentro —la *fa* en los labios, la *milia* terminada en mi hombro.

Palabras finales

Muchas gracias por haber leído mi libro hasta el final.

Espero de todo corazón que te haya gustado la historia.

Como agradecimiento, tengo un pequeño detalle para ti:

¡Una novela de mafia gratuita de la serie Bratwa!

Consíguela aquí:

https://ava-steel.com/



Visita mi página de fans en Amazon y sígueme para no perderte ninguno de mis nuevos libros:

https://amazon.com/páginadelautor

Envíame un correo electrónico con tus preguntas o sugerencias:

info@ava-steel.com

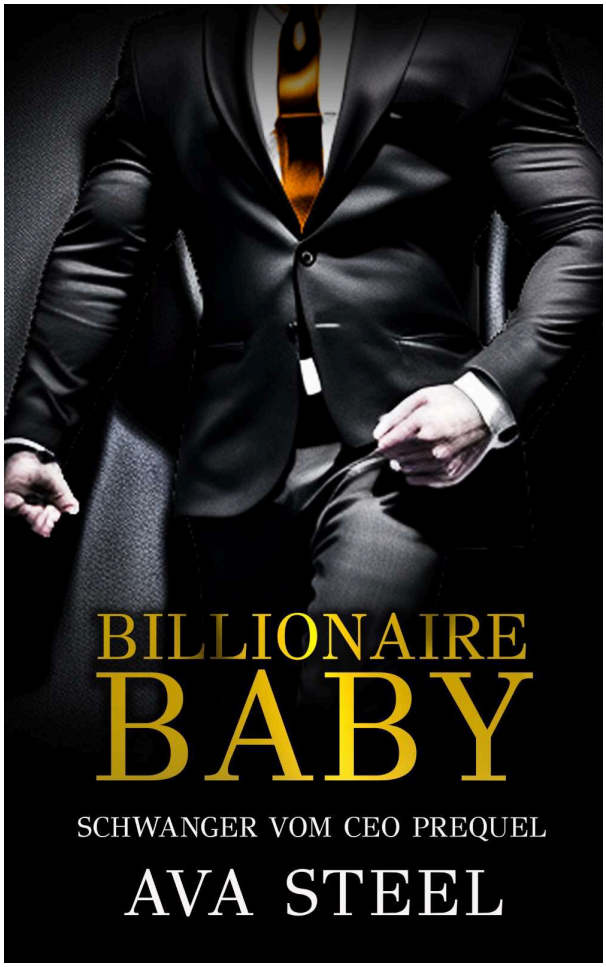
Si quieres leer más historias mías, entonces...

Suscríbete a mi boletín para recibir libros gratis y las últimas novedades:

https://www.ava-steel.com

No te pierdas la novela romántica gratuita de la serie «Billionaire Baby»

La joven médica Everleigh Prentiss se convierte en madre de forma inesperada. El padre del bebé es Sebastian, con quien tuvo una aventura de una noche, un millonario tremendamente atractivo. Cuando Everleigh le cuenta que está embarazada, el implacable hombre de negocios reacciona



de forma diferente a lo que ella esperaba… Para colmo de males, también descubre que él esconde un oscuro secreto.

¿Conseguirán finalmente encontrar el uno al otro para formar una familia feliz?